# Chuleta en la batalla de Sardinal, otros cuentos y relatos

## de la Campaña Nacional (1856-1857)

Escrito por

Lissette Monge Ureña

Ilustrado por

Marieth Carrillo Calderón

Yenny Peñaranda Vásquez

CR863.44
M7431c Monge Ureña, Lissette, autor(a)
Chuleta en la Batalla de Sardinal, otros cuentos y relatos de la Campaña Nacional (1856-1857) [recurso electrónico] / escrito por Lissette Monge Ureña ; Ilustradoras Marieth Carrillo Calderón, Yenny Peñaranda Vásquez. -- Primera edición. -- San José, Costa Rica : L. Monge U., 2021.
1 recurso en línea (158 páginas) : pdf ; 8.343 Kb

ISBN 978-9968-49-764-0

1. Cuentos infantiles costarricenses. 2. Costa Rica - Historia - Campaña nacional, 1856-1857. I. Carrillo Calderón, Marieth, ilustrador(a). II. Peñaranda Vásquez, Yenny, Ilustrador(a). III. Título.

SINABI/BN-INYBI 2021

Todos los derechos reservados por la Ley de Depósito Legal y Derechos de Autor. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin autorización.

ISBN-13: 978-9968497640
9 789968 497640

# Chuleta en la batalla de Sardinal, otros cuentos y relatos

## de la Campaña Nacional (1856-1857)

# Presentaciones

La Campaña Nacional, considerada por muchos historiadores nuestra Guerra de Independencia, es un hecho trascendental en la historia de Costa Rica. La investigación y producción documental sobre el tema es muy amplia, con documentos publicados desde 1856, hasta libros y audiovisuales de reciente producción, pero la mayoría de ellos, dirigidos a adultos.

La historiadora y educadora Lissette Monge Ureña, con su obra Chuleta, en la batalla de Sardinal y otros cuentos y relatos de la Campaña Nacional (1856-1857), ofrece a los más pequeños la oportunidad de viajar en el tiempo, para conocer de cerca este acontecimiento histórico. Veinte entretenidos cuentos y relatos presentan la Costa Rica de mitad del siglo XIX, destacan a los valientes costarricenses que defendieron la Patria, dan detalles de las batallas más importantes, resaltan el aporte de las mujeres, cuentan los estragos que causó la peste del cólera en las tropas costarricenses y retratan a los enemigos que amenazaban la libertad de nuestro país.

Además, la autora, con su gran experiencia como Asesora Nacional de Estudios Sociales, ha enriquecido cada cuento y relato con actividades didácticas. Es así como esta obra constituye un apoyo al estudio de la Campaña Nacional, que es parte de los programas de estudio de la educación primaria y secundaria. La obra está bellamente ilustrada por dos jóvenes artistas Marieth Carrillo Calderón y Yenny Peñaranda Vásquez, quienes, guiadas por la autora, llevan a la población lectora a imaginar los parajes y las costumbres de la época.

En el marco de la celebración del Bicentenario de la Independencia de Costa Rica, este libro constituye un obsequio a los niños y niñas de Costa Rica y desde la Biblioteca Nacional felicitamos a la autora por llevar la historia de Costa Rica a las nuevas generaciones y nos complace comunicar que el libro estará disponible, como parte de las colecciones digitales de la institución y se ofrecerá en línea en el subportal de niños y jóvenes en www.sinabi.go.cr

Laura Rodríguez
Directora Biblioteca Nacional

En medio de la crisis sanitaria que ha suspendido las lecciones en todos los centros educativos del país, florecen las letras en un espléndido ramo de cuentos infantiles de la educadora Doña Lissette Monge Ureña.

Hoy que la niñez permanece en casa al cuidado de sus padres o sus abuelos y abuelas, nace esta excelente herramienta virtual para aprender y reflexionar a través de la lectura y las actividades divertidas que suceden en cada relato.

No hay duda, Doña Lissette sabe acercarse didácticamente a la población estudiantil y al público en general. Con notable habilidad, se convierte en la voz narrativa que hilvana veinte fascinantes episodios en torno a la Guerra Patria Centroamericana de 1856- 1857, conocida como la Campaña Nacional; donde los lectores se encontrarán con el país de sus antepasados, la sencillez de la vida campesina y los patriotas que otrora consolidaron la Independencia Nacional.

Echando mano de la fantasía, la autora nos presenta a un Juan Santamaría que “sí fue a la escuela”; una lora ducha en las artes del espionaje; una heroica perrita a quien se concede grado militar o un Nicolás Aguilar Murillo que nunca reclamó su bien ganado premio, hasta que un Gobierno justo se acordó de reconocerlo. Pues sí, eso se vale en aras de la extraordinaria presentación de los mejores valores de la costarriqueñidad: el amor a la libertad, el valor de la amistad y la lealtad, el apego al trabajo, la humildad del alma campesina, la magnitud de los sentimientos y las emociones en los tiempos aciagos de la guerra y sobre todo, la empatía para construir y seguir adelante desde las cenizas de la tragedia.

Se trata de cuentos sí, pero enriquecidos con relatos y reflexiones históricamente sustentados, cuyos personajes evocan la frescura de los campos de Desamparados, Patarrá, Cartago, Sarapiquí, La Trinidad, Heredia, el río San Juan, otros. La sencillez y candor de sus gentes, donde destacan Leona y José María, los protagonistas de “1856, un gran amor en los tiempos del

cólera", un bello relato que se asoma a la historia de los tatarabuelos de la autora, los fundadores de la hoy próspera ciudad de Santa María de Dota.

Con maestría salpica el habla de la niñez de hoy al contarnos del filibustero James Brown que se derrite como un "brownie" bajo el implacable sol de Guanacaste, mientras propone en cada cuento una reflexión sobre los más altos valores de la ciudadanía. El coraje en el destacado papel de las mujeres, la voz autorizada de las personas adultas mayores, el desafortunado afán de William Walker y por supuesto, "el pesar de los pesares": la injusticia del fusilamiento del Presidente Juan Rafael Mora Porras, llamado cariñosamente por el pueblo don Juanito.

Su enriquecedora lectura da cuenta del notable valor didáctico de este oportuno aporte a la literatura nacional.

Manuel Carranza

Presidente de la Academia Morista Costarricense

# Agradecimientos

Muchas gracias por el invaluable apoyo recibido de quienes han hecho posible Chuleta en la batalla de sardinal, otros cuentos y relatos de la Campaña Nacional (1856-1857). Esta producción literaria consiste en veinte cuentos, reflexiones y relatos literarios de carácter histórico, sobre acontecimientos, protagonistas, héroes, heroínas y gente del pueblo, quienes participaron en la Campaña Nacional o Guerra Patria Centroamericana de 1856-57.

A los miembros de la Academia Morista Costarricense, a D. Manuel Carranza, a D. Armando Vargas Araya y a Da. María Amoretti por motivarme para que escribiera estas historias. A mis padres (Q.D.E.P), A D. Raúl Aguilar Piedra (Q.D.E.P), a mi familia, fuente permanente de inspiración, a Da. Laura Rodríguez, Directora de la Biblioteca Nacional y gestora de este proyecto virtual, al Museo Histórico Juan Santamaría, a las diagramadoras e ilustradoras Yenny Peñaranda V. y Marieth Carrillo C., a los educadores Adrián Cervantes, Elvis Mora y Elvia Fernández, correctores de estilo, a Keilor Angulo diseñador y a todas las personas que han valorado y mejorado esta producción, mi agradecimiento imperecedero.

Constituye un abordaje didáctico apto para todas las edades, novedoso, interesante y entretenido de los hechos ocurridos en esta gloriosa gesta bélica, la cual debe ser recordada con orgullo y amor patrio por la ciudadanía costarricense y las repúblicas Hispanoamericanas.

Fraterna,

La autora

# Tabla de Contenido


¡Y terminó la Guerra! Página.1

¡La Patria se ama, se cuida y se defiende! Página.7

Juancito, héroe del pueblo Página.12

¡Y se levantaron en armas! Página.20

Chuleta en la batalla de Sardinal Página.25

Nicolás y Peluquina, espías en La Trinidad Página.31

Mitos, leyendas y fantasmas en la Vía del Tránsito Página.41

James Brown, filibustero con alma de artista Página.51

Un acto cívico inolvidable Página.59

¡Y los abuelos dieron la clase! Página.67

1856, un gran amor en los tiempos del cólera Página.72

¡Las pandemias, flagelos de los pueblos! Página.80

¡La pala por el fusil y la carreta por el cañón! Página.89

¡Mujeres ticas, son de armas tomar! Página.102

Sacerdote, profesor, soldado, masón y otras cosas más Página.108

El amor es una cajita con sorpresas Página.115

Un triste pasado y un presente incierto Página.124

El prepotente de los ojos grises Página.134

El mayor pesar, entre todos los pesares Página.140

Los presagios del fusilamiento de un héroe Página.144

# Chuleta en la batalla de Sardinal, otros cuentos y relatos

## de la Campaña Nacional (1856-1857)

CUENTO # 1

## ¡Y terminó la Guerra!

### Presentación:

***En este cuento encontramos los desatinos de un niño escolar que sufre la partida de su padre a la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57. Este niño representa a la niñez costarricense que, con su abnegado trabajo, al lado de sus familias, mantuvieron la siembra y la recolección de las cosechas mientras duró esta guerra.***

---

Yo vivía junto a mi mamá y una hermanita en una casita de adobe, camino a Desamparados. Siempre madrugaba para ir a la escuela y por las tardes ayudaba a mi madre escogiendo los frijoles, trayendo leña para cocinar en el fogón, barriendo los patios repletos de hojas que se desprendían de las matas de chayote que rodeaban la casa y haciendo los mandados.

Nuestra casa era pequeña. Contaba con un corredor al frente, una galera atrás y tres aposentos. En uno dormíamos los tres en dos camones con esteras de paja, en otro cocinábamos y teníamos un moledero, un trastero y una mesa que servía de sala para recibir las visitas, en el otro cuarto, muy oscuro por cierto, guardábamos chunches y cosas para labrar en el cerco.

En la galera pasábamos la mayor parte del tiempo haciendo oficios como lavando las ollas y los comales de hierro con ceniza, y en el patio jugábamos con amiguitos que vivían cerca de la casa: trompos, canicas; además llevábamos café, maíz y frijoles en carretitas con bueyes de madera.

A pesar de que estábamos en guerra, mamá y las señoras vecinas vi-

vían pendientes de todo lo que sucedía. Los hombres del pueblo, como mi padre, peleaban en Nicaragua. Yo no entendía muy bien contra quiénes, pero escuché al cura decir en las misas dominicales que esos enemigos eran malos y nos quitarían nuestras casas, la religión católica y la paz en la que vivíamos.

Eso me ponía muy triste. No habíamos vuelto a tener a papá en la casa. Mamá se cansaba mucho porque hacía los oficios de ella y los de mi papá. Entre todos recogíamos la cosecha del café obtenida de un pequeño cerco que estaba a la par de la huerta, y trabajábamos en esta en las tardes, desyerbándola y haciendo las eras para cultivar algunas verduras y hortalizas. Mi mamá vestía de negro rígido por la muerte de dos hermanas, debido a una gran diarrea que trajeron los soldados meses atrás; también murieron primos y algunos vecinos, la llamaron el cólera. Hubo mucha desolación en nuestro pueblo por esa peste, pero el curita seguía diciendo que la guerra no podía detenerse hasta echar al enemigo de estas tierras.

En las tardes mi madre se sentaba con otras vecinas a comentar sobre la guerra. Decían tantas cosas que a mí se paraban los pelos de miedo, abría los ojos y casi ni respiraba cuando decían que tal vez nadie regresaría con vida, porque el enemigo recibía muchas armas de otros lugares muy ricos, que a todos nos harían sus esclavos, tendríamos que hablar de otra forma y aprender otra religión. Escucharlas y ponerme a rezar de inmediato era el único consuelo posible en aquellas fatales circunstancias.

Los días se hacían eternos. No me iba nada bien en la escuela. Pasaba pensando todo el tiempo en la guerra, en la posible muerte de mi padre y en su ansiado regreso a la casa. Recordaba que cuando se fue nos llevó al centro de San José, y ahí un obispo, el jefe de los sacerdotes, despidió a los soldados, y papá me pidió que nunca dejara sola a mi mamá y a mi hermanita. Yo le cumplía esa promesa con todo el coraje y la obediencia que él esperaba de mí.

A veces me molestaba con el presidente —don Juanito Mora— y con el cura de la iglesia. Algunos decían que Mora era muy terco al continuar con esta guerra, y deseábamos que todos los soldados regresaran pronto. Los que más entendían el enredo de la guerra aseguraban que lo mejor para Costa Rica era no rendirse y llegar hasta el final, porque si perdía-

mos o nos rendíamos el destino que nos esperaba era muy cruel. También supe que a nuestros soldados los ayudaban otros ejércitos de países cercanos al nuestro, y que la guerra cada día se complicaba más.

Estábamos en abril de 1857. Las noticias que se recibían eran que estábamos ganando. Yo rezaba todas las noches con la ilusión de que mi padre regresara con vida. Nada me importaba más que eso. Y un día, como un milagro que me hacía el Niño Dios, la maestra nos dijo muy feliz que la guerra había terminado, y que habíamos obligado al enemigo a rendirse el 1 de mayo de ese año. Yo no pude esperar más y salí corriendo de la escuela a contarle a mi madre y a mi hermanita la gran noticia ¡Papá volvería! Ese fue el día más feliz de mi vida.

Mi madre, muy afanosa y radiante de felicidad, nos puso a recoger todo lo que estaba mal puesto en la casa. Recuerdo que barría tres veces al día el patio por si papá llegaba en cualquier momento que todo lo encontrara tan bien como él lo había dejado. Lo peor es que yo no paraba de barrer porque las matas de chayote estaban muy secas por el verano y las hojas eran abundantes en su caída. A pesar de tanto trabajo, estaba muy contento y ansioso por la llegada de los soldados victoriosos y sobre todo de mi papá.

Una vecina avisó a mi madre que el 13 de mayo, de ese inolvidable año de 1857, muy tempranito, estarían llegando las tropas a San José y que había que recibirlos. Mi madre me volvió a ver y me dijo rebosante: “Chepito, ahora sí, a ponernos guapos para recibir a tu tata”.

Jamás olvidaré la fiesta que vivimos ese día. Mamá se puso hermosa y a nosotros nos bañó muy bien, y nos dio pedazos de tejas para que raspáramos nuestros pies descalzos. Quedaron rosados de tanto que los restregamos. Yo me puse unos pantalones cortos y una camisa blanca, mi hermanita se puso un vestido de flores rosado y mi madre se quitó el luto. Se veía muy feliz y con una mirada alegre y llena de esperanza. Se recogió su pelo largo y frondoso en un moño y se pasó un poco de color en sus labios y en sus mejillas, estaba radiante.

Nos fuimos junto a un grupo de vecinos que iban a caballo y en carretas. Ese día yo hubiera caminado hasta Nicaragua si hubiera sido necesario para encontrarme con mi papá. Nos ubicamos cerca de la Plaza Ma-

Bienvenidos

yor. Había mucha gente. Nos dijeron que al paso de los soldados les lanzáramos flores y los aplaudiéramos. Pasaban y pasaban; y nosotros a todos los festejábamos, pero mi padre no aparecía por ningún lado. Carretas engalanadas, caballos bien montados, soldados con sus uniformes limpios y los altos militares con sus condecoraciones que lanzaban destellos al sol. Nuestra bandera danzaba movida por el viento del verano. Fue un recibimiento lleno de alegría y sentimientos encontrados: llantos y sonrisas a la vez.

Muchos no esperaban a nadie porque la guerra se los había llevado. Familias como la nuestra se mostraban impacientes porque entre el pelotón aparecieran sus seres amados. Ahí por primera vez experimenté lo que significa el amor a la patria. De pronto unas lágrimas se escaparon de mis ojos y rápidamente con la mano las sequé. No quería que mi padre viera que su hijo lloraba, pero es que también cuando se siente que el corazón va a explotar de felicidad, el llanto aflora y nos ahoga.

Vivas y cantos patrióticos entonados por todo el pueblo se escuchaban con fuerza. Veía el Pabellón ondear frente a mí, y me sentí muy feliz al estar de la mano de mi mamá y de mi hermana. Pensé: “Lo que siento es el amor por la patria que nos explica mi maestra en la clase, y que nunca entendí”. Este sentimiento compartido por la labor cumplida, y con honores, me hacía sentirme dueño del mundo. Nunca había sentido nada igual. Amaba a mi país, a mi gente, a los soldados, a mi familia, al presidente Mora y al curita del pueblo. Estaba feliz porque se había defendido nuestra paz, nuestra libertad y nuestra independencia. Ya no seríamos esclavos. Hasta sentía que de nuevo respiraba.

De pronto divisamos varias carretas que traían a los soldados heridos. Y ahí, por un sombrero viejo y descolorido, reconocí a mi papá. No pude más, solté la mano de mi madre y corrí hacia él. Subí a la carreta y lo abracé. Mi papá me pegó a su pecho y nos fundimos en un profundo abrazo, bañados con lágrimas de gozo. Pasamos frente a mi hermana y a mi madre. Mi padre las miró extasiado. Él no le falló a la patria...y nosotros tampoco.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Mediante “una lluvia de ideas”, entre todos, resuman el cuento.

2. Cada uno dibujará el personaje que le resultó más agradable, y lo identificará con una palabra que indique el valor y el sentimiento que lo caracteriza. Se presentan los dibujos frente al grupo familiar o ante el grupo para comentarlos.

3. De manera secreta, colocan en un papelito el nombre del miembro de la familia, compañero o compañera del grupo que posee características semejantes a cada uno de los personajes seleccionados.

4. Se sientan en una ronda, a metro y medio de distancia entre cada uno y con mascarilla (por los tiempos de pandemia), reflexionan sobre los sufrimientos familiares que se generan en épocas de guerras, epidemias, accidentes, otros. Al finalizar la ronda, aplauden para compartir la solidaridad grupal y familiar.

5. En grupos o con la familia expresan sus emociones con ejercicios o danzas y organizan una merienda para compartirla. Esta se debe llamar: “Juntos defenderemos todo lo que queremos y en lo que creemos”.

6. Elaboran un resumen de los aspectos de la vida cotidiana que se narran en este cuento y que les resultaron desconocidos. Compártalos con el grupo o con tu familia.

CUENTO # 2

## ¡La Patria se ama, se cuida y se defiende!

**Presentación:**

***Guadalupe y Clodomiro son una pareja de jóvenes esposos que se ven separados por la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57. Él atendió el llamado que hizo al pueblo el presidente don Juan Rafael Mora Porras para defender la patria y sus valores como son libertad, la soberanía y la independencia que estaban en peligro por la llegada a Nicaragua de un grupo de filibusteros, liderados por William Walker, cuyas intenciones eran las de esclavizar a los pueblos centroamericanos.***

Eran los tiempos de 1856. Las familias trabajaban afanosamente para obtener su sustento. El país demostraba progreso, y la expansión del cultivo del café que se exportaba a Europa daba fuentes de trabajo a toda la población.

En un pueblito alejado de la capital, camino a Heredia, Guadalupe y Clodomiro tenían un año de casados y apenas estaban empezando a construir su patrimonio, pero llegó el anuncio de una guerra y no tuvieron otro remedio que enfrentarla.

— ¡Guadalupe, fijate bien en lo que hacés porque la cosa se está poniendo fea y me voy “pa la guerra”—le dijo Clodomiro a su esposa, y siguió acomodando la leña en la troja. Más tarde, cerquita de la cocina de leña, se sentaron juntos a tomar café con tamal asado, porque estaba lloviendo y hacía mucho frío. Conversaron sobre los rumores de que para Costa Rica era inevitable ir a la guerra.

— ¿Clodomiro, de qué guerra me estás hablando? —preguntó Guadalupe.

—Pues de la que hablan todos en la pulpería, en el cafetal, en el trapiche, a la salida de la misa; en todo lado, hasta en el novenario de "ñor Sebastián", solo de eso se habló-—comentó Clodomiro.

— ¿Y contra quiénes tenemos que ir a pelear? Hace años que no se habla de guerras en Costa Rica. Aquí todos vivimos sin lujos, pero tranquilos; nos comemos el arrocito y los frijoles en paz, trabajamos duro y le sacamos provecho a la tierra, ¿por qué tenemos que ir a pelear? —agregó Guadalupe muy asustada.

—"Pos mujer, pa defender eso "mesmo" que estás diciendo". Llegaron a Nicaragua unos hombres con intereses malvados, y sus planes son los de esclavizarnos, apropiarse de nuestras tierras, quitarnos nuestras costumbres y poner las de ellos— explicó Clodomiro.

— ¡Diay, pero ¡cómo puede ser posible! ¡Los tres Dulcísimos nombres! Y aunque no queramos, tenemos que ir a combatir— exclamó Guadalupe angustiada.

—¡Sí, y no hay de otra! Es que si no vamos perderemos todo lo que hemos logrado hasta ahora, y tenemos que confiar en nuestro presidente, don Juanito Mora Porras. El vio que estamos en peligro de perder nuestra libertad y nuestra independencia, y ya convocó a todos los hombres del país con edad de 18 a 50 años, para enlistarse en el ejército—agregó Clodomiro con mucha preocupación e incertidumbre.

—Pues si es así, ahora entiendo por qué me dijiste que no matará el gallo para hacer el arroz con pollo. Es mejor cuidar las vaquitas, el chancho y las gallinas porque "naide" sabe en qué va a parar este asunto de la guerra— comentó Guadalupe.

—Así es, pero nos irá bien. Expulsaremos a esos invasores y volveremos a vivir en paz. No somos cobardes, y defenderemos a Costa Rica con todo nuestro coraje y nuestra valentía. Todos seremos héroes y salvaremos la patria del invasor—dijo Clodomiro, con mucho orgullo y seguro de que la victoria estaría de su lado y de Costa Rica.

— ¡Pues que Diosito Santo nos ampare, los lleve con bien y "güelvan" sanos! —, clamó Guadalupe, mirando al cielo persignándose y dándole un

fuerte abrazo a su esposo.

Clodomiro, partió con el ejército de Costa Rica hacia Guanacaste, y en la batalla de Santa Rosa logró expulsar a los invasores del territorio nacional.

Después de fieros combates librados con ayuda de los ejércitos provenientes de los países centroamericanos, en donde perdieron la vida muchos soldados, lograron expulsar de Nicaragua a los llamados filibusteros. La guerra concluyó en 1857 y la victoria fue para los países centroamericanos.

Guadalupe y Clodomiro fueron una pareja de campesinos, como muchas otras, que dijeron sí a la defensa de Costa Rica, en la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57. Hoy les agradecemos su esfuerzo y su valentía. Honor y gloria para estos héroes invisibles. Ellos dieron un valiente mensaje al mundo:

“La patria es el terruño que nos abriga al nacer, es donde descansan nuestros antepasados, donde labramos nuestro presente y soñamos nuestro futuro. Costa Rica es nuestra hermosa y bella patria que con nuestro esfuerzo cotidiano la vamos a preservar siempre libre y soberana, para el disfrute nuestro y el de nuestra descendencia”

Atentamente,

Clodomiro y Guadalupe

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Defina con sus palabras qué es la patria. Comparta criterios con su familia o con sus compañeros de clase.

2. Elabore un pensamiento que contenga lo que más aprecia de vivir en Costa Rica. Construya una bomba sobre la "patria" y la dice frente a su familia o a su grupo de estudio.

3. En caso de una pandemia o una crisis, ¿de qué manera debe trabajar por el bienestar de la patria? Comparta sus ideas con los demás y aprenda a respetar las opiniones ajenas.

4. Busque en Internet la poesía "Patria" del poeta turrialbeño Jorge Debravo. Encuentre similitudes con los conceptos de patria que se expresan en este cuento.

5. Elabore un collage con las ideas sobre la "Patria" que ha logrado obtener y compártalo con sus compañeros de clase y con su familia.

6. Resuma cuál es su manera de "construir patria" e ilústrela con un dibujo. Coloque su dibujo en una pared de su habitación o de la clase.

7. Consulte el Diccionario de Costarriqueñismos.

**CUENTO # 3**

## Juancito, héroe del pueblo

**Presentación:**

***Todos los países tienen sus héroes y heroínas. Son personas que en momentos de mucha dificultad ofrendan sus mejores esfuerzos y, si es necesario, hasta sus vidas, por alcanzar sus propósitos. Los héroes y las heroínas luchan por defender nobles ideales y valores humanos. En este cuento se relata la vida y la hazaña heroica de un héroe muy popular en Costa Rica: Juan Santamaría.***

---

—¡Juan, Juan, Juancito, muchacho, traeme la leña que está en la troja!

—¡Este chiquito que solo quiere vivir jugando! — agregó molesta “ña” Manuela, madre de Juancito. Estaba acostumbrada a trabajar de sol a sol para darle ropa y sustento a este niño, que era la ilusión de su vida, pero tenía que educarlo muy bien para que llegara a ser un digno ciudadano de la patria.

Vivían juntos en una casita de adobes en Alajuela, como a 500 metros de la iglesia central. Desde que Juancito vino al mundo ella le prodigó cariño y educación. Ya lo decía el cura, que se educaba con amor y con rigor al mismo tiempo.

De pequeño, junto a sus vecinos de la misma edad, pasaba entretenido jugando bolinchas y cargando carretas pequeñitas con granos de café, frijoles, maíz y pedacitos de caña de azúcar para llevarlas al puerto de Puntarenas.

También jugaba de casita. A él le tocaba siempre traer la leña para el fogón que, "de mentirillas", encendían para cocinar sus comidas. En ocasiones doña Manuela contribuía, y les hacía sopas de leche con tortillas, melcochas y aguadulce, simulando que era la fiesta patronal de San Juan Bautista porque, en su honor, le había puesto ese nombre a su querido hijo.

Juancito vivía feliz en medio de la pobreza generalizada de aquellos años. Nunca conoció a su padre, pero de su madre recibió todo el cariño y el apoyo que necesitó.

Le llamaban en el barrio "El Erizo" porque su pelo negro ensortijado y su piel morena dejaban entrever que en sus antepasados hubo alguien de la etnia negroide.

El maestro don José María Castillo visitó a doña Manuela para decirle que ya Juan tenía edad para asistir a la escuela. Ella exclamó sorprendida: "¡Parece que fue ayer que lo llevé a bautizar!" Y muy contenta le dijo que haría hasta lo imposible para que Juan recibiera una buena educación escolar, porque la formación en valores cristianos se la estaba dando en el hogar y en la iglesia.

Un día el maestro les dijo que una banda iba a tocar después de la misa de las diez de la mañana, y que le gustaría que fueran a escucharla. Como Juan vivía cerca del parque, le pidió permiso a su madre y se fue con sus amiguitos. ¡Qué emoción sintió Juan cuando escuchó los himnos y valses que interpretó esta banda! Muy impresionado se quedó Juan, y después de la presentación ayudó a guardar los instrumentos a los músicos. Aprovechó para preguntarle al que tocó el tambor si era fácil hacerlo. Este, con mucha gentileza y cordialidad, le respondió que sí, pero que todo lo que se propusiera en la vida lo lograría si lo realizaba con entusiasmo y perseverancia.

Juancito salió corriendo para su casa y volvió loca a su madre con el cuento de que él quería aprender a tocar el tambor en la banda. Doña Manuela, quien a duras penas conseguía pagar el alquiler y darle de comer a su hijo, le contestó que tal vez, más adelante le ayudaría a hacer realidad este sueño. Juan comprendió la desesperanza reflejada en el rostro cansado de su hermosa mamá y se fue calladito a llorar su desilusión donde ella no lo viera.

Pero un día Juancito contó a su maestro su ilusión frustrada, y este

conversó de inmediato con el director de la banda del cuartel; y sin pensarlo dos veces, lo integró a los ensayos. En un mes ya Juancito, sonriente y muy realizado, daba sus primeros toques al tambor. A Juan en el cuartel lo llamaron “el Tamborcillo”, porque era muy hábil tocando este instrumento. Posiblemente en sus venas corría el gusto por el sabor y la alegría que proporcionan los tambores en los ancestrales ritmos africanos.

También Juan ayudaba como sacristán en la iglesia, y acompañaba al padrecito a llevar la comunión a los más viejitos del barrio. Ahí conoció la dignidad con que llevaban la pobreza algunos vecinos, porque el padre les preparaba bolsas con ropita y alimentos para que llevaran a sus casas. Este era un secreto compartido entre él y el cura.

El tiempo pasó. Juan con 24 años trabajaba como jornalero y albañil. Su ilusión, además de tocar el tambor en la banda municipal, era la de proporcionarle a su madre una mejor casita, y que no tuviera que lavar ropa ajena. Manuela Santamaría contemplaba con ternura y mucha satisfacción a su muchacho. Era un joven bueno, trabajador, honrado y amoroso. ¡Nada más podía pedirle a la Divina Providencia!

Eran tiempos de paz y de progreso. El cultivo del café llevaba oportunidades de trabajo para mucha gente, pero esta tranquilidad se vería amenazada por la llegada a Nicaragua de un grupo de soldados llamados filibusteros, al mando de un aventurero llamado William Walker. Este pretendía establecer la esclavitud en estos territorios.

El presidente Juan R. Mora, don Juanito como le llamaba el pueblo con mucho cariño, visualizó el peligro y preparó al ejército. Entonces un amigo invitó a Juan para enlistarse en el ejército, porque defenderían a sus familias, a la patria, y les iban a pagar un salario atractivo.

Juan en varias ocasiones había observado a su amiga Francisca pasear con una joven muy hermosa, trigueña de ojos verdes que lo traía trastornado. Frente al espejo cerró sus ojos y se visualizó vestido con el uniforme militar, cargado de condecoraciones. Mínimo quería llegar a ser un coronel...bueno, se conformaría con ser un sargento. A su lado aparecía, vestida de novia, aquella hermosa chica de ojos verdes. A menudo se preguntaba cómo podría hacer realidad este sueño.

De manera apresurada, buscó a

su amigo y le dijo que estaba dispuesto a formar parte del ejército. Ambos se abrazaron sonrientes y partieron a enlistarse.

Doña Manuela supo de la decisión que había tomado su hijo, porque una vecina se lo contó, y casi se desmaya. Esperó a que Juan regresara de una finca de café donde trabajaba como peón y le preguntó muy seria que por qué había tomado esa decisión. Juan, muy respetuoso, le contestó que era la única oportunidad que tenía para mejorar su vida y dejar de ser tan pobres. Ella le recordó que en las guerras morían muchos inocentes pero que, en esta ocasión, el destino de Costa Rica estaba en peligro. Juan respondió que, si era necesario, ofrendaría su vida para darle a ella todo lo bueno que merecía y devolverle a su patria la paz y la libertad amenazadas.

Sollozando en su hombro, doña Manuela sintió que este era el abrazo de despedida de su amado Juancito. En cambio, él visualizó una linda casa donde su madre viviría como una reina, y él cuidando una prole de güilitas, junto a su hermosa morena de ojos verdes.

El momento esperado llegó. Juan recibió la orden de que partirían a enfrentar al enemigo en Nicaragua, y esa tarde en el parque se topó a su amiga Francisca, que venía acompañada con la adorada chica de sus sueños. Se quedó mudo y palideció. Ellas risueñas notaron su angustia, y Francisca procedió a presentarle a Rosaura, quien vivía en Heredia pero que, de vez en cuando sus padres la traían a pasear a su casa en Alajuela.

Juan se fue serenando, y en cuestión de media hora los tres compartían tan alegres como si se conocieran de toda una vida. Se sentaron en un poyito del parque bajo la sombra de unos frondosos árboles cargados de mangos pintones y maduros. Recogieron algunos y Francisca ofreció lavarlos en la fuente del parque, pero lo que realmente intentaba era dejarlos solos. Juan aprovechó el momento para tomarle la mano a Rosaura y confesarle que por años ella había sido la causa de sus desvelos. Con un intercambio de miradas cargadas de ternura, iniciaron un romance tan sincero y profundo que nunca más lograrían olvidar.

Juan lamentaba que la tratara personalmente la víspera de irse con el ejército, pero le prometió que volvería a su lado y que juntos disfrutarían de mejores momentos.

Se despidió triste y apesarado. Era el amor de su vida. No tenía nada que ofrecerle, pero le juró que, a su regreso, victorioso y lleno de medallas ganadas por sus actos de heroísmo, la haría sentirse muy feliz. Ambos se abrazaron y bajo un frondoso árbol de mango, con un discreto beso, sellaron su compromiso.

Juancito y sus compañeros recibieron en la Catedral de San José la bendición del obispo, y el 4 de marzo de 1856 enrumbaron hacia Nicaragua. No era un ejército conformado por humildes jornaleros descalzos con picos y sachos, era un contingente de patriotas bien preparados y equipados con armas de moderna tecnología. La organización de mando del ejército estaba a la altura de los ejércitos europeos, y al frente marchaba don Juan Rafael Mora Porras, estadista visionario y valiente que logró llevar a niveles sublimes el espíritu cívico patriótico del pueblo costarricense.

Todos al unísono respondieron con altiva gallardía al llamado de su presidente al escuchar su Primera Proclama al pueblo:

Compatriotas:

*"¡A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos a Nicaragua a destruir esa falange impía que ha reducido a la más oprobiosa esclavitud. Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos... Paz, justicia y libertad para todos. Guerra solo a los filibusteros".*

Y henchidos de fervor patrio, este grupo de ciudadanos costarricenses, con edades entre 18 y 50 años, se encaminó por la Ruta de los Héroes, llegó a Liberia, y de ahí siguió otra dura jornada hasta la hacienda Santa Rosa. El 20 de marzo en una batalla que duró apenas 14 minutos nuestro ejército venció, de manera incuestionable a más de 300 filibusteros, apostados dentro de la casona de esta hacienda.

Esta victoria dijo a William Walker que Costa Rica y su pueblo nunca permitiríamos que nos privaran de la paz y la libertad que disfrutábamos, y que, con la ayuda de los países centroamericanos, lo expulsaríamos para siempre de estos territorios.

El ejército costarricense continuó con la persecución de los filibusteros, que huyeron en estampida hacia Nicaragua. El 11 de abril en Rivas, los costarricenses necesitaron desalojar a los filibusteros que se re-

fugiaban en un mesón—o casa para atender huéspedes— de un señor de apellido Guerra. Por eso le llamaban el mesón de Guerra y era necesario sacarlos de este estratégico lugar.

El General José María Cañas sugirió que se prendiera fuego a este mesón y dos valientes soldados trataron de hacerlo, pero resultó infructuoso el esfuerzo. Uno murió en el intento y el otro quedó mal herido.

Rodeados de un ambiente de mucha incertidumbre, bajo una lluvia de balas, el humilde Tamborcito, Juan Santamaría, se ofreció para realizar tan peligrosa misión. Todos perplejos se volvieron a ver. Admiraron su valentía y su desprendimiento por la vida, pero lo que impulsaba a Juan a realizar este acto de heroísmo fueron sus tres grandes amores: su patria, su madre y Rosaura, su morena de ojos verdes. Eso así, aceptaba el reto bajo una condición: que, si moría, velaran por su madre.

Juancito, el chiquillo humilde del barrio de los mangos, el Erizo, buen hijo y amigo, el tamborcillo enamorado, henchido de amor y fiel a su compromiso como soldado, toma la ardiente tea, se despide de sus compañeros, invoca a su madre y a Dios y sale corriendo hacia el mesón. Logra prenderle fuego, pero cae abatido por las balas enemigas.

Treinta y cinco años después se inauguró su estatua en el parque de Alajuela que lleva su nombre. Y por eso, los 11 de abril en Alajuela, se festeja esta histórica hazaña. Juan Santamaría es el héroe del pueblo, el símbolo de este pueblo valiente y soñador, que no permitió ser esclavizado.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Lea el cuento de forma individual o en familia. Evacúe sus dudas de vocabulario.

2. Localice en un mapa de Costa Rica la provincia de Alajuela y la ciudad de Liberia, y en un mapa de Nicaragua la ciudad de Rivas.

3. Comente en el núcleo familiar las impresiones de cómo se sintieron el primer día que fueron a la escuela.

4. Investigue los juegos y diversiones que protagonizaba la niñez costarricense en 1856.

5. Explique por qué la educación que se recibe en la escuela es un complemento de la que se recibe en el hogar y con su familia.

6. ¿Considera que José Ma. Castillo fue un maestro inspirador para Juan Santamaría? Justifique su respuesta.

7. Mencione tres valores que identifican a doña Manuela Santamaría y a su hijo Juan Santamaría. Coméntelo con su familia o con el grupo.

8. ¿Cuál fue el consejo que le dio el músico que tocaba el tambor en la banda militar a Juan Santamaría? ¿Qué opina de este consejo?

9. ¿Considera que los tres amores de Juan Santamaría justifican el sacrificio de su vida?

10. ¿Es Juan Santamaría un héroe popular en Costa Rica? Justifique su opinión.

11. Consulte Internet y elabore en familia o con su grupo de clase, un mapa en donde señale la Ruta de los Héroes de la Guerra Patria Centroamericana 1856-57.

CUENTO #4

## ¡Y se levantaron en armas!

**Presentación:**

***La niñez vive inventado juegos para entretenerse y siempre escucha lo que conversan los mayores en sus hogares. Estos niños se ofrecieron a pelear en la Guerra Patria Centroamericana 1856-57, porque sus padres y sus tíos se enlistaron en el ejército. Es gracioso saber cómo se armaron y desfilaron por su barrio, al mejor estilo de un desfile militar.***

En enero de 1856, en una empolvada calle de un pueblito llamado San Pedro del Mojón, cerca de San José, se encontraban cuatro niños jugando trompos. Adriana y Eugenia, sus amiguitas, los observaban entretenidas con sus muñecas de trapo. Entre jugadas y discusiones, se divertían, aprovechando que habían cogido café todo el día y que la tarde estaba fresca y sin lluvia. Era una hermosa tarde del verano.

Miguel, el más competitivo, en cada jugada trataba de sacar una “guápil” de café metida dentro de una rueda pintada en el suelo. Era muy impetuoso y mientras enrollaba su trompo con el cáñamo, comentó a sus otros amigos que lo observaban, esperando su turno:

—¡Aunque no lo crean, pero “mi tata jala p´ la guerra”!
—¿Cómo se te ocurre? ¿Y quién va a atender la zapatería? —preguntó Manuel asombrado, mientras admiraba la forma tan meticulosa en que Miguel enrollaba el cordel alrededor de su trompo.
—¿Por qué te asustas Manuel? Mi tata dijo anoche que él se va a pelear y creo que mi hermano Juancho también—agregó Dionisio.

—¡Diay y ahora todos los tatas, tíos y hermanos mayores van “p´ la guerra”! —agregó Dionisio

Miguel terminó de enrollar la cuerda, y antes de tirar el trompo les dijo: “En mi casa desde hace días solamente se habla de lo que dice don Juanito Mora, el presidente, y lo que habla el padre en el sermón en la misa de los domingos: “la guerra p´ arriba y la guerra p´ abajo”. ¡Se imaginan que a mi tata lo balearan o que muriera! Mi mama está muy triste y enojada. La veo llorosa y ni le pregunto, porque sé que está sufriendo mucho. También dos hermanos de ella van “p´ la guerra” y mi abuelita queda sola, en la casa vieja del cerquillo, por el bajo del río.

Miguel tiró el trompo a la “guápil”, pero le pasó de largo y se molestó mucho por su mala puntería. Los tres amigos se burlaron.

—Si seguís hablando de la guerra no vas a pegar ni una—, le dijo Mauricio muerto de risa—, pero, de inmediato abrió sus ojos negros como si se le fueran a salir de sus órbitas y les comentó en secreto y voz baja:

—¿Sabían que desde hace días ellos van a practicar para ser buenos soldados? Mi tata y mis tíos lo tienen calladito, pero todos los domingos se van de cacería de conejos al monte y lo que hacen es ir a las prácticas militares.

—¿En serio? Ahora entiendo por qué mi tata inventa cuentos pa´ salir los domingos en las mañanas y nunca sabemos pa´ donde agarra—comentó Miguel muy extrañado.

—Todos ellos andan en lo “mesmo”. Son bien “agazapados” porque lo hacen de “acallao” para que “naide” en las casas se ponga nervioso-, explicó Dionisio.

—¿Y por qué van a una guerra? ¿A pelear contra quiénes? —preguntó Manuel.

—Según dijo mi tata, llegaron a Nicaragua unos tipos con muy malas intenciones porque quieren apoderarse de todos los países cercanos, y nos van a quitar la libertad, nuestras casas, ya no podremos ir a la iglesia y no seremos libres; o sea, ya no podremos jugar trompos, ni a escondidas, porque ellos nos vigilarán y si no les hacemos caso nos van a matar—aclaró Miguel, en un tono de voz que evidenciaba la tragedia que estaba por sucederle a toda la población

Adriana y Eugenia intrigadas se

acercaron para escucharlos mejor, y por supuesto que se sorprendieron al escuchar que sus padres también se iban para la guerra. Ellas no demostraron miedo, al contrario, con entusiasmo y muy seguras de sí mismas, agregaron que irían a la guerra como enfermeras, para cuidar a los soldados heridos en las batallas.

Mauricio escuchaba silencioso las manifestaciones eufóricas de las chicas y de pronto se transformó. Tomó una actitud de soldado listo para el combate. Guardó su trompo en la bolsa del pantalón, tomó una rama de un palo que estaba en el suelo y a manera de un fusil, se lo acomodó en su lado derecho y les dijo en tono fuerte y desafiante, al mejor estilo militar:

—"Pos", si don Juanito me llama, me voy a pelear con mi tata—. Lleno de coraje y con mucha gallardía salió marchando con la rama empuñada por su brazo, cual si fuera un fusil de verdad. Y no fue cuento que Miguel, Dionisio, Manuel, Adriana y Eugenia se buscaron otras ramas y lo siguieron en formación militar. Marcharon por todo el pueblo. La gente sorprendida los miraba asombrada y comentaba que algún bicho raro los había picado

Los tatas al enterarse de tan inusual desfile, les pegaron una buena zarandeada, con jalada de orejas incluida, por andar haciendo loco en las calles. No pudieron jugar más a los soldados ni a las enfermeras, pero muy orgullosos demostraron al pueblo que no eran cobardes, y que estaban listos para pelear por la tranquilidad de sus familias y por la libertad de su patria; pero también, para defender el derecho a jugar trompos, a escondidas y con sus muñecas, que era lo que más les gustaba hacer en sus ratos libres, después de ganarse el sustento, los uniformes y los útiles de la escuela, con las cogidas de café.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Explique a su familia o compañeros de clase lo que sabe de la Guerra Patria Centroamericana o Campaña Nacional de 18567-57. Busque en Internet si desea conocer más sobre esta gloriosa gesta nacional y centroamericana.

2. Consulte con el docente las dudas que tiene. Comparta con su familia o compañeros de clase sus inquietudes al respecto.

3. Pregunte a sus padres y familiares si fueron a "recolectar café", y cuáles anécdotas o experiencias vivieron en los cafetales. Comparta sus comentarios con los que aportan sus compañeros/as de aula.

4. La niñez y la juventud costarricense recolectaban café y con lo que ganaban se compraban sus uniformes y los útiles para asistir a la escuela y al colegio. ¿Por qué no lo hacen en los tiempos actuales?

5. Pregunte a sus familiares y amistades cuáles juegos jugaban cuando tenían tu edad. Comprobarán que muchos de esos juegos ya no se practican. Investiga la razón por la que se han dejado de jugar.

6. Aprenda a jugar trompos, canicas, escondido, rayuela, yackses, papel, piedra y tijera, oba, otros, para que los practique en su casa y cuando concluya la pandemia, los juegue con sus compañeros/as de clase.

7. Exponga en un pensamiento qué es lo que más disfruta cuando socializa con compañeros/as de su misma generación.

8. En una pequeña redacción explique por qué en los tiempos que le ha correspondido vivir, la tecnología ha cambiado su forma de diversión.

9. Consulte el Diccionario de Costarriqueñismos.

CUENTO #5

## Chuleta en la batalla de Sardinal

**Presentación:**

***Siempre se ha dicho que el perro es el mejor amigo de ser humano. En este cuento le deleitará conocer una mascota llamada Chuleta, con un aspecto muy peculiar, y que se distinguió por su fidelidad al General Florentino Alfaro, quien le brindó cariño y amistad, en una gloriosa batalla durante la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57.***

Chuleta nació de última, de una camada de seis perritos. Cuando pudo olfatear dónde estaba su alimento, no pudo tomarlo porque sus hermanos mayores se lo impidieron. Así es que creció siempre entre las migajas que le dejaban los otros.

La “matrona”, doña Inés, de vez en cuando, le daba una lechita con tortilla para que se repusiera, y así creció; sin estímulos ni cariños especiales, de la mano de Dios.

Trató de llamar la atención y de sobresalir en algo, pero, aunque hacía sus mejores esfuerzos, siempre llegaba tarde; salía corriendo cuando los fuertes la amedrentaban, y se refugiaba temerosa en las faldas de doña Inés.

El patrón, “ñor José María”, le tenía lástima, porque él era de cuna pobre y todo lo que había logrado obtener en esta vida le había costado sudor y más sudor. Un ranchito, una finquita sembrada de maíz y algunos vegetales; una yunta de bueyes y una carreta. Ese era todo su patrimonio, pero lo más valioso eran sus ocho hijos que le ayudaban a mantenerse con el trabajo realizado entre todos.

Y ahí, en la vereda izquierda del majestuoso río Sarapiquí, tenían su hogar. Vivían tranquilos, y solamente la luz del día y las sombras de la noche hacían que su vida cotidiana transcurriera entre un período productivo y otro de descanso.

En tono burlesco, a Chuleta la apodaron así por su esquelética figura, pero ella disfrutaba la vida al lado de los perros vecinos. Con el paso de los años, aprendió a ayudar en las labores de cuidado del rancho y no permitió que se acercara ningún advenedizo ni animal peligroso.

En su currículo, destacaba la defensa que hizo de un ternerito recién nacido cuando un tigrillo de montaña se lo quiso llevar. También, la frenética valentía con la que defendió a Gasparcito, el pequeñín de la casa, del ataque de una terciopelo; y cuando ladró hasta quedarse afónica, alertando de una manada de saínos salvajes, que era el tormento de la zona y que destruía todo lo que encontraban a su paso.

Pero cuando obtuvo el mayor reconocimiento familiar fue cuando se enfrentó a unos coyotes hambrientos, que querían comerse las gallinas. Ese día, toda la familia asistió a un matrimonio de un vecino y dejaron la casa bajo el cuidado de Chuleta. El ataque se produjo como a las seis de la tarde. Cuando regresaron, encontraron a Chuleta herida, y el gallinero con todas las gallinas vivas, pero alborotadas y nerviosas. A partir de ese día se ganó el honor de comer con la familia en la mesa de la cocina, y acompañaba a "ñor José María" cuando salía a laborar en la huerta. Era la más valiente entre los valientes.

Una mañana del mes de abril, oyeron unas voces de hombres cerca del rancho. Doña Inés llamó desesperada a Chuleta para que estuviera cerca y la protegiera, pero no resultaron enemigos. Era un contingente de 100 soldados costarricenses, la mayoría provenientes de Alajuela, que iban de paso.

"Ñor José María" interrogó al jefe, que se llamaba general Florentino Alfaro Zamora. Este le explicó que se trasladaban a pie para enfrentarse a un grupo armado de invasores llamados filibusteros, quienes venían desde Nicaragua a apoderarse del país. Doña Inés abrió los ojos y exclamó:

— ¡Santa María, madre de Dios!... ¿es qué acaso estamos en guerra?

Sus hijos alarmados los rodearon para enterarse de tan funesta noticia.

—¡Sí! ¡Lamento informarles que estamos en guerra! — exclamó el General.

Chuleta se puso inquieta. Sus amos estaban angustiados. No estaba clara la situación para ella. De pronto, llegaron unos extraños y en vez de echarlos, los recibieron de buena manera, y hasta les ofrecieron ayuda. Tampoco entendía por qué todos se vestían parecidos y quién era ese señor tan serio y con aires de gran señor a quien llamaban "Mi General".

El general Alfaro seguía las instrucciones del comandante en jefe y presidente de la República, don Juan Rafael Mora Porras, estratega militar ingenioso, quien sabía que tarde o temprano nuestro ejército se enfrentaría al invasor en el río Sarapiquí, y quiso cerrarles el paso lo más pronto posible.

Se tomaron las precauciones debidas, y el contingente de soldados alajuelenses, liderado por el general Alfaro, marchó por la ribera del lado izquierdo del río Sarapiquí, rumbo al río San Juan. Es así como se toparon con el rancho de "ñor José María".

Doña Inés, solidaria, cooperadora y como buena patriota, sirvió a las hambrientas tropas gallina achotada con agua dulce, tortillas y "totoposte". Chuleta no se le despegaba. Tanta fidelidad llamó la atención del general Alfaro, quien de forma espontánea le acarició su cabeza; y mientras saboreaba la deliciosa cuchara de doña Inés, preguntó:

—¿Y esta perrita tan fiel, de dónde salió?

Chuleta se volteó sorprendida y lamió la mano del General. Por primera vez, alguien —que no era uno de sus amos— le brindaba cariño. El general Alfaro comenzó a jugar con ella y esta, mimosa y muy alegre, le siguió el juego. De forma espontánea, surgió una amistad entre ambos y de ahí en adelante, Chuleta fue la sombra permanente del general Alfaro.

Los hijos de doña Inés, henchidos de amor patrio, se ofrecieron para luchar en esta batalla. El general Alfaro les permitió que participaran en las preparaciones bélicas, pero que solamente los ocuparía si se necesitaban refuerzos.

Los llamados filibusteros, ni lerdos ni perezosos, ya habían recibido noticias del avance de este grupo de soldados costarricenses, y enviaron cien soldados en cuatro embarcacio-

nes, desde el puerto de La Trinidad, ubicado en aquellos años donde desemboca el Sarapiquí en el río San Juan. Estos soldados enemigos venían navegando por el río Sarapiquí, hacia el sur, porque su interés era apoderarse de San José.

El 10 de abril de 1856, entre las 8 a.m. y las 11 a.m., en una pequeña ensenada, donde el río Sardinal se une al Sarapiquí, ocurrió la esperada batalla. Chuleta, como solía hacerlo, con fuertes y rabiosos ladridos, avisó al ejército costarricense que los filibusteros se acercaban sigilosos por el río; entonces nuestros soldados, en forma valiente y con premura, les prepararon una emboscada.

En el intercambio de balas Chuleta corría desesperada de un lado para el otro, y cuando el general Alfaro cayó herido en su brazo derecho, Chuleta le hizo guardia de honor y lamía con ternura su herida. Fiel a su general, nunca lo dejó solo, hasta que este recibió ayuda médica; aun en esos momentos se mantuvo junto a él, y lo miraba con unos ojos lagrimosos y con profunda tristeza.

Chuleta nunca imaginó que sería una insigne protagonista de la segunda batalla que libraron nuestros ejércitos en territorio nacional, porque la primera había sucedido en Santa Rosa, el 20 de marzo de ese mismo año. Ella compartió la victoria con su general y los valerosos soldados que lucharon en contra de la falange filibustera en Sardinal.

Orgullosa y muy contenta, Chuleta meneaba su cola, porque, sin saberlo, contribuyó con sus acciones valientes y osadas a que esta gloriosa columna de soldados costarricenses mantuviera el control e impidiera más ataques de los filibusteros, utilizando la tradicional vía de transporte del río Sarapiquí hacia el interior de nuestro país.

El combate de Sardinal le demostró a William Walker, líder de los filibusteros, que no le resultaría fácil apoderarse de Costa Rica ni de Centroamérica, porque sus moradores estaban decididos a defender con sangre, valor, coraje y plomo su libertad y su soberanía y que, liderados por el presidente don Juanito Mora, el triunfo estaba de nuestro lado, tal como sucedió un año después.

Cuando regresaron las tropas victoriosas a la capital, el general Alfaro nunca más se separó de Chuleta, compañera inseparable en otras batallas. Gracias a su olfato del peligro, coraje, nobleza y lealtad, el gene-

ral Alfaro le concedió el honroso grado militar de “Chuleta, General cinco estrellas en la batalla de Sardinal”.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Lea el cuento evacuando las dudas del vocabulario desconocido, consultando el Diccionario de Costarriqueñismos.

2. Ubique en un mapa de Costa Rica el río Sarapiquí.

3. Valore la presencia de mascotas en la vida de familias. Enumere el aporte de estas en la dinámica de los hogares y como compañía de las personas que viven solas.

4. Destaque la lealtad y solidaridad de Chuleta con el General Florentino Alfaro.

5. Pinte a Chuleta de manera semejante a la mascota de tus más cercanos familiares y amigos.

6. Elabore un texto pequeño en donde explique la importancia de la batalla de Sardinal para la defensa de la capital de Costa Rica, frente al avance de los filibusteros.

7. Elabore una canción sobre Chuleta y su historia como mascota del ejército victorioso en la batalla de Sardinal. Póngale el ritmo de una canción conocida y cántela frente a sus familiares o compañeros de aula.

8. Investigue en internet cómo sucedió la gloriosa batalla de Sardinal y su significado en la Guerra Patria Centroamericana 1856-57(Campaña Nacional).

CUENTO #6

## Nicolás y Peluquina, espías en La Trinidad

**Presentación:**

***Don Nicolás Aguilar fue un héroe en la batalla de La Trinidad. Él mantuvo una franca amistad con Peluquina, y entre ambos utilizaron el espionaje para combatir al enemigo. Disfrute este cuento, porque es muy divertido, y a la vez, puede aprender sobre las batallas que libró el ejército de Costa Rica en la Guerra Patria Centroamericana 1856-57.***

En 1856, Costa Rica estaba en guerra. El visionario y valiente presidente Juan Rafael Mora Porras y su Estado Mayor conocieron los planes esclavistas de William Walker y sus soldados, llamados filibusteros, para la región centroamericana. Al siguiente día de la batalla ocurrida el 11 de abril de 1856, en Rivas, Nicaragua, el presidente Mora se vio obligado a suspender la guerra y ordenó el regreso a Costa Rica de las tropas que sufrían el flagelo de la epidemia del cólera morbus.

Cuando un grupo de soldados muy enfermos de cólera regresaba al país, se quedó a descansar en Orotina. De pronto, una parvada de loras surcó los cielos, una de estas loras se desprendió del grupo y voló hacia donde estaban los soldados. Desconfiada y recelosa, caminó hacia donde estaban reunidos alrededor de una olla sobre tinamastes y ardientes trozos de leña.

Francisca Carrasco, soldada oriunda de Cartago, tomó en sus brazos la lora y la abrigó con su delantal, mientras preparaba una deliciosa sopa para levantar los ánimos y las defensas de los moribundos compañeros.

Este cariñoso y fraternal gesto hizo que Peluquina (nombre con el que

bautizó Pancha a esta lora, por tener plumas muy desordenadas en su cabecita) se sintiera confortable y bien recibida, en un ambiente triste pero hospitalario y fraternal.

En adelante, Peluquina se convirtió en su mejor vigía porque los acompañó en ese doloroso retorno a casa, cuando todo era amargura, incertidumbre y desilusión. El cólera mataba a los soldados y a sus familias. No perdonaba edad, sexo ni condición social. Se llevó el diez por ciento de la población nacional. Fue realmente un caos y un reto que puso a prueba la unión familiar y la colaboración entre el gobierno, médicos, enfermeras, familiares y vecinos.

Pancha Carrasco no podía cuidar bien a Peluquina, porque tenía que atender a tanto enfermo víctima de la peste que se la encomendó al sargento Nicolás Aguilar Murillo, herediano de cepa, soldado valiente y gentil, quien la acogió con mucho cariño.

Peluquina aprendió de Nicolás el oficio de todo buen soldado: siempre estaba lista para cualquier eventualidad militar, ya fuera en las reuniones del alto mando, en los alegres y bulliciosos ratos de esparcimiento entre los soldados o en el silencio absoluto de las noches de vigilia. Esta simpática lora nació para nunca ser olvidada, porque prestó servicios a la patria, en momentos en que toda ayuda era muy bien recibida por don Juanito Mora.

Muy contenta, Peluquina nunca paraba de cotorrear, silbaba las canciones de moda, piropeaba a los soldados, lanzaba hurras a don Juanito, a Nicolás y a Pancha. Saludaba a quienes pasaban frente a sus ojos; rezaba el Padre Nuestro, el Ave María y contestaba las letanías, al más sacro estilo de las devotas señoras de las cofradías; también maldecía y decía palabras groseras en contra de los filibusteros.

En ocasiones, los soldados le seguían la corriente y esta, a manera de una experimentada actriz dramática, fingía un desmayo, caía “patas p’arriba”, se estremecía y quedaba como inconsciente. Aprovechaba todo momento para hacer gala de su ingenio. Salió volando, y haciendo peligrosas acrobacias, se acomodó en el tronco de una galera y cantó:

“Urria, Urria. Peluquina
A su amo servirá,
Y la victoria, nuestra será”
“Urria urria, filibusteros asesinos,
muertos hambre, asesinos
con Nicolás morirán”

A partir de junio de 1856, la peste cesó de hacer estragos. Ante la presencia de un selecto grupo de soldados costarricenses, don Juanito Mora aprovechó el momento y les dio a conocer sus angustias y la necesidad de volver al campo de batalla, que en esta segunda fase de la guerra tendría como escenario la toma de los campamentos, vapores y fuertes ubicados en la ruta del río San Juan.

Este trayecto era muy exótico. Se economizaba muchos días de viaje al tomar en San Juan del Norte vapores para navegar el río San Juan, el Lago de Nicaragua y cruzar en carretas el istmo de Rivas para llegar al puerto de San Juan del Sur, en el océano Pacífico. Era una importante ruta interoceánica y se llamó la Vía del Tránsito.

En sus constantes desvelos, el presidente Mora ideaba planes estratégicos para apoderarse de esta ruta que le permitía a William Walker, líder de los filibusteros, abastecerse de soldados, comida, armamento, pertrechos y medicinas. También esta ruta era utilizada por miles de pasajeros provenientes de los territorios ubicados al este de los Estados Unidos, quienes deseaban hacerse ricos, explotando las minas de oro recién descubiertas en California.

Don Juan Rafael Mora explicó a los soldados sus planes estratégicos para apoderarse de esta ruta. Entre los miembros de este destacado grupo de soldados reunidos para escucharlo, figuraba Nicolás Aguilar, quien no daba ni un paso sin su Peluquina, acomodada de manera holgada y tranquila en sus hombros. Ambos escucharon atentos los detalles de esta peligrosa misión, junto a soldados, como el mayor Máximo Blanco, con una larga experiencia en estas lides.

El 3 de diciembre de 1856, don Juanito ordenó la movilización de la División de Vanguardia del ejército desde San José hasta Alajuela; compuesta por unos 200 soldados, los mejores del ejército, quienes se desplazarían por una ruta nueva, selvática y llena de peligros.

Antes de que el ejército partiera, el presidente Mora dio las instrucciones en un sobre cerrado al mayor Blanco. Este creyó que viajarían por la ruta tradicional, que era la del río Sarapiquí hasta llegar al río San Juan; pero para su sorpresa, las instrucciones eran que remontara por una ruta novedosa, utilizando las veredas cercanas al curso del río San Carlos, hasta llegar al río San Juan, y de ahí

tomar el campamento filibustero ubicado en La Trinidad.

Nadie conocía estas directrices, ni a dónde ni cómo se avanzaría por una ruta llena de peligros y con una espesa vegetación. El mayor Blanco, conforme avanzaba, cumplía con obediencia las órdenes recibidas del presidente Mora. Y no lo van a creer: la famosa y popular Peluquina enrumbó con el pelotón, acomodada en el hombro de su amo, el valiente soldado Nicolás Aguilar.

Antes de partir, Nicolás amaestró a Peluquina para que cuando visualizara en el horizonte grupos armados filibusteros se lo dijera. Estos códigos eran secretos entre el soldado y su mascota. Ella musitaba palabras a su oído y el sargento Aguilar entendía sus mensajes.

Durante la marcha, la tropa acampó en Alajuela, Grecia, Laguna, Mancos, Peje y San Carlos. Muchos soldados desertaron debido a lo insalubre de la ruta, la falta de alimentos y al intenso calor húmedo y pegajoso de los bosques lluviosos, las abruptas montañas y cantidad de insectos que destrozaban su piel con incesantes y dolorosas picaduras.

Entre las nubes cargadas de lluvia, Peluquina revoloteaba veloz y se escurría con gran maestría entre las frondosas copas de los árboles, pero nunca perdía de vista su regimiento.

Esta vanguardia de soldados, armados con fusiles de chispa, partió en lanchas rústicas e inseguras por el río San Carlos, pero solamente 80 pudieron llegar a la desembocadura del río San Carlos, en el caudaloso río San Juan.

Navegando en sus extensas aguas, se acercaron al campamento filibustero en La Trinidad, que se encontraba en la confluencia del río Sarapiquí con el río San Juan. Desde aquí, se iniciaría la toma de la famosa Vía del Tránsito, que tanto desvelaba a don Juanito Mora.

En medio de un terrible sopor tropical unido al cansancio provocado por fuertes e interminables aguaceros, aturdidos por la bulla provocada por el gorjeo, chillidos, susurros y croas enloquecedores de las cigarras, ranas, sapos y pájaros; los soldados comenzaron a prepararse para entrar en acción.

En diciembre, la avanzada de valientes hombres pasó una noche muy cruel. Estaban hambrientos, empapados, con la ropa y las municio-

nes humedecidas por un torrencial aguacero que no se detenía. Parecía que el cielo se había roto y tenía un enorme hueco por donde escurrían miles de gotas.

En estos momentos de incertidumbre, sumidos en la angustia, los soldados recordaban, en la distancia, el calor de sus hogares. Los fogones con cafeteras llenas de agua dulce caliente y tamales con queso y natilla; tortillas adobadas con asiento de chicharrón, gallitos de picadillos de arracache, papa, chayote y otras delicias culinarias que cocinaban las esposas, madres, hermanas y novias que habían dejado solas en sus casas y ranchos, para servir a la patria.

La esperanza del regreso al lado de sus seres amados los mantenía con optimismo y alimentaba una inquebrantable fe en que la victoria estaba de su lado porque su causa era justa. ¡Cuánto anhelaban una jarra de café bien caliente con unos bizcochos, totoposte, gallina achotada y papa con "chicasquil"! Tal era el hambre y la desolación, que ya estaban alucinando. Hasta lograban oler el café recién chorreado. Jamás iban a permitir que forasteros les arrebataran tantas delicias y esos hermosos recuerdos impresos en su memoria. Era su cultura, sus tradiciones, su forma de vivir. Era pelear hasta morir. No había otro camino para defender lo que tanto amaban: sus familias y su terruño, la tierra que los acogió cuando nacieron, esa que llaman "patria".

Muchos hacían juramentos secretos. Se persignaban y en silencio oraban con mucha fe. Si la Divina Providencia y la Virgencita de los Ángeles les daban el triunfo, regresarían a sus hogares y serían mejores compañeros, ciudadanos y trabajadores. Ahora sí dedicarían más tiempo para chinear a sus chacalines, y a los bebés los acurrucarían en sus brazos. Sus lágrimas se confundían con la lluvia y sus nostálgicas miradas despedían destellos de esperanza. Estaban dispuestos a darlo todo por un futuro colmado de paz y de trabajo, en fraternal convivio con sus familias y sus vecinos ¡Primero muertos que vencidos! Costa Rica sería libre, y para lograrlo dejarían en las batallas hasta su última gota de sudor y de sangre.

Peluquina los observaba con atención. A ratos se desprendía del hombro de Nicolás y revoloteaba ágil de árbol en árbol, sin perderlo de vista. Retornaba y cantaba emocionada a los soldados;

"Peluquina a la guerra va, a matar

filibusteros.
Generala yo seré, y no moriré".
Daba tres volteretas, se hacía la desmayada y agregaba:
"Ayyy, ayyy ayyyy no moriré".

Como no paraba de hacer sus piruetas, los soldados, le seguían el cotorreo y cantaban al unísono:

"Peluquina, despeinada, sos una espía bien pagada, ¿cuándo te vas a callar?"

Ella continuaba con su graciosa cantaleta:

"Urria, urria Peluquina regañada, despeinada y bien pagada, heroína seré, heroína seré".

Con sus silbidos, volteretas y cantos se convirtió en la mascota más querida del grupo de valientes soldados que se dirigía a la batalla de La Trinidad, tercera batalla que librarían los ejércitos costarricenses en suelo costarricense, en la guerra de 1856.

Como el capitán Sylvanus Spencer, un gringo conocedor de esta ruta, los acompañaba; Peluquina en un spanglish difícil de entender, le susurraba al oído:

"Mirspencer faine,faine, con bravura peleará,
los mosquitos kill kill kill,pumm pump pump
traca traca, tracatá y medallas ganará".

El capitán Spencer se carcajeaba porque disfrutaba de sus disparates. Peluquina resultó ser una lora bilingüe, muy aventajada en el aprendizaje del inglés.

En la mañana del 22 de diciembre de 1856, los jefes ofrecieron 500 pesos, a nombre del gobierno de la República, como recompensa al soldado que protagonizara valientes muestras de valor y coraje patrio, en el desempeño de su defensa en esta batalla. Este ofrecimiento infló el estado de ánimo de los soldados.

Peluquina, muy despabilada y juiciosa, acompañó a varios soldados a inspeccionar cómo estaba la situación de los enemigos. Fue una misión de espionaje. Se desplazaron entre la frondosa y apabullante vegetación tropical de manera silenciosa y observaron, detenidamente, la ubicación de los filibusteros en el campamento. Peluquina retornó al lado de Nicolás, se posó en su hombro derecho y le susurró al oído la clave secreta: "*Five or none*" (Las cinco o

ninguna), que indicaba la presencia de muchos filibusteros enemigos en dicho campamento.

Este era el lema de William Walker el jefe de los filibusteros quería decir que dominarían en las cinco repúblicas o en ninguna (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica). Nicolás le prestó a Peluquina la debida atención y alertó al mayor Blanco para que ideara una estrategia de asalto improvisado al grupo filibustero. Es así como se planificó la gloriosa batalla de La Trinidad.

Peluquina entusiasmada cantó en vos baja y un poco ronca a los soldados:

"Urría, urria, filiteros fuerte están,
a volar plomo los soldados ticos van,
los cobardes filiteros se rendirán
y los ticos con Nicolás
ganarán".

Y fue así como este grupo de valientes soldados realizó un ataque fulminante e inesperado contra los enemigos. Durante el enfrentamiento, Nicolás saltó hacia la trinchera enemiga y disparó contra el centinela, luego se apoderó del cañón del enemigo y sin vacilación alguna, fulminó a quienes trataron de causar bajas a su regimiento. Su accionar, colmado de coraje y bravura, lo hizo acreedor del premio ofrecido.

En el fuerte La Trinidad, los soldados costarricenses pelearon con coraje e hidalguía y se envalentonaron al grito de ¡Viva Mora! del mayor Blanco. De manera rápida tomaron la ventaja y salieron victoriosos, gracias a las valerosas hazañas del soldado Nicolás Aguilar. Este valiente grupo de militares dejó claro a Walker y a su ejército filibustero que nunca entrarían al territorio nacional porque aquí encontrarían soldados y una población valiente y dispuesta a morir, en la defensa de la soberanía, la independencia, la libertad y la paz de los hogares costarricenses.

Peluquina celebró con majestuosos y arriesgados vuelos la valentía de su amo. Nicolás, extasiado por la hazaña realizada, le acariciaba su verde plumaje. Peluquina silbó emocionada al observar la cara de felicidad de su amo y del mayor Blanco, fundidos en un fraterno abrazo, con los demás valerosos soldados que hicieron posible esta memorable página de la historia patria.

Nicolás Aguilar, haciendo honor a su hombría, desinterés y amor patrio, fue muy modesto y no cobró

su premio. Peluquina revoloteó muy contenta por encima del frondoso dosel que rodeaba las riberas del río San Juan y para que se luciera mejor, Nicolás le hizo un vistoso lazo en el cuello con un pañuelo que tenía los colores de la bandera patria.

Peluquina, que no se cambiaba por nadie, lució radiante esta insignia entre las copas de los árboles, cual medalla de honor; así, el blanco, azul y rojo ondeaban flamantes, a manera de presagio de la bendita paz, la libertad y la esperanza en un futuro más promisorio para Costa Rica.

Treinta años después, el nombre de Nicolás Aguilar volvió a relucir cuando el Supremo Congreso de la República le brindó honores por su valiosa contribución a la patria, le pagó el premio de los 500 pesos, le confirió el grado de coronel del Ejército Nacional, le asignó una pensión vitalicia, lo condecoró con una medalla de oro y lo declaró héroe nacional.

Peluquina volaría el resto de su vida feliz con la alegría que proporciona el disfrute de la libertad. Nunca más sería de nadie, pero siempre sería leal y nunca olvidaría al valiente Nicolás Aguilar, héroe de La Trinidad, su compañero de faenas militares y de espionaje, y a su cariñosa heroína Francisca Carrasco.

Hoy, cuando vemos nuestro cielo azul surcado por un grupo de loras, les enviamos un sincero agradecimiento, en recuerdo a esta insigne lora parlanchina, espía en La Trinidad.

“Peluquiina, Peluquiina, Costa Rica agradecida,
hoy te ve revolotear,
en las manadas de loras,
que libres vemos pasar,
sobre los bosques y el cielo de este hermoso y libre,
país tropical”.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Lea el cuento y busque el significado de las palabras desconocidas.

2. Busque en Internet las causas de la Guerra Patria Centroamericana, conocida también como Campaña Nacional de 1856-1857.

3. Dibuje a Peluquina junto a doña Francisca Carrasco o a Nicolás Aguilar.

4. Investigue en Internet de qué manera afectó el cólera morbus a la población costarricense.

5. Con ayuda de otras personas realice un esquema comparativo entre los síntomas del cólera morbus con el Coronavirus (COVID-19).

6. ¿Por qué tenía mucha importancia estratégica para ganar la guerra, la toma de los vapores y fuertes de la Vía del Tránsito?

7. Dibuje los vapores navegando en el río San Juan. Exponga sus dibujos en una pared de su habitación o en su clase.

8. Mencione los valores que distinguen al Sargento Nicolás Aguilar en la batalla de La Trinidad.

9. Redacte un pensamiento, poesía o canción en honor al héroe Nicolás Aguilar, a la heroína Francisca Carrasco y a Peluquina.

10. Represente en una pequeña comedia de teatro a Nicolás Aguilar y a Peluquina con sus cantos y actuaciones dramáticas.

CUENTO # 7

## Mitos, leyendas y fantasmas en la Vía del Tránsito

**Presentación:**

***En este cuento la ficción y la realidad se entrecruzan en un ambiente tropical en donde la naturaleza juega un papel preponderante. Leyendas y fantasmas se mezclan con los acontecimientos históricos sucedidos en la toma de los vapores y fuertes de la Vía del Tránsito durante la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57. Es un realismo mágico. Lo disfrutará.***

El río San Juan se utiliza como límite entre Costa Rica y Nicaragua, desagua el lago de Nicaragua y sus aguas desembocan en el océano Atlántico (Mar Caribe). Fue navegado por los indígenas antes de las llegadas de los españoles, después por piratas ingleses, y luego por exploradores de nuevas rutas comerciales. En sus aguas se han escrito páginas gloriosas de la historia centroamericana, salpicadas de leyendas, maldiciones, héroes, fantasmas y victorias militares.

Los pueblos aborígenes siempre han tenido una relación de respeto hacia la naturaleza. La etnia maleku (Guatuso), ha estado presente en las llanuras de norte de Costa Rica. Entre sus dioses, el cocodrilo era considerado el espíritu protector de las aguas del río San Juan. En su honor celebraban fiestas con danzas, cantos y tomaban chicha.

Los viajeros de antaño cuentan una leyenda indígena maleku que decía:

“Un cocodrilo negro llamado Maíqui vigila la tranquilidad de las azules aguas del río San Juan. Quien ose perturbar su paz, el cocodrilo cobrará venganza.”

La leyenda no decía de qué manera el cocodrilo recuperaba la tranquilidad del río, pero con lo que van a saber más adelante, nunca podrán olvidar la leyenda de Maíqui, el espíritu protector del río San Juan.

Este famoso río también fue navegado por piratas ingleses, quienes, guiados por la avaricia, se adentraban por el San Juan, navegaban el Lago de Nicaragua y sembraban el terror a su paso: quemaban, mataban, robaban y, sin temor ni respeto alguno, saqueaban los templos católicos, con una insaciable hambre de riquezas, causando desolación a su paso.

En uno de los tantos saqueos en Granada, un misionero franciscano, harto de la violencia y la crueldad con los pobladores, lanzó una maldición a estos rufianes:

"El malvado pirata que venga a estas tierras a humillar y matar a su gente,
no verá riquezas ni gloria."

El tiempo de los saqueos piratas pasó, pero, años después, llegaron otros enemigos provenientes de los Estados Unidos, con peores intenciones: la de esclavizar a estos pueblos.

Esto sucedió cuando Costa Rica tenía un presidente valiente y visionario llamado Juan R. Mora Porras, conocido como "don Juanito Mora". Al enterarse de las intenciones esclavistas de William Walker y sus huestes filibusteras, (piratas modernos), alertó a la población y conformó un ejército de valientes soldados, a quienes lideró para defender el territorio nacional, la libertad, la independencia y la soberanía nacional y centroamericana que estaban en grave peligro.

Los invasores llegaron a Nicaragua henchidos de avaricia, y muy pronto mostraron sus crueles intenciones, pero nunca imaginaron que el ejército costarricense, unido en un frente común con los ejércitos de los países centroamericanos, los iba a detener, a vencer y a expulsar de estos territorios.

Después de que el ejército costarricense lograra tres victorias contundentes en Santa Rosa (Guanacaste), en Sardinal (por el río Sarapiquí) y en Rivas (Nicaragua), los soldados sufrieron la afectación de una pandemia: el cólera morbus, y tuvieron que regresar a Costa Rica para curarse, con el cariño y las atenciones de sus familias.

Doña Inés Aguilar, esposa del presidente Mora, estaba muy angustiada por lo que estaba viviendo el país y, aunque era consciente de los

peligros que significaba la presencia de los filibusteros en Nicaragua, pensaba en que Costa Rica ya no podía hacerles frente a más gastos de guerra, y mucho menos, a que murieran más soldados costarricenses, la cual era la mano de obra necesaria para mantener activa la producción nacional y el sostén de las familias.

Bordando en la sala de su casa, rodeada de tres de sus hijas, doña Inés interpeló muy molesta a don Juanito, el presidente del país y su esposo:

—¡Por amor a Dios Juan, no ves que estamos muy mal! ¡Ni vos ni yo podemos dormir de pensar tanto en el presente de Costa Rica y de sus familias! ¡En vez de volver a la guerra, pongámonos a cultivar la tierra, a levantar nuestra economía y a restablecer la fe y la esperanza perdida!

Don Juanito Mora caminaba de un lado para el otro. Juntaba sus manos detrás de su espalda y la escuchaba con mucha atención. Sentía un profundo amor y respeto por doña Inés y no quería causarle malestar alguno. Con ternura se puso de cuclillas a su lado, le acarició sus manos y su mejilla; y con voz suave, pero firme, le aclaró:

—Inesita, no deseo volver a los campos de batalla en el país vecino, pero no hay otra opción para que Costa Rica y Centroamérica recuperen la paz y la libertad seriamente amenazada por estos invasores. ¡Créeme, por favor! ¡No hay otro camino más que el de enfrentarlos y expulsarlos de nuestros territorios!

En medio de llantos y suspiros entrecortados doña Inesita le suplicó:

—¡No resistimos más, esto es un caos, una tragedia! El país estaba creciendo con una economía sólida y había trabajo y comida para todos. Ve lo que nos ha pasado ¡Muchos niños están huérfanos y desamparados, esposas y madres viudas y sin hijos! ¡Esto no puede continuar así!

Acongojado y sin palabras, don Juanito depositó su cabeza en el regazo de su amada esposa, buscando consuelo a su angustia. Ella tenía razón, pero él tenía que continuar, porque su visión de estadista y su responsabilidad como dirigente del país no le permitían dar marcha atrás.

Valiente y arriesgado, el presidente Mora no pudo atender las suplicas de su amada primera dama, y continuó adelante con sus planes. Era empecinado en alcanzar sus propósitos y no descansaría hasta terminar

con la pesadilla filibustera en tierras centroamericanas.

Apenas el pueblo y el ejército se recuperaron del flagelo de la pandemia del cólera, el presidente Mora planificó la estrategia para tomar los vapores que navegaban en el río San Juan y que aportaban al enemigo alimentos, soldados, armas y medicamentos. Esta ruta recibía el nombre de la Vía del Tránsito, y tenía que pasar a manos de los costarricenses.

En aquellos años, el presidente Mora ignoraba las leyendas indígenas y las incursiones de piratas que tejieron fabulosas leyendas alrededor del río San Juan. En los corrillos militares, los soldados comentaban que ahí asustaban, aparecían fantasmas y deambulaban espíritus protectores que los indígenas de esta zona invocaban para evitar que seres perversos y mal intencionados navegaran en sus aguas. El presidente Mora hizo caso omiso a estas leyendas y procedió a preparar el ejército para esta arriesgada misión.

El contingente que marchó hacia el río San Juan iba al mando del Mayor Máximo Blanco. Primero caminó junto al río San Carlos y luego utilizó unos rústicos botes para navegarlo hasta alcanzar el río San Juan. Los soldados costarricenses nunca habían navegado por un río tan caudaloso, con lo que estaban perplejos. La amplitud del río los tenía impactados.

Buscaron el campamento enemigo en un sitio llamado La Trinidad, y al día siguiente, durante la mañana, se realizó el combate. En este sobresalió por su coraje y valentía un campesino, motivo de orgullo para los costarricenses, don Nicolás Aguilar Murillo, oriundo de Barva de Heredia, quien luego fue declarado Héroe Nacional.

Después de celebrar esta victoria, por la tarde, 45 soldados costarricenses, al mando del Mayor Blanco, continuaron navegando en cinco botes por el río San Juan hacia la bahía de San Juan del Norte.

Al principio los botes iban lento, porque el río estaba tranquilo y el atardecer presentaba unos celajes con destellos naranjas, rojizos y amarillos incandescentes. Los soldados iban silenciosos, absortos en sus nostálgicos recuerdos familiares y deslumbrados por la majestuosidad del paisaje del bosque húmedo tropical, que rodeaba al río.

La exuberante vegetación estaba cargada de una tupida floresta, conformada por guarumos, ceibas, cedro

real, adornada con lapas, monos congos, perezosos, garzas, patos, martín pescador, tortugas de agua dulce, iguanas, garrobos, lagartijas, ranas y, en sus riberas, se podían ver armadillos, venados, saínos y hasta jaguares saboreando sus frescas aguas.

Aquello era un paraíso tropical. En el río abundaban los lirios y la lechuga de agua. Nunca habían visto tanta vegetación junta y pintada con un abanico de colores que iban desde el verde turquesa hasta el amarillo ocre, pasando por tonalidades de verdes azulados, rojos encendidos, naranjas, marrones y corroídos tonos sepia.

El olor era de vientos frescos, cargados de humedad y de los exóticos perfumes que exhala la madre naturaleza. Olía a tierra mojada porque ahí llovía siempre, de manera abundante e intensa. El ritmo de los sonidos emitidos por tanta fauna junta era ensordecedor. La escena resultaba salvaje y cautivadora.

De pronto se armó un pánico colectivo en los botes, cuando un cocodrilo negro comenzó a navegar junto a ellos. El mayor Blanco llamó a la calma y pidió que se quedaran quietos.

Temerosos, continuaron su lenta travesía sin saber que estaban ante la presencia de Maíqui, el cocodrilo negro, protagonista de la leyenda maleku, el cual los iba protegiendo. Maíqui tomó la delantera y contorneaba su enorme cola de un lado para el otro con elegancia y fuerza incontenible. Los soldados poco a poco se relajaron y murmuraron:

—¡Entonces era cierto que había un cocodrilo negro en este río!

—Este río está lleno de caimanes y cocodrilos. No sean supersticiosos. Aquí solo vemos la naturaleza en todo su esplendor y cuando los filibusteros se topen con este cocodrilo, saldrán como alma que lleva el diablo— comentó el mayor Blanco. Los soldados lo escucharon y sonrieron.

—Nadie enfrentará a este peligroso general cinco estrellas con tan feroz dentadura—agregó el padre Rafael Brenes, capellán del ejército, quien iba tomando notas de todo lo que acontecía en esta peligrosa misión.

Los soldados intercambiaban miradas cuestionadoras. No eran supersticiosos, pero ¿Podría ser verdad la leyenda indígena? La tensión bajó porque Maíqui les dio mucha seguridad y a su lado se sentían poderosos, casi invencibles. Comenzó a anoche-

cer y Maíqui desapareció.

A la mañana siguiente, Maíqui movía su cola alegremente junto a su embarcación, alertando que había llegado la hora de comenzar la acción y tomar los primeros vapores. A las órdenes del Mayor Blanco, los soldados saltaron en tres vapores que no tenían ocupantes y que estaban anclados. De manera sorpresiva lograron apoderarse de otro vapor más. Sin disparar ni una bala ni derramar ni una gota de sangre cuatro vapores pasaron a ser del ejército costarricense ¡Ya se respiraba la victoria costarricense en el río San Juan!

El grupo de soldados se regresó en los vapores por el río y pasaron la Navidad de 1856, comiendo sardinas y tomando coñac. Maíqui seguía junto a ellos y, como signo de una "particular amistad", el Mayor Blanco le lanzó unas latas de sardinas al agua, que Maíqui devoró rápidamente.

El padre Rafael Brenes, capellán del ejército, escribía en su diario, pero un día los soldados lo vieron en dos partes diferentes al mismo tiempo. Cuando le preguntaron que por qué estaba en la proa del barco durante la toma de los cuatro vapores, él contestó que estaba a estribor. Todos se quedaron perplejos. ¿Cómo hizo para estar en dos sitios diferentes a la misma hora? ¿Sería el mismo sacerdote, o tenía un gemelo en el ejército?

Otro día vieron al padre Brenes vestido de fraile, tocando la campana de un vapor para avisar que venía una embarcación enemiga, pero otros aseguraron que estaba vestido con su tradicional sotana negra, tomando notas a la sombra de un árbol de ceiba. La duda comenzó a atormentarlos ¿Sería posible que entre ellos anduviera un fantasma?

Pero no había tiempo para más conjeturas, porque la orden era irrevocable: había que tomar la fortaleza de Castillo Viejo, llamado también Castillo de la Inmaculada Concepción o Castillo de San Juan, que se construyó para defenderse de los ataques piratas.

Se considera que, en esta batalla, el ejército costarricense hizo gala de su hombría, coraje y tenacidad. Resistieron el asedio de 200 filibusteros durante tres días, pero alcanzaron la ansiada victoria y se apoderaron de dos vapores más. La presencia de Maíqui fue determinante, porque atemorizaba a los enemigos con su feroz dentadura y apabullantes giros y coleteos, que creaban un gigantesco remolino, provocando la huida de los

filibusteros, quienes partieron espantados.

Muy satisfechos por los logros obtenidos, los soldados continuaron navegando hacia el fuerte San Carlos. Este se ubicaba en la salida del río San Juan del lago de Nicaragua. Maíqui siempre iba adelante de los vapores y su presencia transmitía pavor y angustia a los enemigos.

Hubo fuertes enfrentamientos y se pidieron refuerzos porque eran muchos filibusteros y pocos soldados costarricenses. Gracias a un inteligente y efectivo plan militar, la fortaleza fue tomada por sorpresa la noche del 30 de diciembre de 1856, dejando varios soldados costarricenses muertos.

El 1 de enero de 1857, arribó al fuerte el vapor "Virgen", capitaneado por el general José Joaquín Mora Porras, quien les presentó el plan para apoderarse del vapor "San Carlos", el más grande y el único que quedaba en manos de los filibusteros. Después de ejecutar el plan previsto, se engañó a los filibusteros y se vieron obligados a rendirse.

Con valentía e inteligencia se realizó la toma de los vapores y fuertes en el río San Juan, gloriosa gesta que demuestra el alto nivel de profesionalismo militar, de inventiva y coraje que tenía el ejército costarricense. Fue una gran victoria para el ejército costarricense, pero costó muchas vidas.

Los filibusteros prisioneros estaban en un pequeño muelle esperando que los recogieran; de pronto, se quedaron inmóviles, llenos de pánico, al presenciar el mágico poder de Maíqui, que luego de contornear su larga cola, provocó un estrepitoso remolino y se irguió del agua, imponiendo su majestuosidad y su fuerza en un gigantesco salto. De su garganta salió un rugido salvaje que puso los pelos de punta a quienes, temblando de miedo, eran testigos del poder de este ser mágico. Por breves segundos nadó con arrogancia y poder, creando una ola gigantesca que arrolló al grupo de filibusteros, los cuales se hundieron en las aguas del San Juan, para nunca más salir de estas.

Los soldados costarricenses se quedaron mudos al ver la demostración incuestionable del poder mágico de Maíqui y la forma inesperada en que cobró su venganza. La leyenda maleku había tomado vida con Maíqui, el poderoso cocodrilo negro, que devolvió al río San Juan, la paz de sus azules aguas".

A partir de ese momento, William Walker y sus soldados empezaron a perder combates y dominio en las zonas ocupadas. El 1 de mayo de 1857 llegó el momento esperado: los invasores presentaron su rendición y se marcharon.

Quienes presenciaron la capitulación de Walker, lo vieron con la mirada perdida y sin dar muestras de arrepentimiento. De manera sorpresiva, un fraile franciscano se abrió paso entre la soldadesca, quien, con un caminar lento, llegó hasta donde estaba Walker, levantó un crucifijo en su mano derecha y sentenció a Walker: “El malvado pirata que venga a estas tierras a humillar y matar a su gente, no verá riquezas ni gloria.”

Todos se quedaron atónitos. ¡No podían creerlo, pero es que los filibusteros eran piratas! El fraile misionero dio media vuelta, se alejó despacio y comenzó a elevarse. Levitó hasta perderse en el horizonte, bañado por tintineantes y luminosas gotas de agua, provocada por el revoloteo de una enorme nube de mariposas morfo.

El mayor Blanco y los soldados estaban alucinados. Cuando pudieron gesticular, aseguraron que era el mismo fraile que los había acompañado en la toma de los vapores y que lo confundieron con el Padre Brenes.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Busque en el diccionario o en Internet el vocabulario desconocido.

2. Ubique, con ayuda de un mapa de Centroamérica, el río San Juan, los puertos San Juan del Norte, San Juan del Sur, la ciudad de Granada, el Lago de Nicaragua y Costa Rica.

3. Elabore un paisaje, pintura, collage o afiche del río San Juan y lo ilustra con fotos, dibujos e imágenes de las especies de la fauna y de la flora que se mencionan en el cuento.

4. Plasme en un dibujo, collage o afiche, las leyendas que contiene este cuento, y lo expone en su habitación o en una pared de su aula.

5. Escriba el guion de un drama del momento en que doña Inés expresa a su esposo don Juan R. Mora sus temores por la guerra y la crisis que vivan las familias costarricenses por esta situación.

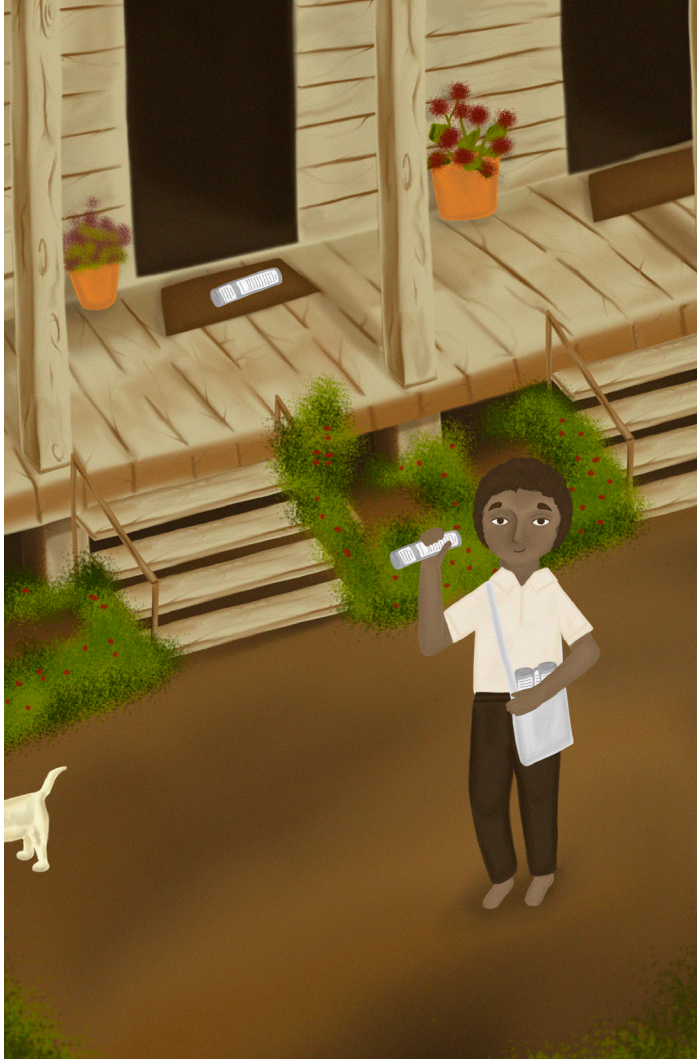
6. Investigue lo que establece el tratado de límites Cañas-Jerez (que define el límite con Nicaragua), en relación con los derechos que tiene Costa Rica en el río San Juan. Exponga lo que investigó ante el grupo o ante su familia.

7. Investigue en Internet dónde se ubica la etnia Maleku (Guatuso) y las actividades que realizan estos indígenas en sus palenques en la actualidad.

8. En una mesa redonda analice los problemas más serios que generan las pandemias como la Covid-19 y proponga respuestas ejemplares para enfrentarlas.

CUENTO # 8

## James Brown, filibustero con alma de artista



**Presentación:**

***No todos los filibusteros eran piratas modernos. Algunos vinieron a Nicaragua con William Walker con la esperanza de que obtendrían terrenos, salario y se quedarían a vivir como colonos en estas tierras centroamericanas. Seguidamente, conocerá a un filibustero que no quiso empuñar las armas, pero sí interpretar la trompeta, y llenó de música los ambientes donde vivió.***

Soy James Brown. En Nicaragua me pusieron James Coffee. Algunos me llamaban Jaime Café. Llegué a Nicaragua en 1856 porque un aventurero llamado William Walker me ofreció unas cuantas hectáreas de terreno y una buena paga. Pero, la verdad, es que vine porque sufría de una pena amorosa. Mi novia Margaret, con quien me iba a casar, murió de neumonía y no pude superarlo.

Vivía en Luisiana y era repartidor de periódicos. Estos publicaban noticias de lo bien que le iba a un tal William Walker en sus conquistas de nuevos territorios tropicales. Al principio había desconfianza con este personaje, porque sus anteriores aventuras habían sido un total fracaso, pero años después se convirtió en un símbolo de éxito, en tierras lejanas y exóticas.

Se publicó un anuncio en donde se invitaba a formar parte del grupo destinado a colonizar la zona conocida como la Mosquitia, en la costa atlántica de Nicaragua. Hombres solos como yo y numerosas familias sentimos el llamado de un glorioso destino, y nos atrevimos a dejar nuestro país, por el sueño de iniciar una vida nueva, en tierras tropicales.

Ilusionado me recluté con un grupo de frebotter, filibusteros en español. Pregunté el por qué se llamaban así. Me contestaron que así se les denominó a los piratas del siglo XVII en el Mar Caribe, y que eran sus antepasados. Al igual que lo hicieron los antecesores, nosotros, filibusteros de mitad del siglo XIX (1850), vendríamos a Centroamérica en busca de mejores oportunidades.

Eso de ser pirata, aventurero y ambicioso, buscador de riquezas y gloria no me interesó; pero sí me atraía el ofrecimiento de tierras, formar una familia con muchos chacalines —así les decían en Rivas a los "*babys*" —y vivir como un hacendado, al mejor estilo de los acaudalados algodoneros de los estados del sur de Estados Unidos. Lástima que Margaret ya no estaría a mi lado para hacer realidad nuestros sueños.

Además de repartidor de periódicos, yo formaba parte de una banda que interpretaba diferentes ritmos en un selecto club de gente blanca en Luisiana, y en ocasiones amenizaba fiestas privadas de las familias de mucho abolengo, descendientes de franceses, instalados en esta zona. Sabía mucho de notas, claves, del pentagrama y de periódicos; pero nada de balas, fusiles, estrategia militar o guerras.

Conforme fui conociendo al grupo de soldados al mando de William Walker supe que realmente éramos un ejército privado, mercenario, colmado de hombres provenientes de distintos lugares como Cuba, Francia, Alemania, de los Estados del sur de Norteamérica y de otras latitudes. Empuñaríamos las armas para establecer la esclavitud en estos países. Me asusté porque esto no formaba parte de mis planes al venir, por voluntad propia, a Centroamérica, pero ya era "*very late*" —muy tarde—, para cambiar mi decisión.

Un 6 de marzo de 1856 llegué a Nicaragua, en uno de los vapores de la compañía Accesoria del Tránsito. Traía un pequeño maletín de cuero con las cartas de amor que intercambié con Margaret, dos fotografías suyas y tres mudadas. Nos ofrecieron que apenas nos enlistáramos como parte del ejército liderado por Walker y sus hombres, nos darían hospedaje, uniforme, comida, ropa, calzado y salario. De la noche a la mañana me convertí en un seguidor de Walker y en un defensor de sus ideas esclavistas para estos cálidos y lluviosos países. Sin quererlo me hice filibustero.

Nuestro lema era "*Five or none*" (las cinco repúblicas o ninguna), y este encabezaba todas las gestiones

de esta falange. Dejaba entrever que ningún filibustero se regresaría al norte sin haber hecho realidad sus sueños de conquista y de ganarse una extensa propiedad y una buena suma de dinero.

A los pocos días logré darme cuenta de que formaría parte de un grupo de soldados pagados para pacificar el conflicto entre liberales y conservadores, quienes tenían una desgastada guerra civil en Nicaragua y luego, establecer la esclavitud en toda la región, con la ayuda de mano de obra negra, proveniente de países caribeños y de los estados sureños.

— "Five or none" "five or none"—decíamos al unísono y en voz alta cuando Walker nos reunía. Él nos dio a conocer su ideario esclavista y expansionista, y aunque no quedé convencido, ya estaba enrolado, y no tuve oportunidad de salirme a tiempo, porque a mediados del mes de marzo, con un grupo grande de filibusteros bien armados, estaba en camino hacia una hacienda llamada Santa Rosa, en Guanacaste.

Cuando me vi entre las filas de esta gendarmería, me cuestioné si eso era lo que yo deseaba, y la verdad que no. No podía entender las instrucciones de algunos jefes filibusteros porque hablaban en español, francés y alemán, y yo solamente hablaba inglés, pero en ocasiones, el destino nos juega bromas pesadas y solo esperaba salir con vida de esta aventura militar.

Me sentía extenuado, sudoroso y sediento, porque el inhumano e implacable sol abrasador de Guanacaste me estaba derritiendo como un brownie. Con pocos alimentos y un pesado rifle, maldije mi pésima decisión, y pensé en lo tonto que era al arriesgar mi vida por intereses que iban en contra de la gente de mi mismo color de piel. A cada paso que daba me repetía: "pelearé en una guerra por un país que no es el mío, por unas ideas de superioridad racial que no comparto y por una riqueza que tal vez, nunca llegará".

Instalados en la casona de Santa Rosa, el 20 de marzo, busqué un rincón de la casa donde hubiera una salida que me permitiera huir de manera rápida y segura, y me senté de cuclillas a esperar la batalla. Los minutos se me hicieron eternos. Mi uniforme estaba empapado, y mi sudor salía del fondo de mi alma. Apenas inició la batalla, la casona se convirtió en la torre de Babel. Nadie se entendía. Se armó tal desorden en la falange filibustera que quienes hu-

yeron de primero fueron los jefes, y detrás de ellos, nosotros. Despavoridos gritábamos que ese ejército era de alguna otra nación europea pero nunca de la pobre, pequeña y desvalida Costa Rica.

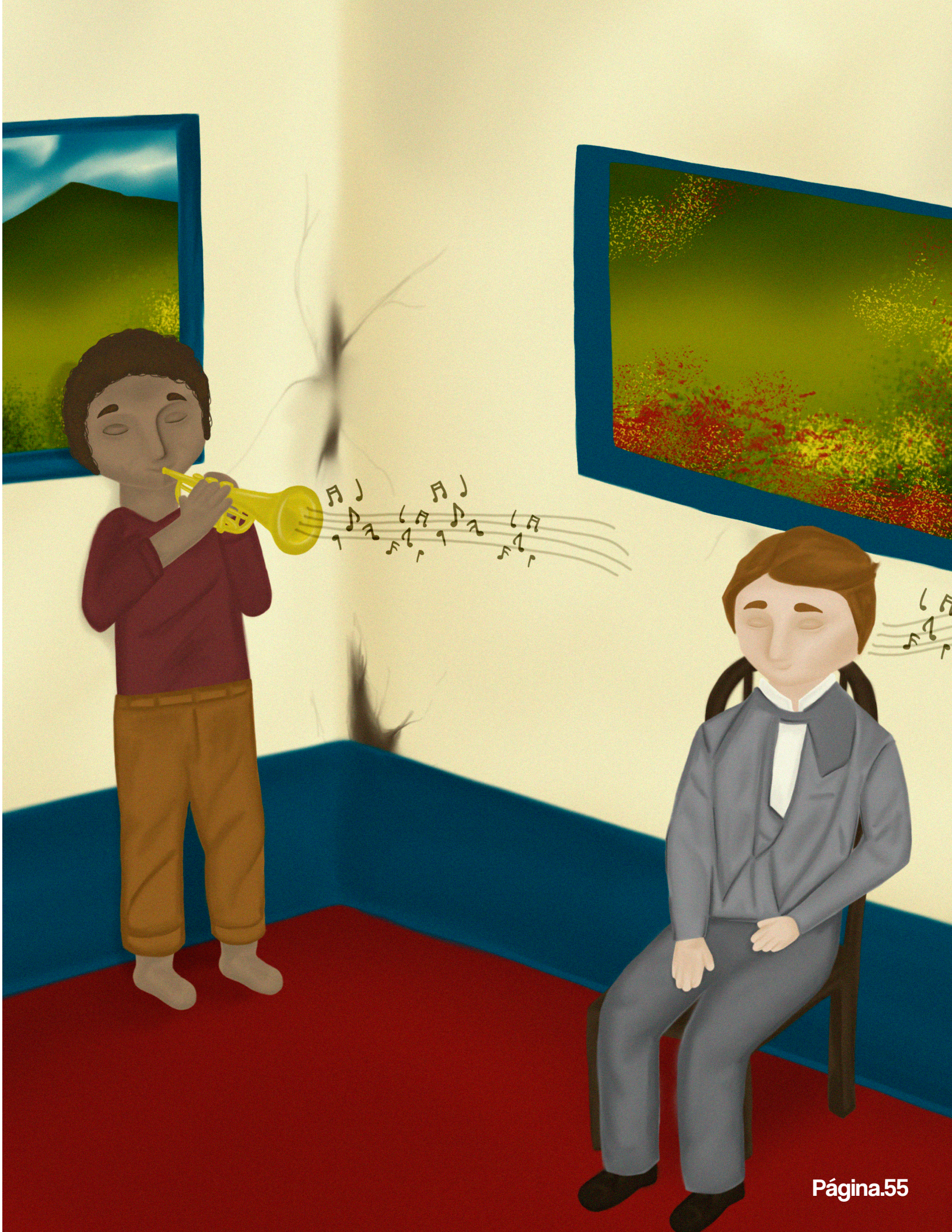
El combate duró apenas 14 minutos y el humilde pero bien preparado ejército costarricense nos demostró, en su primera batalla, que en Costa Rica encontraríamos hombres y mujeres valientes, dispuestos a ofrendar su vida por conservar la libertad y la soberanía del país. Lo había pronosticado el presidente Mora en sus primeras proclamas:

"...Aquí no encontrarán jamás los invasores partidos, espías, ni traidores. ¡Hay del nacional o extranjero que intentara seducir la inocencia, fomentando discordias o vendernos! Aquí no encontrarán más que hermanos, verdaderos hermanos resueltos irrevocablemente a defender la patria, como a la santa madre, hasta el último de sus enemigos"

Juan R. Mora San José, 20 de noviembre, 1855.

Regresé agotado y muy atormentado a Rivas. Había comprendido que lo mío no era la milicia y de manera inmediata lo comuniqué a Walker. Este me interpeló muy enojado, y sacudiéndome de los hombros me preguntó que a qué había venido. Verlo tan furioso, cuando lo conocía como un hombre frío y calculador, me puso muy nervioso porque sabía que fusilaba a los desertores. Temblando le contesté que en esta vida no todo era guerras, conquistas y poder. Que también había otros intereses y que yo era un soñador, músico con alma de poeta y espíritu bohemio.

Walker abrió sus ojos grises de tal tamaño que por poco se le salían de sus órbitas, y como un energúmeno musitaba: ¿de dónde habrá venido este juglar de la guerra? Adiviné sus macabros pensamientos y traté de calmarlo. Presuroso, le solicité al soldado que estaba al frente de la casa de Walker que me facilitara su trompeta que tocaba para avisar la llegada o la partida de las tropas. Extrañado de tal petición y muy nervioso la puso en mis manos, y con gran dominio del instrumento, interpreté una reconocida pieza que estaba de moda en los salones de las elegantes casas de Luisiana. Evocaba las que se oían en los restaurantes de los grandes vapores que navegaban por el río Misisipí. Tenía notas sublimes, inmersas en tintineos nostálgicos y melodiosos. Walker, quien además de militar era médico, abogado y pe-



riodista, se quedó de una pieza, suavemente tomó asiento, cerró sus ojos y en silencio me escuchó, extasiado.

Por solicitud del mismo Walker, conformé una banda militar que amenizó las reuniones sociales más sonadas de la aristocracia de Granada, Rivas, León y Masaya. Durante los meses que nos mantuvimos en territorio nicaragüense compartimos y disfrutamos de un variado intercambio musical con grupos locales y me convertí en el músico más popular, porque mi banda estaba presente en todos los eventos sociales a los cuales asistían miembros de la elite filibustera, adeptos a Walker; políticos y miembros del partido Liberal de León y hermosas damitas de la alta sociedad. Ahí comprendí y valoré que la música unía a los pueblos.

En este tiempo no la pasé nada mal, pero Walker perdió la guerra. No pudo ni supo enfrentar las estrategias militares, el coraje y la bravura del ejército costarricense en las batallas de Santa Rosa, Sardinal y la Trinidad, ni tampoco en la toma de los fuertes y los vapores en el río San Juan. De igual manera no pudo repeler el ataque conjunto de las milicias centroamericanas. Sus ambiciones en el istmo se fueron al traste, y lo peor, nunca valoró la magnitud del liderazgo que ejerció el presidente de Costa Rica don Juan Rafael Mora Porras para expulsarlos de estos territorios.

Con los miembros de mi banda fui tomado preso por el ejército costarricense. Por ser bien intencionado, la justicia me ayudó. Mientras estuve preso en la cárcel en San José, propuse al director del centro penal que, mientras nos llegaba el juicio, me permitiera organizar un grupo musical para entretener a los presos. Sin mucho preámbulo nos concedió el permiso y los domingos, en el patio de la cárcel, tocábamos música alegre y variada de Nicaragua, del sur de Estados Unidos, de Costa Rica y de otros países, para el deleite de los familiares de los presos y de los policías que nos cuidaban.

Don Juanito Mora, el héroe y libertador de esta gran guerra, fue informado de que este grupo de filibusteros deseaba ser liberado, y retornar a Estados Unidos, pero que no teníamos dinero para comprar los tiquetes del barco. Entonces se apresuró el trámite para lograr nuestra libertad, y don Juanito nos sugirió que, para recaudar dinero, interpretáramos música y comedias en el teatro Mora, uno de los más grandes de Centroamérica en aquellos años y construido por él.

En las tardes domingueras don Juanito, después de asistir a las populares peleas de gallos, se daba una vueltica por el teatro y nos saludaba. Atrás habían quedado los odios y los resentimientos de la guerra. Valoré en don Juanito su inteligencia, solidaridad, don de gentes y amable hospitalidad.

Con la ayuda de un público fiel y solidario, que disfrutaba de nuestro spanglish, lo cual hacía muy divertidas nuestras presentaciones, logramos recoger el dinero suficiente para pagarnos los tiquetes de regreso a Estados Unidos.

Mis amigos, músicos y comediantes, exfilibusteros regresaron a su patria, todos menos yo, porque me enamoré de una hermosa guanacasteca, de largas trenzas, ojos de ensueño; y por mera coincidencia se llamaba Margarita.

Con ella me casé y construí una casita en Playas del Coco. Formé un lindo hogar en Costa Rica, tierra libre y soberana, gracias a los esfuerzos, al coraje de su pueblo, guiado con valentía y visión por otro insigne soñador y noble patriota: don Juanito Mora Porras.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Busque en sitios Web (Internet) la ubicación de Luisiana, río San Juan, Rivas, Santa Rosa, San José y Playas del Coco.

2. Complete la lectura de las dos primeras Proclamas de d. Juan R. Mora Porras. Las puede encontrar en: Palabra viva del Libertador de Raúl Aguilar Piedra y Armando Vargas Araya o en Internet.

3. Comente las ideas de amor y compromiso con la patria que encuentra en las proclamas y relaciónelas con la letra del Himno Nacional. ¿Encuentre alguna similitud?

4. Comente con su familia las impresiones que tenía acerca de los filibusteros ¿Cambió su opinión a raíz de la lectura del cuento?

5. Comparta la idea de que “la música une a los pueblos”. Justifique su respuesta con quienes comparte esta lectura.

6. Busque en Internet datos biográficos sobre Juan R. Mora Porras. ¿Qué opinión le generan las actuaciones del liderazgo suyo en esta guerra?

7. Dibuje la imagen que tiene en su mente de James Brown en la etapa de su vida que más le guste: repartidor de periódicos, filibustero en la batalla de Santa Rosa, músico en grandes salones, músico en la prisión y hombre de familia en playas del Coco.

8. Buscar información sobre la Academia Morista Costarricense. ¿Qué opinión les merece el trabajo que realiza esta Academia? ¿Le gustaría participar en sus actividades moristas? Sería gratificante que se uniera a nuestra labor cívica y patriótica.

CUENTO # 9

## Un acto cívico inolvidable

**Presentación:**

***Las abuelas y los abuelos tienen mucha presencia en la educación de sus nietas y nietos. En este cuento se narran las vivencias de dos abuelas en la escuela y que transmiten a sus inquietas nietas, de manera alegre, entretenida y muy patriótica.***

Cuando Flor y Anita estaban en la escuela, se iban caminando juntas con otros compañeritos, y ningún padre de familia estaba pendiente de sus traslados; pero todo cambió, y ahora que son abuelas, estaban atentas, esperando el microbús que traería de la escuela a Sofía y Valentina, sus hermosas nietas.

Se sentaron en unas mecedoras en el corredor de la casa de Flor y en ese momento las niñas llegaron. Las abuelas las recibieron con mucha alegría, y cuando iban entrando a la casa, oyeron una gran explosión y chispazos, como que algo se estaba quemando. Sorprendidas y asustadas, las cuatro mujeres vieron que un transformador de la energía eléctrica echaba humo y de inmediato se fue la luz en todo el barrio.

—¡Ay que susto! Sonó parecido a cuando quemábamos el mesón en la escuela—, dijo Flor algo nerviosa.

— ¡Claro que lo recuerdo! ¡Nunca olvidaremos el mejor acto cívico de la escuela, el del 11 de abril! —, agregó Anita con nostalgia.

—¿Aún recuerdan esa actividad? — preguntó asombrada Valentina. Flor en-

tendió el doble sentido de la pregunta de su nieta, y le aclaró sonriendo:

—¡Sí mi chiquita, estamos viejitas, pero nos acordamos de todo!

Las niñas se sentaron en el piso del corredor y pidieron a las abuelitas que les contaran cómo celebraban el 11 de abril en su escuela. Cruzaron sus piernas y se sostuvieron el rostro con ambas manos en señal de que estaban listas para escucharlas.

Entonces Flor se acomodó en su mecedora, y les dijo que entre ambas abuelas les contarían esa inolvidable asamblea escolar.

Como si iniciara un cuento, Flor dijo:
— Allá por los años de 1960, en la escuela Juan Monge Guillén, donde estudiamos, la conmemoración de la batalla del 11 de Abril era un acontecimiento muy importante para el pueblo. Nosotras salimos en el acto cívico ese año y le ayudamos a la compañera Doris a preparar el discurso sobre la batalla del 11 de Abril de 1856, en Rivas, Nicaragua, con los datos que encontramos en la biblioteca.

—¿Y por qué no consultaron en el celular? — preguntó Sofía.
— ¡Ay, ay, mi amor!, porque en esa época solo existían los libros y la radio! No había tabletas, celulares, video juegos, Internet, ni nada de la tecnología que usan ustedes ahora— respondió Anita resignada.

Las niñas se miraron incrédulas.

— ¿Saben qué fue la Campaña Nacional? — preguntó Flor.

Valentina movió la cabeza afirmativamente, y explicó que hacía muchos años, Costa Rica enfrentó una guerra liderada por el presidente Juanito Mora, contra unos hombres mal intencionados llamados filibusteros y salió victoriosa. Esta guerra se llama La Campaña Nacional o Guerra Patria Centroamericana, en 1856.

— ¿Pero esta guerra fue en Costa Rica o en Nicaragua? — preguntó Sofía.

—Hubo algunas batallas en Costa Rica y otras en Nicaragua, porque los invasores habían llegado primero a Nicaragua y después quisieron apoderarse de Costa Rica— explicó Anita.

—En Rivas sucedió la quema del mesón, lo leí en el cuento: “Juancito, el héroe del pueblo”. Ahí se metieron los enemigos llamados filibusteros— se adelantó Valentina.

—¡Felicitaciones, Valentina, le has

puesto mucha atención a la maestra! — agregó Anita

Flor siguió comentando que desde que entraron las clases en marzo, ensayaron los himnos, poesías y bailes típicos para el acto cívico y la víspera de este, construyeron un rancho con palos, cartón y viejas latas de cinc en el patio de la escuela. Este sería el mesón, el escenario de la actuación más esperada por los asistentes a la asamblea.

Anita explicó que ese día la escuela se llenaba de invitados especiales, y hasta el viejo gato Faruscas, responsable de mantener la escuela libre de ratones, se acomodó en primera fila junto a Coqueta, la perrita del policía, porque ¡todo el pueblo estaba ahí!

Las nietas seguían atentas la narración de las abuelas porque les intrigaba saber cómo hicieron las abuelas la quema del mesón.

Flor comentó que maestras como las "niñas" Anita y María Luisa Monge, muy entregadas a su labor docente, les ayudaron a vestirse y maquillaron acorde con el papel que desempeñaron en ese acto cívico. Flor interpretó a la heroína Francisca Carrasco, Anita a una enfermera muy eficiente, un compañero muy simpático, llamado Mario, interpretó el papel del presidente don Juanito Mora, y otro morenito, llamado Alberto, el de Juan Santamaría. Los soldados iban con bigotes, barbas y patillas pintados con carbón, y se vistieron con pantalones, camisas y sombreros blancos de manta y alpargatas. Todos llevábamos rifles de "mentirillas", y representamos a los dos ejércitos: el de los filibusteros y el costarricense.

—¿Qué son alpargatas? — preguntó Sofía.

—Alpargatas son un tipo de sandalias de cuero que usaban antes los campesinos— contestó Anita.

Las nietas se carcajeaban al imaginarse a sus abuelas vestidas con esos trajes. Anita contó que el discurso de Doris estuvo muy aplaudido, y los bailes típicos, los himnos y las poesías gustaron mucho a los asistentes.

Flor retomó la palabra, y les dijo que después de estas actividades pasaron al patio central de la escuela donde habían construido el mesón. Les narró emocionada que los soldados costarricenses se ubicaron en posiciones estratégicas en el patio, y los filibusteros dentro del mesón. El

público les rodeaba a prudente distancia.

En ese momento, un compañero que hizo el papel del general José María Cañas preguntó a los soldados costarricenses:

—¿Quién se ofrece a quemar el mesón?

— ¡Yo me ofrezco, pero si muero, cuiden a mi madre! — contestó emocionado Juan Santamaría.

— ¡Qué Dios te acompañe y puedas cumplir tu peligrosa misión! —dijo con vos de aliento la soldado Francisca Carrasco.

La abuela Anita agregó, muy conmocionada, que todos los soldados despidieron con un fuerte abrazo a Juan, quien tomó la antorcha encendida y comenzó a caminar, pero por el efecto de las balas enemigas en su cuerpo, se tambaleaba, caía, se erguía, tropezaba, hacía gestos de dolor y, sin soltar la antorcha, continuó su caminó hasta que le prendió fuego a una esquina del rancho. Exhausto, cayó herido y murió.

Las niñas se sorprendieron al escuchar esta narración, porque sintieron de cerca el horror de las guerras. Estaban tan inmersas en la dramatización que las lágrimas afloraban en sus inocentes ojos.

Flor tomó aire y continuó:

—De pronto, un gran silencio se adueñó del patio y luego se armó un gran escándalo, ocasionado por una reventazón de pólvora: triquitraques, cachiflines y bombetas, que simulaban el sonido de los fusiles y los cañones. Los filibusteros salieron del mesón gritando y despavoridos, huyendo del fuego, entre gritos y un humarascal que empañaba la escena; los soldados ticos los perseguíamos. Recuerdo que en la huida yo me enredé con Faruscas y con Coqueta, que estaban atarantados y corrían de un lado para otro, horrorizados con la reventazón de pólvora. No sabían en dónde esconderse y todos, en pelota, nos fuimos derechitos al suelo.

— ¡Yo levanté a los soldados ticos y a los filibusteros! ¡Olvidé en ese momento que éramos enemigos y nos abrazamos sonrientes! El público que nos observaba nos aplaudió emocionado— agregó la abuela Anita.

Las cuatro mujeres estaban melancólicas, porque es doloroso saber que en las guerras mueren muchas personas, pero también sonreían al

recordar la graciosa escena de la caída en medio de tanto escándalo.

Valentina y Sofía disfrutaron del relato porque se imaginaron todo tal y como lo contaron las abuelas.

—¡Qué soldado más valiente fue Juan! — agregó Sofía con su respiración agitada.

—¡Y qué buena memoria! — exclamó admirada Valentina.

— ¡Cómo me hubiera gustado conocer a don Juanito Mora! —, dijo Valentina con nostalgia.

—¡Pobrecitos Faruscas y Coqueta que salieron corriendo horrorizados de la quema del mesón! — comentó Sofía con mucha tristeza.

Anita le recordó a Flor que en la despedida de este este acto, Deisita, la que hacía todo en la escuela, repartió una deliciosa sopa achotada de carne molida, macarrones y verduras, incluía un fresco de sirope con chan que se les repartió a todos los asistentes a la Asamblea.

—Mmmmm ¡Qué rico y qué dichosas! A nosotras nunca nos dan nada— comentó resignada Valentina.

Anita agregó que años después, cuando ingresaron al colegio, los profesores de Estudios Sociales les dijeron que la guerra había continuado con la toma de los vapores y los fuertes en el río San Juan; que hubo otras batallas y que, por fin, el 1 de mayo de 1857 William Walker, el jefe de los filibusteros, se rindió y abandonó Nicaragua.

Flor comentó que don Juanito decretó que los 1 de mayo serían feriados y que ese día se celebraría en toda la República, con la mayor solemnidad posible, porque con la victoria obtenida en la guerra contra los filibusteros, Costa Rica ratificó su independencia, la integridad de su territorio, su libertad y devolvió la paz a las familias costarricenses.

Valentina y Sofía aplaudieron a sus abuelas lo bien que les habían contado la quema del mesón.

—Voy a decirle a la maestra que el próximo 1 de mayo hagamos un buen acto cívico en la escuela para celebrar la rendición de los filibusteros-sentenció Valentina.
— ¡Y qué al acto cívico asistan todos los abuelitos! —agregó Sofía llena de ternura. Sonrieron y se abrazaron muy contentas.
—¡Ya tenemos corriente eléctrica de

nuevo! — exclamó Anita muy alegre.

— ¡Y, abuelita, por eso es que tu gato mimado se llama Faruscas? —preguntó Valentina sorprendida.

— ¿Y mi perrita Coqueta? — cuestionó Sofía— mucho más sorprendida que Valentina.

—¡Es una casualidad! —contestaron sonrientes las dos abuelas.

—¡Vamos a prepararnos un cafecito! — suspiró Flor.

— ¿Y nos pueden contar más cuentos de cuando estaban en la escuela? — preguntó Valentina.

— ¡Claro que sí, mis amores! Con paciencia, ternura y mucho amor a Costa Rica les contaremos tooooodos los cuentos de la Guerra Patria Centroamericana— contestó Flor ilusionada.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Pregunte a las personas adultas mayores de su familia cómo celebraban las efemérides patrias cuando estaban en la escuela. Elabore un resumen escrito de las vivencias que le contaron esas personas y compártalas con su familia o con su grupo.

2. Elabore un afiche, un collage, una pintura que exprese el acto heroico de Juan Santamaría en la quema del mesón.

3. Prepare una dramatización de este cuento con los miembros de su familia o del grupo.

4. Redacte una canción, poesía o pensamiento que exprese su cariño por Costa Rica y su gente, y lo comparte con sus abuelos, familiares o con el grupo.

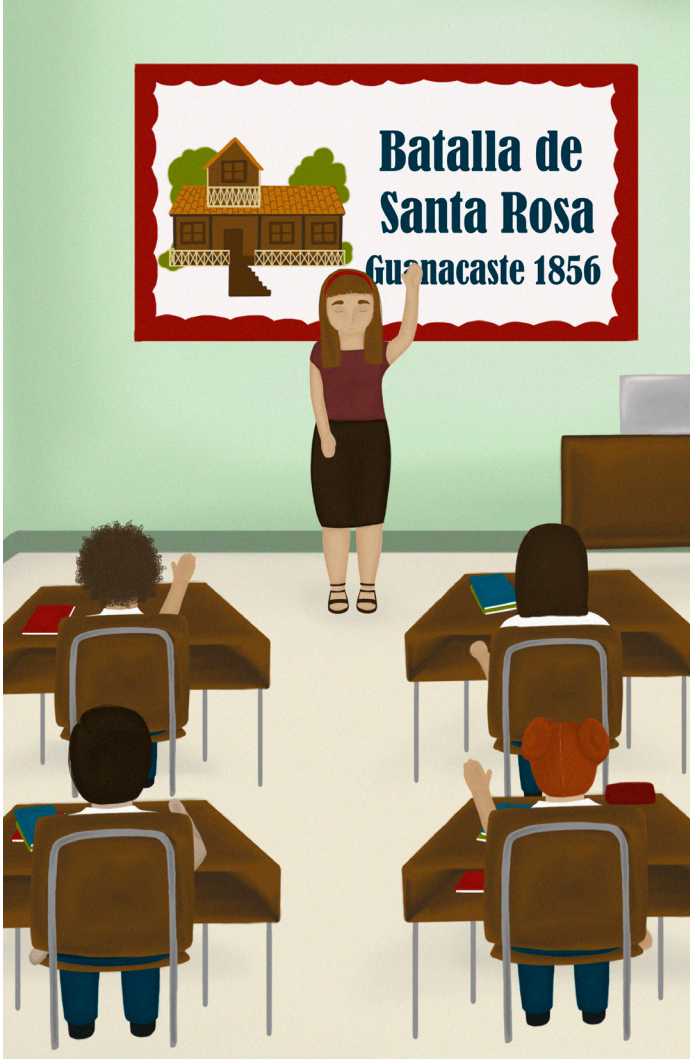
5. Debata con su familia o en su grupo si considera importante celebrar el 1 de mayo, como el día en que debe conmemorarse la rendición de los filibusteros, además de ser el Día del Trabajador.

6. Investigue cuáles actividades cívicas se realizan en la actualidad en las escuelas y en los colegios, y colabore con los docentes que las organizan.

7. Se le invita a leer Chuleta en la batalla de Sardinal, otros cuentos y relatos de la Campaña Nacional llamada también Guerra Patria Centroamericana 1856-57. Los puede acceder en el Facebook de la Academia Morista Costarricense y en en subportal de niños y jóvenes en www.sinabi.go.cr de la Biblioteca Nacional.

CUENTO #10

## ¡Y los abuelos dieron la clase!




**Presentación:**

***Este relato es un homenaje a las personas adultas mayores y su edificante presencia en la formación de las jóvenes generaciones de costarricenses, quienes entusiasmados los escuchan. Su experiencia y sabios consejos alimentan el alma y el espíritu de quienes hoy son el presente y el futuro de nuestro país.***

Sandra, joven maestra, es muy responsable y llegó temprano a su aula para colocar los materiales de estudio y recibir a sus estudiantes del kínder. Se iba a conmemorar la batalla ocurrida en Santa Rosa, Guanacaste, el 20 de Marzo de 1856, fecha en que el ejército costarricense se enfrentó a un grupo de soldados llamados filibusteros, quienes querían establecer la esclavitud en Centroamérica.

Días antes ella le solicitó al grupo que si alguno de sus abuelitos o amigos había estado en una guerra, en Costa Rica o en otro país, los invitarán al aula, para que narraran sus experiencias.

Ese día el estudiantado llegó puntual pero no aparecieron los abuelitos ni sus amigos. La maestra preguntó a sus estudiantes por qué estos no habían venido. Algunos levantaron la mano y explicaron las razones:

Verenice dijo: “Mi abuelo vivió en Estados Unidos, fue soldado y peleó en un país que se llama Viet Nam. Él no quiere hablar nunca de esta guerra porque sufrió mucho y no le hace bien a su salud recordar momentos de tristeza”.

Virginia agregó: “Mi abuelita perdió a su padre en una guerra en Nicaragua y dice que su vida fue muy dura por su ausencia. Que pasaron muchas angustias y necesidades; que ella no desea revivir ese cruel capítulo de su vida”.

José Andrés comentó que su abuela es una persona adulta mayor y pasó una niñez con muchas necesidades porque sus padres lo perdieron todo en una guerra que sucedió en Costa Rica en 1948. Su familia fue perseguida, encarcelada, y los soldados los maltrataron con mucha crueldad. Ella no puede caminar solita y usa bastón.

Floricell abriendo sus enormes ojos color avellana suspiró, y dijo que su abuelo era salvadoreño, y fue condecorado en una guerra por sus servicios a la patria. Les mostró una medalla recibida por su coraje y valentía pero, había perdido sus piernas y nunca permitió que se hablara de eso en su casa.

Walter, un alumno serio y muy formal, leyó un corto mensaje escrito que mandó su abuelita a la maestra:

Estimada Niña:

“Por favor no enseñe a sus alumnos lo que es la guerra. Enséñelos a amar la paz, para que nunca tengan que experimentar los horrores que causan los conflictos armados en los pueblos”.

La clase se sumió en un profundo silencio. La maestra, sorprendida, se dio cuenta de que los abuelitos no estuvieron presentes, pero habían dado la clase, con los mensajes trasmitidos por sus descendientes. Sonó el timbre para salir al recreo, y nadie se movía de sus asientos.

La maestra Sandra, se puso de pie y con una mirada de esperanza, habló muy inspirada en un profundo sentimiento patrio:

“Las guerras son crueles, pero en ocasiones, hay que hacerlas, cuando un país corre el peligro de perder la tranquilidad y el bienestar de las familias. Esto nos sucedió en 1856. Costa Rica se vio obligada a participar en una guerra para recuperar la paz y la libertad de sus habitantes. Por eso recordamos batallas como la de Santa Rosa, donde los soldados del ejército costarricense salieron victoriosos. Gracias a su esfuerzo y valentía, se defendió el territorio, la soberanía y nuestra independencia. En esta gloriosa gesta militar Costa Rica dio un mensaje al mundo: so-

mos un país pequeño, pero se nos debe respetar. Gracias a estos valientes soldados que ofrendaron su vida por nuestro país, es que hoy respiramos el aire puro de la libertad".

Los niños y las niñas quienes la escuchaban sin chistar, le aplaudieron satisfechos porque esa mañana aprendieron una gran lección de vida:

"Todas las guerras son crueles. Tener paz es una bendición y esta debe reinar en todos los países y en el corazón de todas las personas".

Batalla de
Santa Rosa
Guanacaste 185

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. La maestra recuerda al alumnado los pasos para vivir en paz en el aula:

a. Mantener ordenado su escritorio y evitar hacer regueros de líquidos.

b. Compartir lo que se tiene y ayudar a quien lo necesite.

c. Tratarse con respeto y cariño.

d. Cumplir con las tareas y las indicaciones del docente.

e. Colaborar con las actividades grupales.

f. Salir al recreo en fila, guardar la distancia llevar sus loncheras y disfrutar del recreo.

2. Mediante una pintura o un collage hecho con materiales de desecho, el estudiantado reflejara su opinión de lo que significa vivir en una cultura de paz.

3. Si tiene abuelos explique ante el grupo qué tipo de actividades comparte con ellos y cuáles valores le han enseñado.

CUENTO #11

## 1856, un gran amor en los tiempos del cólera

**Presentación:**

***En este cuento se narra una historia de amor entre dos jóvenes que van a casarse pero sus ilusiones se ven truncadas por la guerra. La joven relata lo que significó este alejamiento para su familia y para su enamorado corazón.***

Las mañanas de los días lluviosos son limpias y hermosas. El cielo tiene un celeste nítido y las nubes son blancas con diseminados nubarrones grises que presagian las lluvias de las tardes. Pareciera que alguien tomara en las noches un cepillo con ceniza y lavara todo, dejando el paisaje colorido y fresco.

Los caminos de barro y piedra estaban lúcidos, sin polvo, y las hojas de las plantas presentaban matices de verdes brillantes. Muchas flores engalanaban las orillas de los senderos y las guarias y lianas se entrelazaban en los troncos de los cedros y los robles que se erguían altaneros en las veredas.

Estábamos en octubre de 1855, y el agua brotaba a raudales en los ríos, en las veredas, en la corteza de los húmedos güitites, en las matas de café, en los cañaverales y las gotas de agua cristalina se deslizaban perezosas entre los pétalos de la guaria morada.

Al fondo, rodeada de potreros y vacas, estaba mi casita de adobe, pintada con cal y tuna, y con tejas color ocre, corroídas por el paso de los años. Ahí vivía con mis padres y cuatro hermanos menores. Mi casa era como un campamento. Desde temprano nos levantábamos porque teníamos funcio-

nes asignadas y las cumplíamos sin refunfuñar. Las labores las iniciábamos con los primeros rayos del sol y concluíamos cuando llegaba la noche.

Había mucho que hacer para poder solventar las necesidades propias de nuestra vida campesina. Todo lo hacíamos con nuestras manos, absolutamente todo. La siembra en la huerta; la recolección de guayabas, güízaros, nísperos; jocotes, naranjas, limones, y la elaboración de las comidas; la confección de nuestra ropa; la pintura de la casa; el arreglo de las goteras entre las tejas de barro y la caña; el cuido de los animales; la siembra, recogida, secado y molida del café; las tortillas; en fin, todo lo elaborábamos de forma rústica y artesanal, y por eso nos quedaba poco tiempo para jugar y menos para vagabundear.

Nosotros vivíamos en Patarrá, pero papá y mamá nos llevaban a las fiestas patronales de Nuestra Señora de los Desamparados, porque hacían un turno lindísimo y llegaba gente de los pueblos vecinos.

Al llegar al turno, esperábamos que papá nos dijera en cuál sitio nos podíamos sentar a comer algún antojo. Nos encantaban las gelatinas de naranja servidas en las mitades ahuecadas de su cáscara, las melcochas sobre hojas de limón, las cajetas de chiverre cristalizadas, el bizcocho sobre hojas de plátano, el arroz con leche, la torta de arroz, el dulce de coco, las sopas de pozol y de mondongo. Fue en uno de estos turnos patronales donde conocí a José María, un joven muy guapo de 17 años, igual que yo. Estábamos en la flor de nuestra juventud.

Me pareció el joven más agradable del mundo. Era descalzo, yo tampoco usaba zapatos, pero su camisa blanca y su pantalón color caqui estaban bien engomados y limpios. Él me miró y yo hice todo lo posible para que él se me pudiera acercar para conocernos mejor.

Mi madre, que era muy observadora, me dijo al oído: “Voy a preguntarle a Chavela si lo conoce. Que me diga de qué familia es, y si es un muchacho de buenas costumbres y trabajador”.

Chavela era comadre de mi madre y vivía detrás de la iglesia de Desamparados. Como buena vecina del centro del pueblo, conocía a todas las familias de los alrededores. Ella le confesó que era un muchacho esforzado y de buena familia, recomendación suficiente para que mi

padre consintiera que le hablara.

Fue maravilloso y muy respetuoso nuestro noviazgo. Cuando nos veíamos en las fiestas patronales de San Miguel, de San Juan Bautista en Patarrá o de San Rafael, él me buscaba e invitaba a comer, y nos sentábamos en las peñitas a orilla del camino para ver las carreras de cintas y conversar con otros amigos de nuestra edad.

El amor llegó, y José María me habló de que nos casáramos. Le contesté que nos diéramos un tiempito más, porque yo ayudaba a mi madre con la crianza de mis hermanitos menores y que era mejor esperar a que estuvieran más grandecitos.

Risueño, José María me susurró al oído que me esperaría, pero no mucho tiempo. Que le pediría a su papá un cerquillo que tenía para hacerme una casita, y que tenía una yunta de bueyes y una carreta con la que seguiría haciendo fletes de café y caña, y con lo que ganaba, podría mantenernos.

Había mucho trabajo en esos años. En el campo vivíamos en un ambiente de paz y de tranquilidad. José María me juraba que él me protegería y velaría por nuestros hijos.

También, me confesó que le ilusionaba visitar unas tierras baldías que estaban más al sur de Desamparados y que eran muy fértiles. Que ya el Gobierno daba reales para que las poblaran. Eso me sonó bonito: emprender una vida juntos en tierras lejanas.

Desde ese día empecé a soñar con mi boda, con la fiesta, con los invitados, con mi vestido; que en cuál ermita nos casaríamos, que si daríamos a los invitados ponche, torta de arroz, cubases con chancho, gallina achotada, tortillas, tamal asado, totoposte, melcochas, café, guarapo, chinchiví, vino de nance o de mora, ponche o aguadulce, en fin, que la gente estuviera alegre y bien comida.

¿Cómo compraría algo para llevar a la nueva casa, parecido al ajuar que llevó mi madre cuando se casó con mi papá, y sí José María me daría las arras que auguraban abundancia y bienestar en mi hogar?; pero, sobre todo, lo que más me desvelaba era la cara que pondría mi papá cuando José María le pidiera mi mano, ¿se iba a poner bravo o lo aceptaría? ¡Ay, Dios mío!, mi cabeza explotaba de pensar en tanta cosa. Eso de casarse me estaba volviendo loca.

Pasaron algunos meses y llegó

el verano. José María me dijo a finales de enero de 1856: “Leona, creo que abril sería un bonito mes para casarnos, ya que para esa época las cogidas de café habrán terminado y tendré un dinerito ahorrado para construir la casa”. Le contesté asustada: “¡Santa María, los tres dulcísimos nombres de Jesús!” ¿De qué hablás José María? No estaba preparada para esta noticia, tampoco para la luna de miel, pero él me abrazó, y me dio mucha seguridad. Lo miré a los ojos y le confirmé con mi amorosa mirada que gustosa aceptaba su propuesta.

Un domingo por la tarde, José María llegó a visitarme y me pidió que llamara a mi papá. Cuando decía que iba a hacer algo, lo hacía. Yo me puse muy nerviosa, y le pedí a mamá que lo llamara. Ellos hablaron y luego mi papá me llamó a su lado, me abrazó y me dijo: “Hija, te doy la bendición porque te casarás con José María, que es un muchacho bueno y muy trabajador. Él responderá por vos y serás feliz a su lado”.

Subí a una nube de ensueño. Todo estaba listo para empezar una nueva vida al lado de un hombre serio y responsable; sin embargo, para nuestra desgracia, en la misa del domingo, el cura leyó una Proclama del Presidente D. Juanito Mora Porras, en donde decía que había llegado el momento que nos había anunciado, y que nuestros hombres tenían que ir a defender nuestro país de una banda de advenedizos, escoria de los pueblos porque nuestra paz, nuestro territorio, nuestras familias, estaban siendo amenazadas por unos soldados invasores que llegaron a Nicaragua, la habían dominado y pensaban, también, tomar a Costa Rica y hacernos sus esclavos. Agregó muy alarmado que los varones de 18 a 50 años tenían que alistarse en el ejército para irse a luchar hasta más allá de la frontera con Nicaragua, para defender nuestra amada Costa Rica.

Todos nos volvimos a ver porque no entendíamos nada. ¿De qué hablaba el padre? José María tenía 18 años y nos íbamos a casar. ¿Cómo era eso que se iba para una guerra? ¿Volvería con vida? ¿Nos podríamos casar? ¿Tendríamos hijos? Mi mente quedó en blanco y mi corazón se hizo añicos.

José María, abatido, lloroso, con la cara compungida y los ojos desorbitados, me buscó el lunes siguiente. Ya lo habían llamado del Cuartel de Armas, y él respondió como todo un patriota ante la amenaza del invasor. Nos abrazamos fuertemente. Nues-

tras almas se fundieron en un dulce beso. ¿Qué iba a pasar con nuestro amor? ¡Qué cólera tenía contra el destino, rabia por la convocatoria del presidente Mora y un profundo resentimiento en contra de esos invasores filibusteros! Estaba frustrada y con mucha angustia en mi corazón.

José María me tranquilizó al decirme que se iba a luchar por la patria y que don Juanito Mora tenía información muy certera de que, si no peleábamos, nuestro país perdería su independencia, su soberanía, la tranquilidad con la que vivíamos, todo lo que teníamos y por lo que habíamos luchado años atrás, y que él no iba permitir que nuestros sueños fueran destruidos por un grupo de maleantes fuereños, gente indeseable y mal intencionada.

A regañadientes, acepté que se marchara. Estaba tan enamorada que, si el destino así lo disponía, esperaría mil años su regreso. Sentía malestar y rabia hacia quienes nos estaban haciendo añicos nuestros anhelos e ilusiones y, de inmediato, busqué consuelo en mi fe religiosa. Empecé a orar y encomendaba a José María a todos los santos. Cuando José María inició su marcha hacia Guanacaste con las tropas costarricenses, al mando del presidente Mora, las familias de los soldados que partieron con el Ejército Expedicionario quedamos con el alma en vilo.

Hombres mayores y jóvenes se marcharon a la guerra. Quedamos las mujeres, las personas mayores y los pequeñines. El trabajo en la finquita aumentó y se complicó. Mis hermanitos y yo hacíamos las labores del campo y mi madre nos preparaba los almuerzos y nos lavaba. Ella atendía la casa porque mi padre, con 40 años, también había respondido al llamado del Presidente Mora y estábamos solos con ella.

Todos los vecinos íbamos a misa los domingos para orar por nuestros soldados y para enterarnos de las novedades de la guerra. Por los partes de guerra, teníamos noticias de que José María y mi tata estaban con vida, pero ellos no sabían leer ni escribir, entonces no recibíamos correspondencia. Eso sí, nos dijeron que habían muerto muchos soldados en las batallas de Santa Rosa (el 20 de marzo), de Sardinal por el río Sarapiquí (el 10 de abril) y de Rivas (el 11 de abril).

Siempre los tiempos de guerra han sido muy duros, pero para mí, la espera fue devastadora y triste. Mis sueños se habían quedado en el lim-

bo, congelados. No me daba cuenta si respiraba, si estaba con vida o si era un alma en pena. Hacía todos los trabajos como un cuerpo sin espíritu que vagaba de un lado para otro, ausente y desmotivada. ¿Quién me podría garantizar que los hombres más queridos para mí volverían a la casa?

A finales de abril comenzaron a llegar las tropas que venían huyendo despavoridas de una enfermedad mortal que llamaban la peste del cólera. La gente describía la forma como morían quienes tenían este mal y no podíamos dejar de asustarnos. Las batallas habían sido perdidas por nuestros enemigos, pero nuestras tropas, en vez de festejar sus victorias, regresaron enfermas y aterrorizadas al país, en busca de cura y de consuelo en sus familias. Esta peste se regó por todos los pueblos. El país olía a muerte.

Mi padre venía muy grave, pero José María no regresó. Me dijeron que había enfermado del cólera, y que no pudo regresar con el ejército. Que había luchado con coraje y bravura en las batallas de Santa Rosa y Rivas. Me sentí desconsolada. Estaba sola y sin ilusiones para seguir viviendo.

No teníamos tiempo de llorar a los muertos, porque las mujeres y nuestros niños y niñas trabajábamos arduamente para mantener activa la recolección de las cosechas. La pobreza aumentaba y sentíamos que estábamos al borde de un colapso nacional. Pero apenas los soldados se repusieron de la peste, el presidente Mora llamó de nuevo al ejército para continuar con la toma de los vapores y los fuertes del río San Juan.

Sangrientas y significativas batallas sucedieron a finales de 1856 y en los primeros meses de 1857, como la de La Trinidad, en la toma de los vapores y fuertes de la Vía del Tránsito, en Rivas y en otros pueblos de Nicaragua. Lo único que nos alegraba era saber que nuestras tropas se anotaban heroicos triunfos, con la ayuda de los ejércitos de Guatemala, Honduras y El Salvador, y que la Vía del Tránsito ya era nuestra.

En mi triste soledad, me senté en el escaño del corredor a escoger frijoles, cuando visualicé a mis hermanitos, quienes, jadeando y con gritos, anunciaban alegres que la guerra había terminado y que, el 1° de mayo, el jefe de los invasores, el tal William Walker, se había rendido y se había ido de Nicaragua con sus soldados.

Me puse de pie y les pregunté

con voz entrecortada y llorosa: “¿Y eso qué significa?” Ellos, al unísono, contestaron con una alegre y pícara sonrisa: ¡Que José María va a regresar!

La profunda cólera por mi mala suerte acumulada en todos esos meses se fueron de repente. La palangana con los frijoles salió volando. La mirada se me iluminó y mi corazón volvió a latir con fuerza: ¡Mi amado volvería!

Vislumbré en las colinas mi casita de adobe con pequeños que corrían de un lado para otro y yo reposando mi cabeza en el hombro afectuoso de José María, ¡mi héroe del 56!

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Busque en el diccionario el significado de palabras desconocidas.

2. Ubique en un mapa de Costa Rica y de Centroamérica los siguientes sitios: Desamparados, Patarrá, Aserrí, San Rafael, Guanacaste, Hacienda Santa Rosa, Sardinal, Rivas, (Nicaragua) y el río San Juan...

3. Busque parejas de novios o novias, entre las fotografías familiares y escoja la que más se identifique con Leona y José María.

4. En presencia de una persona adulta, consulte la receta para elaborar uno de los platillos que se mencionan en el cuento y degustarlo en familia.

5. Organice una obra de teatro con los personajes del cuento, y modifique algunas escenas conforme a las sugerencias y gustos de cada personaje. Ejemplo: realizar la boda con una fiesta y un delicioso banquete.

6. Elabore un ensayo sobre la importancia de las mujeres y la niñez costarricense durante la guerra de 1856-57 para exponerlo ante los familiares o ante el grupo.

7. Investigue sobre comidas, costumbres y tradiciones de la población costarricense en la década de 1850. Ilustre con afiches y dibujos el producto de las investigaciones

8. Elabore una sopa de letras y encuentre con tus familiares y compañeras de clase los siguientes nombres de personas, comidas y lugares relacionados con la Guerra Patria Centroamericana como Juan Rafael Mora Porras, William Walker, Santa Rosa, Sardinal, la Trinidad, Rivas, Desamparados// Patarrá// Bizcocho// Tamal asado// Cajetas, vino de nance.

9. Investigue cómo se baila las polkas y los valses. Practíquelos con tus familiares o compañeros de aula.

**CUENTO #12**

## ¡Las pandemias, flagelos de los pueblos!

**Presentación:**

***En este relato conoceremos cómo vivió el pueblo costarricense la pandemia del cólera morbus en 1856. Ahora estamos frente a una situación semejante con el COVID-19. A pesar de que ha transcurrido más de siglo y medio, nos ha sorprendido la fragilidad de la especie humana frente a las pandemias, las cuales constituyen un flagelo para los pueblos.***

—¡Por amor a Dios Jovita, no ves lo que se nos viene encima! —Le dijo Dolores a su vecina cuando se la encontró en la pulpería, comprando los ingredientes para hacer una olla de carne, arroz achotado y aguadulce.

—¡Qué puede ser “pior” que la batalla de Rivas donde hirieron a Gonzalo!— respondió Jovita muy angustiada y secó sus lágrimas con un pañuelo bordado con el nombre de su amado esposo.

Dolores le dio fuerzas con un fuerte abrazo y agregó:

—¡Te comprendo mujer, es muy triste tu situación! ¡Quedarte sola con tus gemelitas pequeñas porque Chalo se fue a la guerra! Y le susurró al oído: Dicen que se están viniendo los soldados en estampida por una peste que la llaman el cólera. Están horrorizados, y los que se enferman quedan muertos en el camino y los dejan botados. “Naide” los entierra. Ahí quedan tiraditos, en las veredas de los caminos, como animalitos sin alma.
—Jovita preguntó angustiada: ¿Y cómo crees qué viene Chalo?

— “Pos” no lo sé. La verdad que todo se ha puesto “patas p’ arriba”. Dicen que hasta don Juanito está “pegao” — contestó Dolores.

— ¡Los tres dulcísimos nombres! ¡San Roque nos salve! — exclamó Jovita temerosa. Se santiguó dos veces seguidas, y preguntó a Dolores que dónde había escuchado esa triste noticia.

— La peste del cólera afecta a “tuiticos” y no hace “deferencias”, y don Juanito viene muy enfermo. Lo “pior” es que no se conoce un buen remedio para ese mal— contestó Dolores muy angustiada.

— ¡Por Dios santo mujer! ¡Qué estaremos pagando! No nos queda más que rezar día y noche. Voy a conseguir cal, manzanilla, miel de abeja, “alcanfor”, guaro, “gotas amargas” y a esperar lo que nos depare el destino, pero pinta muy mal este asunto—musitó Jovita.

Se despidieron, y en sus rostros se reflejaba un desconcierto profundo. Juana, desolada, regresó a su humilde casita de piso de barro y paredes de adobe, donde la esperaban sus adoradas hijas, jugando entretenidas en el patio.

Jovita muy pensativa se preguntaba por qué le había tocado una vida tan dura. Se crio en la finca de café llamada La Pacífica, bautizada así en honor a doña Pacífica Fernández, esposa del Dr. José Ma. Castro Madriz, su propietario, en Desamparados. Era la única mujer de ocho hermanos. Entre ella y su madre tenían que cocinar, lavar y planchar la ropa de todos los varones, atender la huerta, el gallinero, limpiar la casa, comprar la comida, cocinar el maíz y levantarse todos los días a las tres de la mañana para molerlo, echar tortillas y preparar los almuerzos para su padre y sus hermanos, porque se iban todo el día a trabajar de peones en los cafetales.

Por las tardes remendaban la ropa descosida, arreglaban la huerta, preparaban la comida y, si les quedaba un tiempito libre, hacían cajetas, dulce de leche, tejían y bordaban algún tapete o sobrecama.

A Jovita sus padres la cuidaban mucho y no la dejaba salir a ningún lado pero, un día llegó a su casa un joven apuesto, trigueño y muy agradable. Era el hijo del mandador de la finca que traía un recado del patrón para sus hermanos. Fue un amor a primera vista. Desde ese momento el bendito Gonzalo, conocido como Chalo, ocupó todos sus pensamientos.

A los tres años de verse a escondidas, Chalo, le propuso matrimonio a Jovita. Ambos tenían veinte años. Por supuesto que para Jovita esta era la oportunidad para huir de ese sistema de trabajo tan agotador que tenía en su casa y de obtener alguna libertad, pero, lo más importante es que lo amaba y, sin pensarlo dos veces, le dijo gustosa que sí.

Chalo conversó en buena lid con los hermanos de Jovita, pero rechazaron su propuesta. ¿Cómo se iba a ir y dejar a su madre sola? ¿Quién les cocinaría, lavaría y plancharía su ropa?

Cuando su padre se enteró, extremó los cuidados y encerró a Jovita en la casa. Ni a misa podía ir sola la pobre y no podía ver a Gonzalo, su gran amor de juventud.

En vista de que no había posibilidad alguna de casarse, decidieron escaparse. Una noche de verano y luna llena, Chalo se robó a Jovita, y se fueron a vivir a una finca de ganado que tenía el presidente don Juan Rafael Mora Porras, en Los Ojos de Agua, por San Rafael de Alajuela.

Don Juanito, así llamaba Chalo a su patrón, les dio una casita de adobe y un "cerco" donde cosechaban maíz, hortalizas, frutas, vástagos y matas de banano. Una vaquita les proporcionaba leche, natilla, requesón y queso; y unas gallinitas les proveían de unos deliciosos huevos, con una yema más amarilla que la flor del ayote. Con humildad y sin lujos vivían muy tranquilos, y podría decirse que felices.

Producto de su esfuerzo, se fueron haciendo de sus cositas y formaron un lindo hogar en compañía de unas hijas gemelas, trigueñas, con hermoso pelo marrón acolochado y grandes ojos negros, que llenaban de amor y alegría su casa. Su padre las trataba con respeto y mucho cariño. Jovita se sentía muy bien en su casa, aunque extrañaba a su familia.

En ocasiones recibían la visita de la patrona, doña Inés Aguilar, esposa de don Juanito, quien pese a ser una dama de la sociedad josefina, era una señora amable y de gustos sencillos. Ella les dejaba un "diario" en un saco de manta con arroz, frijoles, manteca y tapas de dulce; ropita de cama, cobijas y lindos vestiditos que le encantaban a Jovita para vestir a sus gemelitas. Ambas parecían angelitos con esos hermosos trajes.

Cuando vino la guerra de 1856, Chalo escuchó el llamado que le hizo

su patrón: había que cambiar el arado por las armas para defender la patria, las familias, la tranquilidad y la libertad del pueblo costarricense, que estaba en peligro por una banda de forajidos, escoria de los pueblos, llamados filibusteros, que pretendían invadirnos desde Nicaragua y hacernos sus esclavos".

Atento al patriótico llamado, Chalo se enlistó en el ejército y siguió al presidente Mora, General de División del Ejército Nacional. Junto a él combatió contra los filibusteros en Santa Rosa, Guanacaste y después en Rivas, Nicaragua. En esta cruenta batalla del 11 de abril de 1856, las balas enemigas hirieron a Chalo en una pierna.

En ese momento los soldados costarricenses presentaban fuertes signos de agotamiento. Estaban deshidratados, mal alimentados y exhaustos porque habían viajado a pie desde San José hasta Santa Rosa en Guanacaste y de ahí continuaron a Rivas, en Nicaragua, llevando cañones, fusiles, armamento pesado, arriando carretas con comida, y cargando todo lo que un ejército necesita para combatir. Al encontrarse agotados y con muchos heridos, la pandemia del cólera morbus encontró un terreno fértil, ocasionando estragos en el ejército costarricense.

Esta pandemia del cólera tenía tiempo de estar afectando a la población nicaragüense. La trajeron los viajeros procedentes de los Estados Unidos quienes utilizaban la Vía del Tránsito para pasar del océano Atlántico al océano Pacífico por el río San Juan.

Se rumoraba en aquel entonces que después de la victoria del ejército costarricense en Rivas, William Walker, el jefe de los filibusteros, al verse vencido, con mucho rencor y venganza, lanzó cientos de cadáveres en los pozos que abastecían de agua a la ciudad de Rivas, para enfermar a las tropas costarricenses. Es así como tomó más fuerza la epidemia del cólera, y el presidente Mora se vio obligado a ordenar la retirada de las tropas de los escenarios de la guerra y retornar a Costa Rica.

Durante las largas noches de desvelo y de una angustiosa espera, Jovita lloraba en silencio para que sus hijas no la escucharan. El día que un boyero bajó a Chalo de una carreta con soldados heridos y lo llevó alzado hasta su cama, Jovita no sabía qué hacer. Volvió su mirada a un crucifijo que tenía en su cuarto y de rodillas exclamó desolada:

—¡Dulce nombre de Jesús, no te llevés a mi Gonzalo! ¡Dame fuerzas para atenderlo! ¡No dejés huérfanas a las gemelas! —.

Para peores, Chalo venía herido y enfermo del cólera. Estaba muy delgado, pálido, ojeroso, deshidratado, frío y la vista perdida. A menudo le pedía a Jovita que le pasara la "bacenilla" en la cual vomitaba y hacía evacuaciones de un líquido blancuzco maloliente. Ella lloraba a escondidas y se preguntaba contra qué diabólico mal se enfrentaba Chalo.

Jovita mandó a las gemelas para la casa de Dolores, y se dedicó a cuidarlo. Hirvió agua con arroz y manzanilla, y aunque él no quisiera, le daba sorbos, también probaditas de guaro alcanforado y cuanto remedio le aconsejaban, pero nada le detenía la diarrea. Lo peor fue cuando la herida se le infectó y alucinaba por la deshidratación y la calentura.

Don Juanito, el patrón, regresó muy enfermo y se quedó una semana en la finca, aislado, junto a doña Inés. Preguntaba a sus empleados como seguían los enfermos y enviaba carteros con la correspondencia oficial a las oficinas del gobierno, en la capital. Solicitaba información de cómo evolucionaba la pandemia y las noticias que recibía eran alarmantes.

En esos años las condiciones higiénicas en Costa Rica eran deplorables. Nadie se lavaba las manos para ingerir los alimentos y estos no se manipulaban correctamente, porque no había cañerías con agua potable. Pocas familias contaban con letrinas decentes. La mayor parte de la población defecaba a cielo abierto, en los solares junto a la casa. Se limpiaban con hojas de algunas plantas que estuvieran a mano y las aguas sucias se iban por caños abiertos, a plena luz del día.

El presidente Mora tenía proyectos para mejorar la salud del pueblo, y había propuesto la construcción de una cañería en San José, pero esta se detuvo por los gastos militares y la preparación del ejército para la guerra. Gracias a su gestión se había construido el Hospital San Juan de Dios, pero este no tenía capacidad para atender a los soldados heridos y a tanto enfermo del cólera.

Se respiraba en el país un aire de profunda tristeza y desolación. La pandemia era imparable. Causó tal pavor en la población que la policía tenía que obligar a los médicos y a los curas a que atendieran las necesidades de los enfermos, porque moría un promedio de 140 personas

por día. Fallecieron personalidades muy influyentes en la vida política del país, capellanes, oficiales del ejército, soldados y una gran cantidad de mujeres, hombres y niños de todas las edades y niveles económicos y sociales.

Murieron 10 000 costarricenses víctimas del cólera morbus en 1856. Los sepultureros no daban abasto. Recogían los cadáveres y los depositaban en fosas comunes que eran roseadas con polvo de cal, mineral al que se le atribuían poderes especiales para combatir la plaga.

Ante tal desamparo y aflicción, Jovita hizo hasta lo imposible por recuperar a su amado Chalo. Tratamientos como lavativas de vinagre con malva y bebedizos de jugo de limón y bicarbonato, tomas de sal de Inglaterra, guaro con tabaco y una lista interminable de combinaciones de hierbas con raíces del monte. Hizo un centenar de novenas a San Roque y al Dulce Nombre de Jesús. Durante su gravedad, rezaba con mucha fe esta oración:

¡Oh, Jesús, Jesús divino!
Somos tus hijos amados
Mira cuán atribulados
Nos tiene nuestro destino;
Tú, que eres guía y camino
de salvación y de amor,
quita la peste, Señor,
disipa el aire malsano,
El azote de tu mano
Deponga nuestro creador.

Apenas don Juanito se recuperó visitó a Jovita y alabó las curaciones y atenciones que ella le prodigaba a Chalo pero, lo vio tan grave que inmerso en una profunda misericordia, le sugirió a Jovita traer al cura, para que le administrara los santos óleos, lo cual era imposible, porque se les prohibía a los sacerdotes brindar estos servicios religiosos por el peligro de contraer la enfermedad.

A pesar de los amorosos cuidados que recibió de su compañera de vida, Chalo, un valiente soldado, campesino laborioso, y un padre y compañero responsable, falleció, pero antes de morir, declaró a Jovita su amor eterno y le pidió que nunca descuidara a sus adoradas gemelitas.

La familia de Jovita se enteró de este triste desenlace, y sin pensarlo dos veces, se acercó a su casa. Padres, hermanos, Jovita y sus gemelas se abrazaron y lloraron juntos la partida de Chalo.

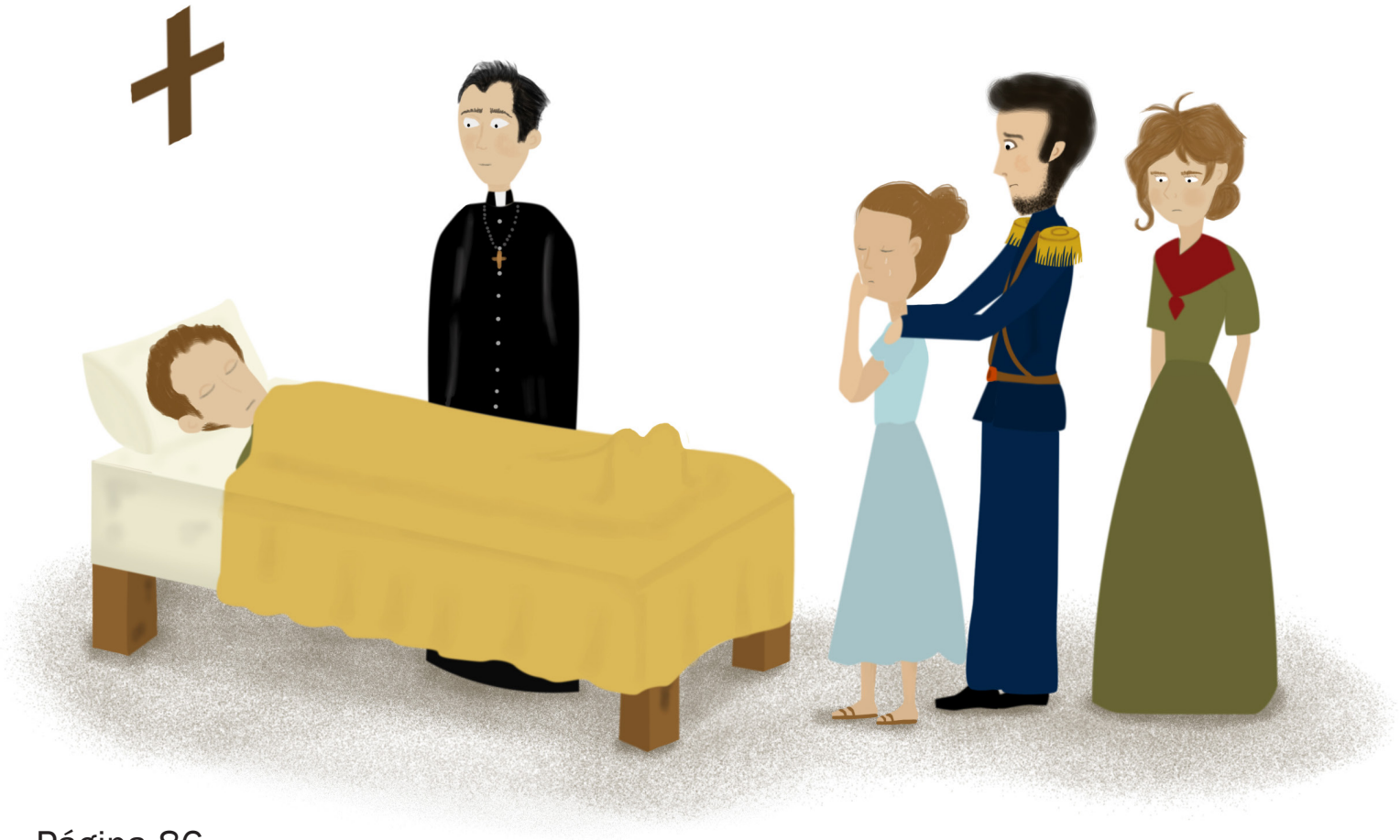
Fue un emotivo reencuentro fa-

miliar. El perdón los unió en momentos de profundo dolor. El padre de Jovita le rogó que perdonara su testarudez y conducta inapropiada. Le prometió que nunca más les faltaría nada a ella ni a sus nietas. ¡Lástima que Chalo no vivió para disfrutar ese añorado reencuentro!

Jovita esperó con mucha paciencia que viniera el sepulturero por el difunto, pero las carretas pasaban hasta el copete de cadáveres. Don Juanito se enteró de las congojas de Jovita y acompañado de doña Inés, la visitaron para presentarle sus condolencias. De inmediato le facilitó una carreta con un boyero para que llevara el cuerpo de su difunto esposo a la fosa común, habilitada para depositar los muertos, víctimas de esta fatal enfermedad.

Don Juanito, recuperado de sus dolencias, retomó sus funciones presidenciales y el mando supremo del ejército con un objetivo supremo: finalizar la guerra y devolverle al pueblo la tranquilidad pérdida.

Jovita y Dolores, abnegadas y sufridas madres, ambas viudas, se



sentaron en el “escaño” del corredor para ver a las gemelitas jugar con sus muñecas. Atrás quedaron los sufrimientos causados por el cólera. De ahí en adelante, sus oraciones y sus mejores esfuerzos se unirían a los anhelos de su presidente. Todos abrazando una causa común: recuperar la paz y el bienestar de su amada Costa Rica.

—¡Qué emocionante y triste a la vez es la historia de los tatarabuelos Gonzalo y Jovita! No me canso de escucharla ¿Cómo sufrió Jovita? ¡Qué mal se pasa en las guerras¡ ¿Y mi bisabuela fue una de las gemelas?— preguntó a su madre, Valeria, hermosa niña de doce años.

—Sí hija. Una gemela fue tu bisabuela. Así sucedió. La paz que disfrutas hoy en Costa Rica es el legado del esfuerzo, del sudor y de las lágrimas de nuestros antepasados. Hombres y mujeres costarricenses como el presidente Mora, doña Inés, Jovita, Chalo y muchos más, quienes se sacrificaron y lucharon para heredarnos un país de libertades, de paz, de leyes, en el cual somos soberanos para dirigir nuestro destino—contestó su madre.

Exaltada Valeria la abraza muy fuerte y le insiste:

— ¡Mami contame otra vez la historia de los tatarabuelos, de la guerra de 1856 y del cólera, porfa, porfa!

Su madre, interrumpe el abrazo y con profunda tristeza e impotencia la mira y le dice:

—Valeria recordá que estamos sufriendo la pandemia del COVID-19. ¡Mantén tu distancia, porfa, porfa...!

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Compare el estilo de vida de Jovita en relación con el que tienen las mujeres de tu entorno familiar y social en el presente. Mencione en cuáles aspectos han cambiado las oportunidades para el género femenino de 1856 a la actualidad.

2. En 1856 la población costarricense fue afectada por el cólera morbus y en el 2020 por el COVID-19. ¿Cuáles son las diferencias sanitarias y médicas entre 1856 y 2020 en Costa Rica? Comparta sus criterios con sus compañeros de clase y con su familia.

3. Investigue en Internet en qué año se descubrió la bacteria que causa el cólera morbus y qué se sabe sobre el origen del virus causante del COVID-19. Elabore un esquema comparativo entre ambas pandemias y coméntelo con su familia o con su grupo.

4. Elabore un pensamiento que exprese cómo se ha sentido con las medidas establecidas para evitar el contagio del COVID- 19 y lo comenta con su familia o con su grupo.

5. Atrévase a escribir un cuento, una poesía, una canción sobre los efectos causados por el COVID- 19 en el orbe. Compártalo con su grupo y con su familia.

6. Elabore un listado de los efectos de las pandemias en los aspectos sociales, sanitarios y económicos y lo compara con los elaborados por sus compañeros de aula.

7. En caso de dudas consulte el Diccionario de Costarriqueñismos.

8. Participe en un foro en su colegio sobre el tema: La fragilidad humana frente a las pandemias.

9. Investigue en Internet las recetas de la olla de carne, el arroz achotado y el arroz con leche. Prepare alguna en su casa y compártala con su familia o con su grupo.

CUENTO #13

## ¡La pala por el fusil y la carreta por el cañón!

**Presentación:**

***En la Guerra Patria Centroamericana 1856-57, llamada por don Juan Rafael Mora Porras La Campaña Nacional, participaron soldados costarricenses de origen campesino, quienes ofrendaron sus vidas ante el altar de la patria. Este cuento es un homenaje a estos hombres y mujeres de origen humilde, quienes atendieron el llamado que les hiciera el presidente Juan Rafael Mora Porras para cambiar el arado, la pala, la carreta, el machete por el fusil y el cañón.***

---

Ramón y Monchito eran primos y nacidos en Cartago. Tenían el mismo nombre, pero a uno de decían Monchito para diferenciarlos, pero no se confundían porque Ramón era alto, serio y de carácter fuerte. Monchito era lo contrario: de baja estatura, delgado y siempre tenía una alegre y contagiosa sonrisa en sus labios.

Eran campesinos, apegados al cultivo de la tierra y a la recolección de las cosechas. Trabajaban como arrieros, cogedores de café, jornaleros y constructores. Le hacían a todo y sin pereza alguna.

En las tardes de verano se iban con sus amigos a bañarse a las pozas con aguas claras y profundas del Reventazón. En las noches, afinaban sus guitarras y salían a "echar serenatas", a las muchachas más simpáticas del centro de Cartago. Muchas veces terminaron corriendo entre cafetales y milpas, porque los padres de sus novias los corrían con los perros, pero todo era diversión para ellos, excepto el engorroso asunto de ir a una guerra. Esto nos les hacía ninguna gracia.

En diciembre de 1855 Ramón y Moncho estaban fajados cogiendo café, y paraban la oreja para escuchar los rumores de que se avecinaban tiempos difíciles, y que los varones tendrían que defender al país del enemigo que estaba en Nicaragua.

Monchito se quedaba como ido, pensando cómo sería pelear en una guerra, y estaba en esas cuando se paró en un tronco, perdió el equilibrio, salió dando vueltas con el canasto y regó todo el café recogido.

Al ver este desorden Ramón le dijo enfadado:

—¡Diay muchacho, dejá de pensar en los huevos del gallo! Des-

de hace rato te veo con la vista perdida. No seas chambón. Ahora tenés que juntar todo el café. Ya casi son las dos. Don Atanasio ya viene a medir y no has cogido ni una cajuela.

Monchito se levantó, sacudió la tierra de sus pantalones y le contestó molesto:

—Tenés razón. Estoy como "atontao". Para vos es muy fácil "jalar" con el ejército, pero yo tengo deudas. No he pagado la carreta ni la yunta de bueyes que le compré hace seis meses a don Atanasio y para peores, mi viejita se quedó sola porque mi hermana se casó y, sí me matan en la guerra, quién velará por ella.

Ramón guardó un prudente silencio. Dejó el canasto suyo a un lado y se fue a recoger el reguero de café. A manera de consuelo le dijo:

—Te entiendo Monchito, pero no podemos decirle que no a la patria. Es ahora porque mañana podría ser muy tarde. Yo no quiero encontrarme con esos machos viviendo en nuestras casas ni casados con nuestras novias, ¡caramba, eso sí que no lo aguanto!

—¡Qué colerón! ¿Y sí nos matan? — preguntó con mucha insistencia Monchito.

Ramón, se puso de pie, levantó su mano derecha, la sacudió con fuerza y lanzó una amenaza:

—¡Pues estos gringos van a saber con quienes se están metiendo! Soy como el tronco donde se rasca el tigre, y a mí un flacucho, pelo engomado, no me vencerá. ¡Vamos Monchito, recogé las alforjas y los canastos que ya llegó el medidor! Y, recordá que la pedrada que está "pal" perro ni metiéndose al cafetal se la capea.

Se fueron murmurando sobre sus inquietudes militares. Por dentro llevaban el gusanillo del temor y la incertidumbre que les corroía las entrañas. Eso de tener que combatir en una guerra los tenía muy desvelados.

En aquellos años gobernaba el presidente Juan Rafael Mora Porras, y no le quedó otro camino que hacerle frente a una guerra: La Campaña Nacional como él la llamó o la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57.

El presidente Mora, llamado por el pueblo don Juanito, visualizó el peligro de la llegada a Nicaragua de William Walker y sus huestes filibusteras, provenientes de Estados Unidos, y comenzó a preparar muy bien el ejército, porque no iba a permitir que estos aventureros expansionis-

tas establecieran la esclavitud en estos países.

Informantes confiables en Washington tenían al presidente Mora al tanto de las estrategias de expansión que se estaban tramando en los Estados Unidos para Centroamérica, y por eso asumió el liderazgo de la defensa ante el enemigo. Sabía muy bien que tenía que detenerlos, a costa de un gran sacrificio de su pueblo. La justicia estaba de su lado. Su causa era la de garantizar el respeto a la familia, a la paz, a la libertad, a la independencia, al trabajo, a la religión y a la dignidad de Costa Rica y la de los países centroamericanos.

Don Juanito Mora deseaba conformar un ejército de 9000 soldados, pero inició la preparación más fuerte con 5000. El general de división, José Joaquín Mora, hermano del presidente Mora, y su cuñado José María Cañas estaban a cargo de la preparación de los soldados, y fueron su mano derecha en el comando del Ejército expedicionario que defendió la patria.

El presidente Mora era el Comandante Supremo del Ejército, pero tomaba las decisiones junto al Estado Mayor, compuesto por militares de mucha experiencia y otras personas de toda su confianza. Además, el ejército tenía una estructura de mando igual que la de los ejércitos europeos: generales de división, coronel, mayores, capitanes, tenientes, subtenientes, sargentos, cabos y soldados rasos. Se agrupaban en tres divisiones: caballería, artillería e infantería, y marchaban al paso de los tambores de una banda militar. ¡Era un ejército de verdad! Nada tenía que envidiarles a los ejércitos modernos de las naciones más poderosas de esos años, guardando las distancias por supuesto.

Don Juanito mediante unas proclamas alertó a la población costarricense del peligro y convocó a jóvenes y adultos para que se enlistaran en el ejército. Ramón y Monchito después de consultarlo con la almohada, se presentaron al cuartel para iniciar su preparación militar como soldados.

Los entrenamientos eran los domingos. Ramón y Monchito madrugaban, y puntuales estaban haciendo sus prácticas matutinas. Mientras tanto, el presidente Mora y su Estado Mayor elaboraban un plan estratégico para expulsar a los filibusteros de Nicaragua.

Monchito y Ramón, apodados cariñosamente “Los Cartaguitos”, se familiarizaron muy rápido con el am-

biente de la milicia, tan ajeno al de los cafetales y al de las carretas. En ocasiones se confundían y llamaban mayor al que no lo era, y general al sargento, pero lo valioso es que por méritos propios ascendieron de soldados rasos a tenientes.

Formaron parte del ejército expedicionario que estaba muy bien equipado con armamento militar de última tecnología. Se hicieron diestros en el manejo de los fusiles de chispa franceses, los Minie ingleses, que eran más rápidos que los de chispa, cañones de montaña que eran más livianos porque estaban hechos de bronce y manganeso, los pesados cañones de hierro de campaña y las bayonetas.

Como en el oficio de boyeros nadie les ganaba, semanas previas a la partida del ejército, Monchito y Ramó arriaban yuntas de bueyes con carretas cargadas de café, hacia el puerto de Puntarenas. Durante las noches, bajo la tenue luz de una candela, conversaban sobre lo que sucedía en Nicaragua y los temores del Presidente Mora. Deseaban obtener más información de quiénes eran los filibusteros y sus verdaderas intenciones, pero nadie tenía las respuestas a sus inquietudes.

En un descanso de las acostumbradas prácticas militares de los domingos, bajo un floreado roble de Sabana, Monchito y Ramón preguntaron al General José Joaquín Mora, que de dónde habían salido esos invasores con cabezas rubias y ojos claros, llamados filibusteros.

Conocedor de los antecedentes del conflicto, el General José Joaquín, con mucha paciencia y amabilidad, se sentó en medio de un grupo grande de soldados y preguntó:

—¿Qué desean saber sobre los enemigos que vamos a enfrentar en Nicaragua?

—¡Diay, pues todo! Solamente sabemos que tenemos que ir a ayudar a Nicaragua a expulsar unos invasores que la van a esclavizar y a nosotros también, pero ¿de dónde salieron esos rufianes? — preguntó Monchito, ansioso de respuestas.

Don Joaquín tomó aire y explicó que los estados del sur en Estados Unidos tenían un sistema de economía de plantación de caña de azúcar y de algodón, basado en el empleo de mano de obra esclava negra, y que apoyaban las perversas intenciones de un aventurero llamado William Walker, jefe de los filibusteros,

quien pretendía establecer en los países centroamericanos un sistema de agricultura igual, basado en el empleo de esclavos.

Monchito hacía un gran esfuerzo para comprender lo que estaba explicando don José Joaquín y con voz temblorosa preguntó:

—Entonces nos vamos a enfrentar a un ejército muy poderoso y ¿usted cree que nos va a ir bien?

Don Joaquín asintió con su cabeza y exclamó con mucha seguridad:

— ¡Claro hombre que nos va a ir muy bien! Nuestro ejército cuenta con armamento moderno, de lo último en tecnología militar, estamos bien preparados, tenemos mucho coraje y valentía. La victoria será nuestra. No tengamos miedo.

—Mmmmmm. ¡Pero nos va a costar mucho vencerlos! ¡Debe ser muy duro caminar hasta Nicaragua para combatirlos! ¿Es cierto que ahí hace un calor infernal? —cuestionó Ramón.

—Sí, es cierto. Sabemos que es un gran reto, pero no queda otro camino. Debo agregar que además del peligro que representan los filibusteros hay muchos intereses de países como Inglaterra y Francia y el mismo Estados Unidos de apoderarse del río San Juan y construir un canal interoceánico que comunique el océano Atlántico con el océano Pacífico —contestó don José Joaquín.

Moncho y Ramón sacaron de sus alforjas unas botellas con fresco de naranja y unas empanadas de plátano maduro con carne sudada que las compartieron con sus compañeros y se dispusieron a concentrarse más, porque les costaba retener tanta información que, de manera fluida y con mucha seriedad, les suministraba don José Joaquín Mora.

—¿Y además de querer esclavizarnos y de quitarnos el río San Juan, qué más quieren estos invasores? —preguntó Moncho preocupado y molesto.

Todos se volvieron a ver angustiados. El General José Joaquín con voz pausada les explicó que estos querían invadir Costa Rica, apoderarse de Guanacaste, (llamado Moracia en honor al presidente Mora), esclavizar al país y a toda Centroamérica, y que la independencia, la paz y la libertad de Costa Rica estaban en grave peligro.

Moncho y Ramón se volvieron a

ver perplejos. ¡No podían creer lo que escuchaban!

—¡Pobre gente la de Nicaragua! Les llegó un sartal de villanos esclavistas y de pasó, nos harán daño a nosotros también ¡Esto es imperdonable! — dijo Ramón muy enojado y sacudió su sombrero de un lado para el otro.

—¿Dónde está el río San Juan y cuál es la Vía del Tránsito de la que hablan tanto? —preguntó Monchito.

Don José Joaquín conocía muy bien las tierras que rodeaban el río San Juan y como buen instructor militar se puso de cuclillas, tomó un palito y dibujó en la tierra un mapa donde aparecía el sur de Nicaragua, el norte de Costa Rica, el río San Juan y el Lago de Nicaragua. Señaló la ruta llamada, la Vía del Tránsito, y explicó que era una ruta de navegación con vapores, muy utilizada por los viajeros que buscaban cruzar, de manera rápida, del este al oeste, para enriquecerse con las minas de oro recién descubiertas en California.

Muy atentos seguían la dirección del palito que señalaba la Vía del Tránsito, que se iniciaba en el puerto de San Juan del Norte en el océano Atlántico hasta llegar al puerto de San Juan del Sur, en el océano Pacífico.

—¿Y por qué esta Vía del Tránsito es un peligro para Costa Rica? — preguntó Ramón.

El General José Joaquín se puso de pie y comentó que los filibusteros recibían por esta ruta mucha ayuda de los Estados Unidos y que, para ganar esta guerra, el ejército costarricense tendría que apoderarse de esta vía para cortarles el abastecimiento.

—La Vía del Tránsito es como una muchacha de 15 años, que todos la pretenden—dijo Monchito. Las risas se hicieron contagiosas.

—¡Entonces, debemos prepararnos muy bien porque nos esperan fuertes combates! — exclamó Ramón.

—Pues en resumidas cuentas así es- asintió don José Joaquín.

—¡Qué se están creyendo esos desgraciados! ¡Piensan que aquí no hay hombres valientes para defender la patria! ¡Sobre mi cadáver tendrán que pasar, pero esos filibusteros ni un pie pondrán en Costa Rica! —sentenció Ramón muy enojado.

Los compañeros muy emocionados, le aplaudieron. Don José Joaquín al presenciar su gran coraje,

valentía y amor patrio, le estrechó fuertemente su mano.

Agregó don José Joaquín que en Estados Unidos tenían mucho interés en expandir su territorio, y mencionó que se apoyaban en ideas o doctrinas que afirmaban ser escogidos por la Divina Providencia para que traer la civilización a estos pueblos salvajes.

El descontento se generalizó entre los soldados. No podían creer que esos invasores los consideraran poblaciones incultas y salvajes, y empezaron a vociferar en contra de William Walker, líder de los filibusteros, de sus ideas esclavistas y de superioridad racial.

Don José Joaquín se despidió, pero lo que les informó esa mañana a los soldados, les permitió dimensionar el grave riesgo que representaba la presencia filibustera en Centroamérica, y comprendieron las amenazas que el presidente Mora mencionaba en sus proclamas.

Ahora todo el pelotón de soldados estaba seguro de que al ejército no le quedaba otro camino: había que defender el territorio nacional, y apoderarse de los vapores y los fuertes de la Vía del Tránsito, porque era demasiado lo que Costa Rica y Centroamérica perderían si no se ganaba esta guerra.

Los soldados se prepararon con mucha energía y coraje para luchar por el honor y la dignidad de la tierra que los vio nacer, donde dieron sus primeros pasos; aquí tenían sus hogares, su familia y todo lo que era más querido y estimado para ellos. Eso es lo que llaman “patria” y había que defenderla a costa de coraje, hidalguía y fuertes combates.

Inspirados en esos sentimientos, el ejército salió a principios de marzo de 1856 rumbo a Guanacaste. Monchito y Ramón el 20 de marzo tuvieron su primera batalla en Santa Rosa y el 11 de abril en Rivas. Fueron testigos de la heroica hazaña del soldado Juan Santamaría en la quema del mesón y se enteraron del rotundo éxito del mayor Florentino Alfaro en el combate de Sardinal, el 10 de abril de 1856.

En las primeras batallas el ejército costarricense obtuvo sonados triunfos que los llenó de optimismo y de esperanza, porque estaban seguros de que arriesgaban sus vidas por una causa justa. William Walker comprendió que no le resultaría fácil vencer al ejército costarricense ni establecer la esclavitud en Centroamérica.

Pero las desgracias nunca vienen solas, y aparecieron soldados con los síntomas de una pandemia llamada cólera morbus, y en vez de festejar las victorias, el presidente Mora ordenó el regreso de las tropas a Costa Rica.

Monchito contó a su familia que se armó una desbandada de los soldados bajo el lema: "Sálvese quien pueda", tal era el terror y la desolación que causaba esta cruel enfermedad para la cual no había cura conocida. De manera desordenada y como pudieron regresaron a Cartago.

Ahí lucharon contra este flagelo de angustia, dolor, miedo, zozobra y desesperanza comunitaria. Enterraron a muchos de sus familiares amigos, vecinos y atendieron a quienes poco a poco, se lograron recuperar.

La peste detuvo el país por tres meses, de mayo a julio de 1856. Como Ramón era fuerte no tuvo problemas pero Monchito sucumbió a la pandemia y casi, casi se despidió de este mundo. Recuperados de todos los males, Los Cartaguitos se enrolaron de nuevo en las prácticas militares, ya que en diciembre volverían a combatir porque la guerra continúo.

Un domingo, después de los fuertes entrenamientos, Monchito y Ramón pasaron a comerse un "puntalito" en una fonda cercana al cuartel. Ahí los atendieron dos muchachas jóvenes y robustas: Justina, cocinera y Remedios, la mesera. Con ambas entablaron una linda amistad. Como no sabía leer ni escribir no pudieron dejarles la dirección, pero les recordaron que, en el Cuartel de Armas, en San José, podrían darles noticias de ellos cuando la guerra terminara. Se abrazaron emocionados y se dijeron un "hasta pronto". Salieron de la fonda y Monchito preguntó a Ramón:

—¿Cuál te gustó más?

—Ramón abochornado por la inesperada pregunta contestó: —Justina cocina muy rico y es de buen ver, por eso me gustó más.

—Mmmmm, me volvió loco la sonrisa dulce y amable de Remedios— exclamó Monchito.

—No dudes que Remedios pondrá "remedio" a tu soltería—rezongó Moncho, con su acostumbrado humor campesino.

Ambos tomaron el camino hacia sus casas en medio de bromas y sonrisas. Eran escasos los momentos en los cuales podían compartir rela-

jados, sin el peso de la guerra sobre sus espaldas.

En diciembre de 1856, el ejército costarricense partió de nuevo para continuar con la defensa del país. A un grupo de destacados soldados se le encomendó la misión de apoderarse de la Vía del Tránsito. A este grupo militar se le llamó la División de vanguardia del ejército costarricense. Ramón y Monchito, reconocidos por su valentía y su coraje, fueron incluidos en este glorioso contingente militar.

El presidente Mora giró instrucciones y estuvo al tanto de toda la acción bélica que se desarrolló en el San Juan, pero no pudo acompañarles en esta ocasión. Al mando iban los generales Máximo Blanco y José Joaquín Mora, responsables de ejecutar un plan estratégico, digno de eminentes estrategas militares.

Moncho y Ramón conocían muy bien el Reventazón, pero los impactó el navegar por las vastas aguas del río San Juan. Se impresionaron al ver tanta agua rodeada de vegetación tropical y escuchar el sonido de la selva húmeda. Ahí libraron un combate en el fuerte enemigo de la Trinidad y salieron victoriosos. Luego continuaron navegando por el San Juan, rumbo a San Juan del Norte. Al observar los vapores desde lejos, Monchito comentó a Ramón:

—"Pos hombre, que bonito es el guapor".

—¡Cuánta candelita! ¡Parece un monumento! —contestó Ramón extasiado.

Ramón y Monchito se distinguieron por sus valerosas acciones militares, en la toma de los fuertes y los vapores de la Vía del Tránsito, y por eso los ascendieron a tenientes. Ellos cumplieron las órdenes que venían de sus superiores y nunca mostraron miedo en los enfrentamientos ante la falange filibustera. Con acciones de valor, precisión, oportunismo y coraje se alcanzó el objetivo. A pesar de que hubo muertos en ambos bandos, el ejército costarricense se apoderó de los fuertes y los vapores de la Vía del Tránsito. La victoria costarricense determinó el fin de la aventura de William Walker en Centroamérica.

Debido a una cadena de desaciertos en el mando filibustero, a la deserción de sus soldados motivadas por las derrotas sufridas frente a los ejércitos centroamericanos en sangrientas batallas libradas en suelo nicaragüense, a la existencia de numerosos heridos, sin poder darles

la atención debida, William Walker y su gente se rindieron y abandonaron Nicaragua, el 1 de mayo de 1857.

Empecinado en alcanzar sus afanes esclavistas, Walker retornó a Centroamérica en tres ocasiones más, pero no tuvo buena suerte y lo fusilaron en 1860, en Trujillo, Honduras.

Las aventuras expansionistas y esclavistas de los filibusteros en Centroamérica concluyeron con un sabor amargo y fueron un rotundo fracaso. Los que lograron sobrevivir retornaron a Estados Unidos, humillados, pobres y con pésimos recuerdos de su paso por estas tierras.

En cambio, el ingreso de las tropas victoriosas a San José fue festejado con música y guirnaldas de flores. El presidente Juan R. Mora, el alto mando y los soldados recibieron el cariño y el agradecimiento del pueblo costarricense en el desfile principal por las calles josefinas, en las cenas, bailes y actividades que se organizaron en su honor. Una alegría desbordante se compartía en la capital y sus alrededores.

Ramón y Monchito, tenientes del ejército, festejaron junto a Justina y Remedios todas las celebraciones, porque este gran triunfo era del pueblo costarricense y de los países centroamericanos.

En la historia de Hispanoamérica nunca un ejército proveniente de la poderosa nación del norte había sido vencido por un humilde ejército de soldados-campesinos como Ramón y Monchito, quienes cambiaron “la pala por el fusil y la carreta por el cañón”, para darle un destino de dignidad, libertad, soberanía y respeto solidario, a estas jóvenes naciones centroamericanas.

¡Monchito y Ramón
El Irazú los recuerda
cada vez que hace erupción!
Campesinos, ligados a su tierra,
labriegos sencillos, de gran corazón,
dieron todo por Costa Rica,
¡Son el orgullo de esta gran nación!

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Busque el significado del vocabulario desconocido.

2. Verifique en Internet los antecedentes de la Guerra Patria Centroamericana, conocida como La Campaña Nacional de 1856-57 en Costa Rica. Compruebe la certeza de los que se mencionan en el cuento. Elabore un esquema-resumen de estos y lo comparte con su familia y con sus compañeros de aula.

3. Busque las primeras tres proclamas del presidente Juan R. Mora Porras y anote los valores patrios que encuentre en estas. Coméntelo con su grupo y con su familia.

4. Encuentre la relación entre el contenido de la siguiente estrofa del Himno Nacional con el título y el argumento de este cuento y lo comenta con su familia o con sus compañeros de aula.

*"¡Salve, oh tierra gentil! // ¡Salve, oh madre de amor! // Cuando alguno pretenda tu gloria manchar // verás a tu pueblo valiente y viril // la tosca herramienta en arma trocar".*

5. Elabore un listado de los valores patrios demostrados por Monchito y Ramón en la Campaña Nacional 1856-57. Coméntelos con sus compañeros y con su familia.

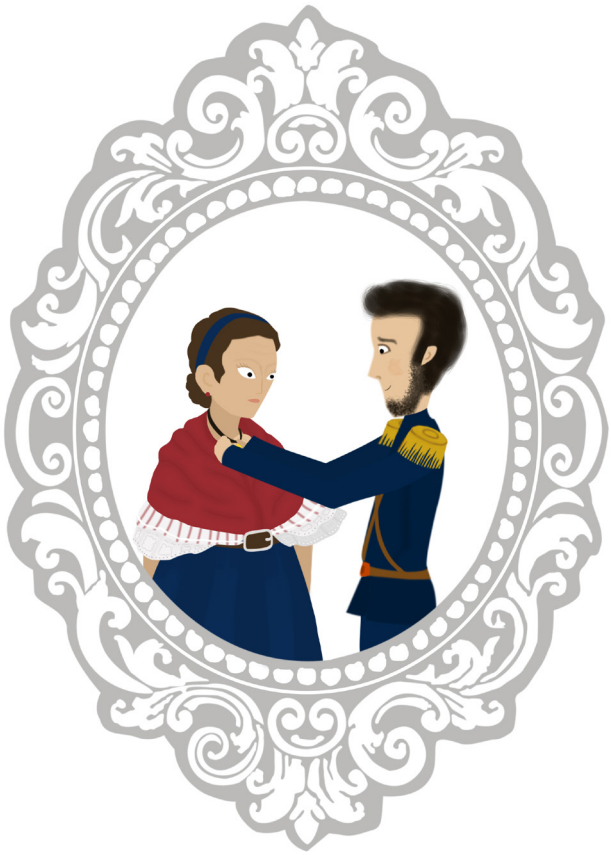
6. Busque en Internet la biografía de Juan R. Mora Porras, su hermano José Joaquín Mora Porras y su cuñado José María Cañas. Amplíe sus conocimientos sobre el liderazgo que ejercieron en la Campaña Nacional. Comparta lo investigado con su familia y con su grupo.

7. Para hacerle un homenaje póstumo a los campesinos-soldados de 1856, realice una huerta casera o investigue sobre los cultivos hidropónicos. Plante algunas especies e intercambie sus productos por otros que cultiven sus familiares, sus compañeros de clase o sus vecinos.

8. Participe en un debate sobre el tema: La problemática del campesinado costarricense en la actualidad".

CUENTO #14

## ¡Mujeres ticas son de armas tomar!



### Presentación:

***En todas las guerras de la historia humana, las mujeres han desempeñado labores insignes. Así sucedió en la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57, conocida como La Campaña Nacional. Francisca Carrasco representa a la gran cantidad de mujeres costarricenses quienes llevaron sobre sus espaldas el sostenimiento de las familias y de la actividad económica mientras duró esta guerra. Heroínas invisibles a quienes se les rinde homenaje en este cuento.***

¡Francisca estaba agotada! ¡Ya no tenía energía para hacer más cosas en el campo de batalla! En momentos de angustia y desesperación, los soldados la llamaban ansiosos para que los socorriera, les diera agua, suministrara municiones, curara sus heridas, remendara y lavara sus uniformes, preparara la comida y, además, escuchara sus lamentos, afanes y sueños fallidos.

Psicóloga, enfermera, cocinera, costurera, soldadera, amiga, consejera y hasta cantinera. Así eran de diversos los roles que desempeñó Francisca Carrasco en la guerra de 1856-57. Parecían diez mujeres en el cuerpo de una.

Doña Francisca Carrasco Jiménez, conocida como Pancha Carrasco, contaba en las tertulias que compartía con los soldados en Rivas, que nació en 1816, en un humilde hogar en Cartago. Su padre era un mulato y su madre una mestiza. Ella era una fiel exponente del coraje y la alegría de los afrodescendientes,  la sutileza y la bondad de la indígena y el encanto y la determinación de la mestiza.

Se autodefinía como una mujer luchadora, tenaz, perseverante y valiente. No temía a nada ni a nadie y mucho menos al “qué dirán”, lo cual tenía mucho peso en esos años. Con una dentadura blanca que iluminaba su sonrisa, esta alegre mujer de piel trigueña y pelo negro ensortijado, cargaba con orgullo su herencia multiétnica que la marcó para siempre.

Ella tenía bonitos recuerdos de su infancia en Cartago. Como era usual en la educación de las mujeres en esas épocas, ayudaba a su madre en los oficios domésticos, hacía mandados, ordeñaba la vaca, recogía los huevos del gallinero y jugaba en sus ratos libres con sus amiguitas. Era una líder innata y era la que lideraba los juegos. Cuando se cansaba, los daba por terminados. Tenía el don de mando y se acostumbró a que, en su entorno, ella decía cómo y cuándo se hacían las cosas.

Contaba que en su juventud fue una joven muy simpática y guapa, pero algo mandona. Por esa razón le resultó difícil encontrar un buen compañero, que la entendiera, la respetara y la quisiera.  A los 18 años se casó, por primera vez, con un trabajador humilde y sensato con quien tuvo dos hijas, pero una murió pequeñita. La otra, Manuela, la acompañó hasta su lecho de muerte.

Con mucho orgullo decía que con 26 años participó en una manifestación contra el presidente de aquel entonces, el general Francisco Morazán, oriundo de Honduras, cuyas intenciones eran las de mantener la unión centroamericana que estaba en franca decadencia. Ante esta actitud Francisca, montada en un brioso caballo, lideró una protesta femenina, y arremetió duramente contra el poder ilegal y las ideas unionistas que representaba Morazán. Esta actitud dice mucho del carácter fuerte y el temple inquebrantable de esta valiente cartaga.

Su rostro entristecía al comentar que su vida hubiera sido diferente de no haber enviudado, pero al quedar sola con su hija, se casó en segundas nupcias con un soldado. A este lo acusó de agresión doméstica, pero todo cambió cuando escuchó las proclamas del presidente don Juanito Mora, y sintió que por sus venas hervía la sangre, mezclada con sentimientos de amor patrio y que el llamado a tomar las armas, era para ella también.

Pancha Carrasco comprendió que era un momento sublime, de mucho compromiso  y amor patrio

ante el peligro de la invasión filibustera, y se reclutó en el ejército junto a su esposo, para luchar en la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57. Fue nombrada “asistenta” del Estado Mayor, en labores propias de las mujeres de aquellos tiempos: cocinar, lavar, atender a los enfermos y curar a los heridos.

Ante un grupo de soldados que la escuchaba atento y sorprendido, Pancha eufórica y sonriente narraba sus experiencias de vida. No era normal ni bien visto en aquellos años, encontrar a una mujer que se atreviera a acompañar un ejército a la guerra ni que se sintiera orgullosa de hacerlo, pero a ella nunca la desvelaron los prejuicios sociales ni el qué dirán.

Pancha rompió paradigmas. Con mucha seguridad afirmaba que tenían que luchar muy fuerte y que la victoria sería para Costa Rica. Colaboró en la batalla de Santa Rosa y en la del 11 de abril en Rivas. En esta, el ejército costarricense tuvo muchos muertos y heridos, pero luego de la quema del mesón, acción heroica del soldado costarricense Juan Santamaría; William Walker y su falange filibustera abandonaron Rivas

como almas que llevaba el diablo.

Pancha no pudo celebrar la victoria en Rivas porque su marido fue herido y pereció. A pesar de que su fuerte carácter le permitía sobreponerse a las dificultades y a los horrores de la guerra, la aparición del cólera morbus no le dio tregua y tuvo que brindar, de inmediato, asistencia sanitaria, cuidados de enfermera y apoyo emocional a las tropas afectadas por esta pandemia.

Se le veía correr de un lado para otro porque la atención de las víctimas de esta fatal enfermedad no la dejaban ni parpadear. Cuando regresó a Costa Rica, a mediados de mayo, siguió en sus funciones y, de manera sorpresiva, el 30 de mayo del mismo año, se casó con su tercer marido que era también soldado. En diciembre de 1856 ambos enrumbaron hacia el río San Juan y participaron en la captura de los vapores y fuertes de la Vía del Tránsito.

Cuando la guerra concluyó, el presidente Mora tributó honores a los legendarios soldados de la Campaña Nacional de 1856-57, hizo una excepción, al condecorar a Pancha Carrasco con la medalla de oro, en la que se puede leer:

"...en homenaje a la mujer de aquella gloriosa gesta: "Santa Rosa, Rivas, San Juan, Presa de Vapores, Castillo Viejo, Fuerte San Jorge". "Costa Rica agradecida, premio al valor".

Francisca Carrasco enfrentó serios problemas con su tercer esposo del cual se separó y vivió al lado de su hija, hasta que, en medio de una gran pobreza, murió un 31 de diciembre de 1890, a los 74 años. Cuatro años antes había solicitado una pensión por su participación en la guerra y se la habían concedido.

A su entierro concurrieron miembros del cuerpo diplomático acreditado en el país, el gabinete completo del presidente José Joaquín Rodríguez Zeledón, miembros del clero, distinguidas personalidades y una gran cantidad de exsoldados y del pueblo, provenientes de Cartago y de la capital. Se le rindieron honores militares correspondientes al grado de General de División, y se decretó duelo nacional.

Su hija Manuela mantuvo una fuerte querella legal en contra del viudo, por la humilde herencia sin testar que dejó su madre, y solicitó que el Estado le adjudicara la escasa pensión que recibía doña Francisca. Esta le fue denegada.

A la popular Pancha Carrasco la Asamblea Legislativa en 1994 la declaró “Defensora de las Libertades Patrias” y el 8 de marzo del 2012 Heroína Nacional. A partir de ese día, el despacho de la Presidencia de la Asamblea Legislativa de Costa Rica lleva su nombre.

En memoria de la soldado Francisca Carrasco Jiménez, se debe honrar también a las mujeres, a la niñez y a la población adulta mayor de aquellos años, que no tienen rostros ni nombres pero que fueron soldados con la tierra porque empuñaron el arado, el rastrillo, la macana, la pala, el machete, los canastos, arriaron los bueyes y lograron sembrar y recoger las cosechas.

Esta población conformó un ejército de campesinos y campesinas que están invisibilizados en los documentos históricos. Constituyen un glorioso testimonio de amor a la patria porque ofrendaron sus mejores esfuerzos para evitar el colapso de nuestra economía, en tiempos de guerra.

Señoras como doña Inés Aguilar, esposa del presidente y sus familiares, hicieron campañas para recoger sábanas y equipamiento médico para atenuar los efectos de la pandemia. Junto a ellos está el pueblo ligado a la tierra, cuyos sacrificios y luchas conformaron la patria libre, independiente, digna y soberana que nos legaron.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Elabore un listado de las cualidades que encontró en la heroína Francisca Carrasco y coméntelas con su familia o con su grupo.

2. Investigue en Internet cuándo se abolió el ejército en Costa Rica, y elabore un esquema comparativo entre los pros y contras que le conlleva a un país tener ejército.

3. ¿Qué opinión le merece el saber que las mujeres, la niñez y los adultos mayores de 50 años, que no fueron a la guerra de 1856-57 se dedicaron a sembrar y a recoger las cosechas? Comente sus criterios con su familia o con sus compañeros.

4. Elabore un acróstico con el nombre de Francisca Carrasco y lo comparte con su familia o con sus compañeros de aula.

5. Elabore un paisaje, collage, canción, poesía o ensayo que represente un grupo de campesinos en su noble trabajo con la tierra y lo expone en el aula o en una pared de su casa.

6. Componga una poesía, retahíla o canción en donde se narre la historia de vida de Francisca Carrasco y compártala.

7. Elabore un guion para obra de teatro donde destaque la personalidad y el carácter de Francisca Carrasco y la presenta con un grupo de compañeros a su grupo en un acto cívico o Asamblea.

8. Busque en Internet alguna pintura de Francisca Carrasco y pinte su propio retrato sobre esta heroína acorde con sus características étnicas. No olvide colocarle la medalla que recibió por sus servicios a la patria.

9. Conozca mujeres y hombres quienes han sobresalido durante la pandemia del COVID_19 por sus servicios a la población afectada por este flagelo. Elabore un afiche con sus fotografías y sus aportes y lo expone en el aula o en su casa.

CUENTO #15

## Sacerdote, profesor, soldado, masón y otras cosas más

**Presentación:**

***En la Guerra Patria Centroamericana conocida como La Campaña Nacional (1856-57), la iglesia católica jugó un papel destacado porque apoyó las acciones militares que propuso el gobierno liderado por don Juan Rafael Mora Porras. Hubo sacerdotes-capellanes en el ejército costarricense que brindaron apoyo moral, religioso y hasta fungieron como enfermeros del alma y del cuerpo también. Es el caso del Pbro. Francisco Calvo, al cual conoceremos a través de este relato sobre su vida y sus quehaceres sacerdotales..***

—¡Vení para acá muchachito, que no te quedas quieto. Sos la pieza de Judas! Y sonriendo el padre Rafael del Carmen Calvo observaba a aquel chiquillo que no paraba de jugar. Se metía por una puerta de la iglesia, salía por detrás del altar, subía las escaleras, tocaba la campana y el órgano, bajaba y se escondía entre las bancas de la ermita de Tres Ríos, arrancaba las rosas del jardín y se las entregaba con mucho cariño al padre.

El presbítero Rafael Calvo agradecido con este hermoso gesto, lo abrazaba y le acariciaba su cabeza. Dejaba que el niño se divirtiera porque le despertaba a una gran misericordia. Recién nacido fue abandonado en la puerta de la iglesia, lo acogió como si fuera su hijo, y le dio sus apellidos. Sabía quiénes eran sus progenitores, pero con mucha prudencia nunca repitió sus nombres, aunque fue un secreto a voces.

Lo bautizó con el nombre de Francisco Cipriano Calvo. De cariño lo llamó Chico y veló por su educación basada en una sólida formación en valores cristianos. El niño resultó ser inteligente, travieso, con don de gentes y muy servicial.

Chico creció bajo el amparo y la guía del padre Rafael, y se convirtió en su sombra. A donde iba el padre Rafael, ahí estaba Chico. Por eso conocía todos los enredos del pueblo y aprendió a callarlos también. Tenía una capacidad innata de análisis y de encontrar soluciones a los problemas y en muchas ocasiones daba consejos a su mentor. El padre Rafael lo escuchaba como si de verdad le fuera a

obedecer, y esta confianza le ayudó a forjar un niño valiente, gestor, creativo y con aptitudes para ejercer el liderazgo.

Cuando trasladaron al Padre Rafael a Cartago, se fueron juntos, y ahí estudió sus primeras letras. Continuó su preparación en Nicaragua y a los 25 años se había graduado en Teología, Filosofía y Derecho civil.

A su regreso al país, se le nombró profesor en la recién inaugurada Universidad de Santo Tomás. Años después se consagró como sacerdote y su vida transcurrió entre los asuntos propios de su vocación, ejerciendo la docencia que disfrutaba mucho, cultivando un predio con café e incursionó en la política nacional.

El padre Chico Calvo fue un aliado incondicional del presidente Juan R. Mora Porras, por quien sentía un profundo respeto y admiración. Por eso ni lo pensó dos veces cuando el presidente le dijo que contaba con sus servicios como capellán del ejército, en la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57.

Un día de tantos, doña Inés Aguilar, esposa de don Juanito Mora, lo invitó a su casa a tomar café con panecillos. En un ambiente de mucho secretismo, semejante al que reina en un confesonario, ambos intercambiaron inquietudes con respecto a la guerra que se avecinaba.

—Padre Calvo, cree que sea urgente defender Costa Rica de las amenazas filibusteras—preguntó angustiada

doña Inés.

—Sí, mi estimada señora. Don Juanito no tiene otro camino, o vamos a defender nuestra patria y su soberanía o nos harán esclavos y perderemos la libertad y la paz en que vivimos.

— ¿Así de grave es este asunto? — inquirió de nuevo doña Inés.

—Sí, mi estimada señora, pero confíe en la Providencia Divina. Está de nuestro lado y nos acompañará siempre. Vamos a luchar por una causa justa. No queremos la guerra, pero tenemos que defender nuestros derechos, nuestra religión, la paz de nuestras familias y la soberanía de nuestra patria.

—¡Ay, padre, me siento muy acongojada, y oro todas las noches para que esto no suceda!

—Pues debe orar más para que retorne la paz a Costa Rica y porque regresemos sanos y salvos al país: don Juanito, padre de sus hijos, los soldados y su sacerdote confesor. Mi querida Inesita, ¡Dios será nuestro casco protector!

Y el ejército partió a la guerra al mando de don Juan R. Mora. El padre Chico Calvo siempre diligente, incertidumbres que atormentaron al presidente y al alto mando del ejército. Durante las batallas, se le vio ir de un lado para otro atendiendo heridos, ayudando a distribuir municiones, socorriendo a los moribundos, consolando a los afligidos e impartiendo los santos óleos. En repetidas ocasiones estimuló a los desfallecidos soldados quienes, agotados, con hambre y sed, no podían ni empuñar las armas para batirse en contra del enemigo.

Luego de ver como la falange filibustera corría acobardada ante los ataques inclementes de la artillería costarricense, los soldados recibían el abrazo generoso y alentador del Padre Calvo y cuando todos dormían, el padre registraba en su libro de notas, los nombres de los soldados que había perecido, los que habían sido heridos en las batallas, su procedencia y cualquier otro dato que considerara importante.

Cuando apareció en las filas del ejército el cólera morbus, el padre atendió a los enfermos y les dio palabras de consuelo. Oró junto los moribundos por su recuperación y fue la voz de aliento que más escucharon los afectados por esta fatal bacteria, que en esos años no tenía cura conocida y que acabó con la vida de diez

mil costarricenses.

Colaboró con el General José María Cañas para establecer un cordón sanitario que no permitiera el ingreso de más contagiados al Valle Central y tuvo que recurrir a su inquebrantable fe religiosa para no desfallecer, en esa peligrosa misión de atender a los soldados enfermos del cólera.

Al concluir la guerra, presentó sus valiosas notas que registraron los soldados heridos y muertos en batallas o por el cólera. Esto permitió posteriormente, conocer los nombres y de dónde procedía esa gran cantidad de soldados, humildes campesinos, quienes ofrendaron su vida por la patria.

El presidente Mora le reconoció al padre Calvo los heroicos servicios prestados a Costa Rica con tanta entrega y valentía, y le concedió el grado de coronel y la Cruz de Honor, la cual lucía siempre con mucho orgullo.

Después del golpe de Estado que le dieron al presidente Juan R. Mora, el padre Calvo remachó sin temores su fidelidad a don Juanito, al participar activamente en el movimiento militar para restablecerlo en el poder, apoyando a doña Inés, la esposa fiel y perseverante, quien acompañó siempre a su amado esposo.

Al padre Chico Calvo le llovieron las amenazas de los enemigos políticos del presidente Mora, y fue obligado a salir del país. Viajó a América del Sur y se instaló en Perú.

En este país el padre Calvo incursionó en la masonería, y años después, trajo este pensamiento a Costa Rica, fundando en San José la primera logia masónica llamada Caridad.

La masonería era un pensamiento que, en esos años, no era aceptado por la iglesia católica, por lo que causaba extrañeza ver a un sacerdote buscando adeptos para conformar su recién fundada logia.

El padre Chico Calvo consideraba que la masonería era un complemento de sus creencias religiosas, y así lo expuso frente a otros sacerdotes que lo acusaban de practicarla. Defendió el espíritu conciliador que promulgaba este pensamiento basado en la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los seres humanos. Destacó que los masones eran personas libres, de buenas costumbres y se unían para buscar la concordia universal y la práctica de la solidaridad.

Este compromiso con la masonería le trajo al Padre Calvo muchos anticuerpos en el seno de la iglesia y fuera de esta, a pesar de que destacados políticos y prominentes intelectuales del país, simpatizaban con estas ideas.

Años después mermó el entusiasmo por la masonería, y el Padre Calvo se recluyó de nuevo en la iglesia católica, de la que, en realidad, nunca había salido; pero no se quedó quieto porque se involucró en la formación del primer gremio de artesanos del país y en algunas rencillas motivadas por la elección del nuevo obispo. Genio y figura hasta la sepultura, el padre Calvo continuó siendo impetuoso, carismático, hacedor, propositivo y muy político.

En el Hospital San Juan de Dios, en la mayor pobreza y olvidado de todos, menos del Obispo Thiel, pasó el padre Calvo sus últimos días. Nunca recibió una tierna caricia materna y añoró la presencia de un padre amoroso. Le sobraron méritos para ser declarado Héroe Nacional, pero, algunos sectores no avalaron el haber sido un sacerdote masón, su fidelidad al presidente Juanito Mora y el haber tenido fuertes roces con prominentes miembros del alto clero.

Momentos antes de su partida de este mundo fue visitado por el capellán del hospital quien respondió algunas preguntas que le hiciera el padre Calvo, en voz baja y rodeados de un sospechoso misterio. El capellán con sincera compasión le recordó la hidalguía y coraje desplegados por él en la defensa de la patria que tanto amó, su fidelidad a un estadista visionario y valiente como lo fue don Juanito Mora, el apoyo moral que brindó a muchos costarricenses necesitados de escuchar una frase de aliento, en el fragor de la guerra y durante la pandemia, y que fue un niño bendecido, porque desde que nació estuvo presente en las oraciones de destacados miembros del clero, sus antepasados cercanos.

El rostro del padre Calvo reflejó una profunda paz y con una sonrisa en sus labios, abandonó este azaroso valle de lágrimas. Partió en silencio el huérfano, hijo de padres conocidos, quien ejerció un reconocido liderazgo como sacerdote, cafetalero, teólogo, filósofo, profesor universitario, consejero, político, capellán, soldado, reportero, líder gremialista, fundador de la masonería en Costa Rica y otras cosas más.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Mediante una búsqueda en Internet, compruebe la participación de la iglesia católica en la Guerra Patria Centroamericana 1856-57. Elabore un esquema que resuma dicha participación y lo comenta con su familia y con sus compañeros de clase.

2. En Internet busque la biografía del padre Francisco Calvo para conocer su obra como ministro de la iglesia católica. Elabore un pequeño ensayo o pensamiento sobre su persona. Compártalo con su familia o compañeros de aula.

3. Investigue en Internet más detalles sobre la masonería y busque los nombres de algunos destacados intelectuales y políticos costarricenses que han sido y son reconocidos masones.

4. Investigue la procedencia familiar del padre Francisco Calvo para que comprenda el secretismo que rodeó su nacimiento y lo compartes con su familia y compañeros de estudio. (Artículo del historiador José Aurelio Sandí Morales. En https://ahabat.blogspot.com/2017/01/el-libro-de-defunciones-del-presbitero.html).

5. Destaque el valioso aporte que hizo a la historia del país, las anotaciones sobre la guerra, realizadas por el Pbro. Francisco Calvo en su Libro de defunciones; mediante un diálogo con su familia y compañeros de clase, comente dicho aporte.

6. Elabore una canción o una poesía que transmita la vida y el valioso aporte del padre Francisco Calvo a la historia patria. Lo comparte con su familia y sus compañeros de estudio.

CUENTO #16

## El amor es una cajita con sorpresas

**Presentación:**

***Los héroes y las heroínas son seres humanos y presentan fortalezas y debilidades. Conocer la vida, los éxitos y los fracasos del presidente, héroe, benemérito de la patria y libertador Juan Rafael Mora Porras, nos permite valorar sus cualidades como miembro de una distinguida familia josefina, hermano, tío e hijo responsable, padre amoroso, valiente y visionario estadista, hombre de negocios, pero también, comprendemos que cometió errores en sus gestiones. Este cuento trata de acercarnos al presidente Mora: el estadista y el hombre.***

---

Don Manuel Aguilar, que vivía a una cuadra del Parque Central en San José, disfrutaba mucho cuando tenía un momento de descanso en su casa. Su hija, Inesita, hermosa niña dulce y simpática, llamada igual que su madre, se le sentaba en su regazo para escuchar los cuentos infantiles que le contaba diariamente. Junto a su esposa doña Inés y sus hijos, formaban un hogar de prestigio y con bonanza económica.

Conversaba don Manuel con su esposa, acerca de la difícil situación económica en que se encontraba su vecino, don Camilo Mora. A pesar de que entre ambos vecinos no había una estrecha amistad, a don Camilo y doña Benita Porras se les había complicado la vida porque tenían nueve hijos que alimentar, además, recibió en su casa a cinco sobrinos huérfanos, y no le iba nada bien en los negocios.

—¡No sé cómo se las van a arreglar! En los negocios don Camilo se pasa de

bueno. No le cobra las deudas a nadie y sigue prestando dinero. En su tienda vende fiado y no lleva buenos controles. Nunca sabe quién le paga o le queda debiendo —comentó don Manuel a su esposa.

Doña Inés, tejía un tapete para la mesa del comedor, y lo escuchó en silencio. De pronto agregó:

—Dicen que Juan Rafael, su hijo mayor, es un lince para los negocios y que no le meten gato por liebre.

—¡Pero si es un jovencito todavía! —comentó don Manuel.

—Así es, pero de chiquitos van para grandes y ese muchachito da muestras de que será un comerciante exitoso— agregó doña Inés.

—¡Lo tendré que ver! Al paso que van, la quiebra les llegará pronto— contestó don Manuel.

—Ayer visité la tienda de don Camilo, y ahí estaba su hijo y me atendió como a una reina. Por cierto, dicen que la gente lo llama don Juanito, porque es muy atento y servicial agregó doña Inés.

—Pues no imagino a don Camilo: con esa gran prole y un negocio en quiebra. ¡Sería muy lamentable para esta familia! —agregó preocupado don Manuel y se retiró para atender una reunión con destacados políticos locales.

La verdad es que don Camilo Mora no tenía interés de comprarse problemas con la gente que no le pagaba las deudas, porque estaba seguro de que no tenían el dinero para hacerlo y no le daba más vueltas al asunto.

Era tan benevolente que ayudaba a muchas familias de escasos recursos y a la iglesia. Es difícil imaginar que pudiera mantener una casa ubicada en el centro de la capital, con una numerosa familia y el personal del servicio. Sin buenos ingresos era muy difícil subsistir.

Un hogar conformado por tantos miembros obligaba a que se impusieran la tolerancia, la solidaridad y el respeto mutuo. Juan Rafael, uno de los miembros de este hogar, aprendió con su familia a convivir en paz y a compartir.

Un día Juan Rafael acompañó a su padre, don Camilo, a realizar una transacción económica en Cartago. Ensilló los caballos y se fueron de madrugada. En la oficina del aboga-

CAFÉ DE COSTA RICA

do, Juan Rafael fue testigo de cómo su padre en vez de recibir el pago de una fianza sacó dinero de su bolsillo para ayudar a la familia que le adeudaba mucho dinero. En ese momento Juan Rafael comprendió lo bondadoso que era su padre, pero también, que los llevaría a la ruina por su buen corazón.

En la tienda de abarrotes de su padre, Juan Rafael aprendió a relacionarse con todo tipo de personas. Desarrolló el arte del trato amable y la habilidad para hacer negocios. También aprendió que en la vida todo se adquiere a base de sacrificio, esfuerzo y mucha perseverancia.

Don Camilo comprendió que Juan Rafael tenía la chispa y la actitud valiente de un audaz comerciante. Cumplidos los dieciocho años lo emancipó para que se lanzara solo al mundo de los negocios.

Al poco tiempo, doña Benita, su madre falleció. Fue un duro golpe para toda la familia. Don Camilo muy afectado no pudo hacerse cargo de la obligación familiar, y murió años después. No le quedó otra opción a Juan Rafael, como hijo mayor, que hacerse cargo de cancelar las deudas de su progenitor, ser cabeza de su familia y terminar con la crianza de esta gran prole. Por eso se hizo una persona fuerte ante la adversidad, y difícilmente se doblegó ante los reveses del destino. Aprendió en la escuela de la vida.

Gozó de muy buena reputación porque fue el sostén de sus hermanos y al morir un cuñado suyo se hizo cargo de sus tres hijos huérfanos. Trabajaba sin descanso para que a su familia no le faltara nada. Juan Rafael fue un hijo, hermano y tío excepcional.

Resultó ser un negociante competitivo, luchador incansable y un ganador innato. Se forjó en el mundo de las compras, ventas e intercambios de bienes y servicios, y logró que en el ámbito del comercio se le respetara como un hombre de palabra, serio y responsable.

Con escasos 23 años don Juanito había realizado negocios en el exterior y exitosas transacciones de bienes raíces en todas las provincias del país. Para este negociante era normal la compra de goletas, bergantines y alquileres de embarcaciones para traer y llevar productos de diversas índoles y procedencias: compraba, vendía, importaba y exportaba café, artículos y productos diversos.

Viajar al exterior fue parte de su diario vivir. Visitó en barco, Jamaica, El Salvador, Chile, Nueva York, Inglaterra, etc., y en varias ocasiones el gobierno le solicitó que le comprara fusiles, arsenal militar, violines y trajera profesores para el Estado.

El roce social y económico que tuvo don Juanito con el mundo estimuló su imaginación, y le cambió la mentalidad. Es posible que desde esos años soñara con una Costa Rica semejante a los países ricos que solía visitar: una república estable, libre y soberana, desarrollada y moderna, en donde reinaran el trabajo y la paz, y que tuviera buenas vías de comunicación, puertos, edificios que albergaran museos, bibliotecas, teatros, hospitales, escuelas, universidades, ciudades con parques, luz pública y aceras, poblaciones con agua potable, con condiciones higiénicas seguras y con una fuerte y vigorosa producción.

Por su habilidad en los negocios, creó una sociedad comercial con Vicente Aguilar Cubero, quien tenía una importante posición económica y social. La sociedad Mora y Aguilar resultó exitosa en la exportación del café. De hecho, logró exportar el 36 % de la cosecha total de café, lo cual indica que don Juan Rafael Mora fue un antecesor de los fundadores de la oligarquía cafetalera en Costa Rica. Años después esta sociedad le resultó funesta y le trajo más complicaciones y desgracias que beneficios.

Don Juanito traía en su sangre el gusanillo de la política. Antepasados suyos habían ocupado importantes puestos en la jefatura del gobierno como su tío Juan Mora Fernández, primer jefe de Estado y Camilo, su padre, miembro del Congreso, pero prefirió no caer en la tentación de los vaivenes políticos y continuó con las actividades empresariales privadas, que eran su mayor fortaleza. Años después sucumbió, ingresó a la política y ocupó relevantes puestos como alcalde, diputado y, en tres ocasiones, fue electo para ocupar la silla presidencial, de 1849 a 1859.

En su vida privada, Juan Rafael era uno de los solteros más codiciados de la sociedad costarricense de esos años. No pensó antes en el matrimonio, porque dijo que se casaría después de que todos sus hermanos lo hubieran hecho y cumplió la promesa.

Tuvo algunos amores juveniles, y hasta enfrentó un duelo por una chica, pero, cuando sintió que su casa estaba vacía y pensó que ya era hora de llenarla con su propia familia.

Comenzó a sentir la necesidad de tener una compañera a su lado, pero vivía tan ocupado que no tenía tiempo para buscar una dama que estuviera dispuesta a compartir su destino.

Don Juanito era de estatura pequeña, piel color aceituna, pelo negro y usaba barba. Católico practicante y amigo de ayudar en los proyectos de la iglesia. Tenía gustos refinados, vestía trajes europeos, zapatos de charol, usaba frac negro cuando la ocasión lo ameritaba, y muchos de sus artículos personales los adquiría en sus viajes. Como viajaba
tanto, incorporó a su estilo de vida modales, gustos y una diversidad cultural propia de un caballero cosmopolita. Eso lo hacía un señor muy atractivo e interesante para la pequeña ciudad rural de San José.

Fue un joven adinerado con sensibilidad social. De su propio bolsillo donaba para construir puentes, arreglar caminos y ayudar a familias de escasos recursos. Se perfiló como un hábil negociante, responsable y culto. Gozó de alta estima en la sociedad costarricense de aquellos años.

Don Manuel, su vecino, observó, muy sorprendido, como aquel chiquillo se convirtió en un destacado comerciante y hábil político. Comentaba en el seno de su hogar, los cambios positivos que había experimentado la familia Mora Porras desde que Juan Rafael había tomado las riendas de la casa. A menudo lo ponía de ejemplo a sus hijos. Su esposa sonreía porque ella lo había anunciado. Juan Rafael resultó ser un comerciante audaz e inteligente.

Su pequeña hija Inés, ya era una linda jovencita de diecisiete años y prestaba atención a los comentarios de sus padres. Había sido educada en las labores del hogar, pero también, le gustaba leer, bordar, ayudar a su madre en obras de beneficencia y colaboraba con los asuntos de la iglesia.

En las mañanas, Inesita se levantaba muy temprano para mirar por la ventana cuando Juan Rafael salía a atender sus negocios, y le llamaba la atención verlo usar un bastón con empuñadura de marfil y sus trajes impecables de corte francés, confeccionados con casimires importados. Esos aires europeos lo hacían más atractivo ante los ojos de Inesita, quien sintió por él una gran admiración y un profundo respeto.

Cierto día, don Juanito salió a caballo de su casa para realizar una

diligencia, pero de sus alforjas cayeron unos documentos. Como Inesita siempre lo veía salir y lo seguía con su mirada hasta que se perdía de vista, salió corriendo, recogió los documentos y lo llamó. Casi al finalizar la cuadra don Juanito detuvo su brioso corcel y volvió a ver quién lo llamaba con tanta insistencia. Se acercó a Inesita y esta le entregó los documentos. Don Juanito sonriente y agradecido le preguntó:

— ¿Usted es Inesita, hija de don Manuel y doña Inés, mis vecinos?

Inesita sonrojada asintió.

— ¡Cómo pasa el tiempo de rápido! — comentó don Juanito. Y se quedó admirado por la gentileza, la mirada bondadosa y la simpatía de esta jovencita. Le dio las gracias y continuó con su viaje. Inés regresó feliz a su casa. ¡Le había perdido el miedo! Lo sintió amable y cariñoso... muy cercano a ella.

Pasaron unas pocas semanas y una noche, tocaron a la puerta de la casa de los Aguilar. Don Manuel abrió la puerta y ¡sorpresa! Su vecino don Juanito estaba frente a él. Venía a solicitarle permiso para cortejar a Inesita.

Meses después, se unieron en matrimonio, Inesita y don Juanito. Esta joven sencilla y afectuosa dama fue una compañera fiel, luchadora incansable, atenta, cariñosa, honesta, con gran sensibilidad social y abnegada madre.

Durante los trece años que vivió al lado de don Juanito, diez de estos como primera dama de la república, Inesita disfrutó los goces de una vida confortable junto a su amado esposo y sus hermosos hijos, pero también, sufrió profundamente por las impredecibles situaciones de angustia, desesperanza y dolor que le deparó la política a su familia.

Hubo momentos de confusión en la vida de don Juanito Mora que no lo ayudaron a delimitar su accionar en el ámbito privado, y en el público, y esto le acarreó enemigos que quisieron derrocarlo en varias ocasiones. Además, lideró la guerra para expulsar de Centroamérica a los invasores esclavistas llamados filibusteros, en 1856-57, que le acarreó al país compromisos financieros e incurrió en grandes endeudamientos. La crisis económica afectó el desarrollo que traía el país antes de la guerra, lo cual generó un gran descontento en el pueblo costarricense.

Luego de la gloriosa gesta de la Guerra Patria Centroamericana llamada por él la Campaña Nacional, no sopesó con frialdad y serenidad los fatales acontecimientos que sucedieron en el ocaso de su corta existencia y no cedió en sus intenciones de volver a tomar la Presidencia. Se desencadenaron una serie de acontecimientos inesperados, traiciones y engaños y sin darle la oportunidad de un juicio justo, fue condenado y fusilado en Puntarenas, en 1860.

Para doña Inesita y don Juanito, el amor que los unió fue ¡Una caja de ilusiones, alegrías y pesares! Pero, el infinito cariño que sintió don Juanito por doña Inés ha llegado hasta nuestros días y lo percibimos, al leer fragmentos de la carta que le escribió este a su esposa, horas antes de su fusilamiento:

"Mi siempre idolatra Inesita... Nada temo, solo me inquieta la triste situación en que te quedas viuda, pobre, en el destierro y llena de hijos.... Solo siento la muerte por ti y por mis hijos...Muero como cristiano y confío en Dios que me perdonará mis culpas y que cuidará de ti y mis hijos... Adiós, adiós y adiós a mis hijos tuyo, tuyo hasta el último momento..."

Juan Rafael Mora Porras

Puntarenas, 30 de setiembre, 1860

Doña Inesita enviudó mientras permanecía con sus hijos, exiliada en El Salvador. Tuvo a su hija Juana Rafaela, quien nació huérfana de padre. Fue la última de sus nueve hijos y se le llamó "Juana Rafaela conocida como Juanita".

Las penurias no acabaron con el fusilamiento de su esposo. Doña Inesita retornó a Costa Rica pero nunca más los Mora Aguilar vivieron la bonanza económica y el poder político que ostentaron junto a su amado esposo, padre de sus hijos, Benemérito de la patria, Héroe y Libertador de Costa Rica, don Juan R. Mora Porras.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Busque el significado del vocabulario desconocido.

2. ¿Cuáles son las cualidades que tuvo Juan R. Mora Porras que le llaman más la atención? Coméntelo con su familia o con su grupo.

3. Comparta con su familia o con su grupo la impresión que obtuvo de doña Inesita Aguilar, esposa de don Juan Rafael Mora Porras.

4. Busque en INTERNET información sobre los más significativos legados de don Juan Rafael Mora y lo comenta con su grupo y con su familia.

5. Busque información en Internet acerca del liderazgo ejercido por don Juan Rafael Mora en la Guerra Patria Centroamericana o La Campaña Nacional (1856-57) y lo comparte con su familia o con su grupo.

6. Investigue las causas que justificaron el fusilamiento de Juan R. Mora Porras y José María Cañas, su cuñado, fraguado por sus enemigos, familiares y soldados, en Puntarenas. Considera que es apropiado llamar "Asesinato de Estado" a este vergonzoso capítulo de nuestra historia patria.

7. Busque en Internet la carta completa que don Juan Rafael Mora envió a doña Inesita, su esposa, antes de su muerte. ¿Cuáles emociones experimenta al leerla? Comente con su familia o con su grupo sus impresiones al respecto.

8. Investigue en Internet el inhumano trato póstumo que le dieron al cadáver de Juan Rafael Mora, después de su fusilamiento en Puntarenas, en 1860. Comparta su criterio con su grupo y con su familia.

9. Investigue en Internet cuándo fue declarado don Juan Rafael Mora Porras, Benemérito de la Patria, Héroe Nacional y Libertador. Comparta sus criterios con sus compañeros de aula y con su familia.

10. Elabore un pequeño ensayo o pensamiento que explique por qué el "legado de Juan Rafael Mora Porras es fuente de inspiración para la ciudadanía costarricense e hispanoamericana". Lo lee a su grupo y lo comparte con su familia.

11. Reflexione acerca del pendiente que tiene el pueblo costarricense con el presidente Juan R. Mora: hacerle unos merecidos Funerales de Estado.

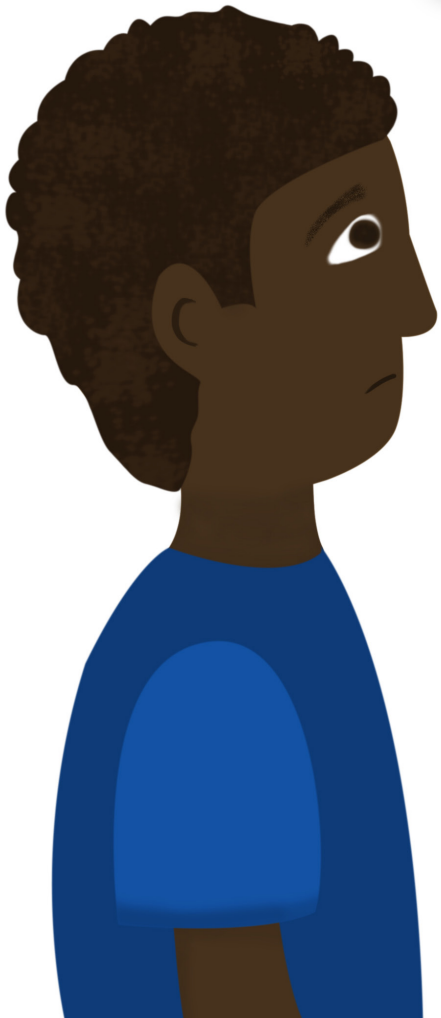
12. Si le han interesado los asuntos relacionados con el legado morista, puede contactar a la Academia Morista Costarricense. Sus miembros, estamos en la mejor disposición para evacuar tus inquietudes y apoyar sus gestiones cívico-patrióticas, inspiradas en la obra y el pensamiento de don Juan Rafael Mora Porras y su legado.

CUENTO #17

## Un triste pasado y un presente incierto

**Presentación:**

*El cuento como género literario permite el empleo de la ficción. En este cuento la realidad de los hechos históricos ocurridos en la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57, se mezclan con situaciones inesperadas que hacen viajar en el tiempo a sus lectores. Basada en hechos reales, es una historia profundamente humana, con lamentables consecuencias que llevarán a reflexionar acerca de la añorada igualdad entre los seres humanos.*



Me encontraba en mi tienda de abarrotes ubicada en un suburbio del South Bronx en Nueva York, y me detuve un momento para ver la televisión porque estaban transmitiendo como un policía ejercía presión con su rodilla sobre el cuello de un corpulento hombre de tez oscura quien yacía inerte en el filo de una acera. El policía lo acusaba de haber pagado una cuenta con un billete falso de 20 dólares.

Miré con angustia y empatía al detenido que pedía aire y minutos después, en medio de una incomprensible cobardía de quienes observaban tan bárbaro espectáculo, todo se quedó en un silencio vergonzoso, porque el afroamericano no respiró más. Había muerto asfixiado, bajo la rodilla asesina del agente federal, rodeado de una cómplice indiferencia de otros policías y de indefensos y aterrados espectadores de tan grotesco e inhumano asesinato.

Con un fuerte dolor en mi corazón y con mis ojos cansados e inundados de lágrimas, sentí sobre mis hombros la carga de la miseria humana, de la esclavitud, del racismo y de la xenofobia, que por cientos de años han sufrido mis antepasados en este país y en otros.

Quedé exhausto, y me senté en una banca, desanimado y con un grito de dolor banca, desanimado y con un grito de dolor que salía de mis entrañas pero que, por falta de fuerzas, no lograba salir de mi garganta.

Un inmigrante asiático que tenía su tienda junto a la mía se me acercó, y preguntó temeroso si me sentía mal. Le contesté que sí. Que 500 años de esclavitud y de odio racial me habían golpeado el alma.

Muy prudente calló y me trajo un vaso de agua. Le expliqué que esa escena tan devastadora me hizo recordar los sufrimientos y las humillaciones que sufrieron mi tatarabuela Mariama y mi bisabuelo Moussa, cuando fueron traídos como esclavos de Senegal a los Estados Unidos.

El asiático me miró sorprendido, y pidió que le contara esa historia, En ocasiones, rumiar los recuerdos tiene un efecto sedativo en nuestra acongojada memoria. Martin en forma lenta comenzó la relatar los orígenes de su familia africana.
—Mi bisabuelo Moussa era un chico de escasos cinco años y vivía con su familia en Senegal, África. Su vida transcurría en contacto con la naturaleza porque eran pastores y cazadores de la etnia wólof. Ellos cubrían

su cuerpo con telas de algodón elaboradas en telares rústicos y con colores muy alegres. Teñían los hilos con tintes obtenidos de las plantas y de los moluscos. Con semillas de los árboles confeccionaban sus aretes, pulseras y collares y de los cueros del ganado, las pieles de los cocodrilos y de las jirafas, confeccionaban sus bolsos, sandalias y correas.

Varios días de la semana, los más jóvenes realizaban caminatas agotadoras por zonas áridas, para llevar el ganado a algún oasis para saciar su sed, bañarse, lavar su ropa y llenar sus cántaros con agua para preparar las comidas.

Sus casas eran chozas de barro con techos de paja y una entrada pequeña para evitar que las fieras los devoraran durante las noches. Dentro de estas solamente había dos camones hechos con varillas y un fuego, tres platos de barro, tres vasos y tres cucharas de madera.

Su estilo de vida era muy rústico y sencillo. En medio de tanta pobreza, eran felices. La vida les resultaba muy agradable. Comían poca carne, pero tomaban la sangre y la leche de las vacas, acompañada con tortillas de harina de yuca, hojas, raíces y tubérculos.

Los hombres mayores les enseñaban a cazar y a no tenerle miedo a los animales de la selva y la presencia de los ancianos de la tribu era muy apreciada e imprescindible. En ellos estaba depositada su identidad, creencias, tradiciones y hasta las leyes para aplicar justicia en la tribu. En las tardes los abuelos se sentaban a la sombra de los baobabs, árboles típicos de Senegal, para contarles historias y leyendas de sus antepasados, que les hacían reír y disfrutar. Esa era su escuela. No necesitaban saber más que lo necesario para ir al mercado a vender lo poco que producían y compraban los escasos productos que necesitaban para vivir.

Sin saber cómo y por qué su vida cambió de repente. Llegaron unos hombres blancos armados, quienes tomaron a mi bisabuelo y a su madre Mariama por la fuerza, y sin entender lo que sucedía, fueron encadenados, junto a un centenar de negros y llevados a la isla de Gorea, donde los embarcaron en un barco negrero llamado Clotilde. Sedientos, castigados y con hambre, navegaron durante un mes, hasta llegar a tierra.

A principios del siglo XIX comenzó su nueva vida como esclavos en Estados Unidos. Mariama murió afectada por una fuerte anemia y porque

no soportó los inhumanos avatares de la esclavitud. Mi bisabuelo Moussa fue comprado en una subasta, por la familia de Mr. Louis Mackinley, algodonero de Alabama. Ahí Moussa se enteró de que los habían secuestrado para ser vendidos como esclavos en los estados del sur.

De ahí en adelante, Moussa trabajó todo el día, bajo el ardiente sol, en los campos de cultivo de algodón y de caña de azúcar. En las noches se sentaba junto a otros esclavos alrededor de una hoguera, y añoraban los pueblos africanos donde habían nacido. Bajo la fresca sombra de gigantescos árboles de roble y de magnolia, descansaban de sus duras faenas y revivían los cantos, las costumbres, las creencias, las leyendas, los bailes y hasta sentían en sus bocas el sabor de las comidas típicas de sus ancestrales pueblos africanos.

Viajaban en el tiempo para despertar conmocionados al sentir la cruda realidad: no eran seres humanos sino esclavos. Cuando desobedecían las órdenes del capataz o de su amo, recibían terribles palizas. Para evitar tan crueles castigos, procuraban ser sumisos, guardar los límites impuestos y callar sus malestares. La azada, la pala y la cesta eran sus compañeros inseparables. No había otro camino; su destino era el de ser esclavos y lo merecían, simplemente, por su color de piel.

Pasaron los años y Mr. McKinley, llevó a Moussa a su hermosa casa, como ayudante del mayordomo. Ahí aprendió oficios domésticos, buenos modales, a complacer los caprichos de la familia y a velar por la organización de su hogar. Trabajaba junto a diez esclavos domésticos. Su ama, Mrs. Doris, hermosa dama con ojos azules de mirada cándida, blanca como la leche, era una mujer agredida por su esposo. Ella sintió un gran aprecio y consideración por mi bisabuelo y su cariño se convirtió en amor.

Un día Mr. McKinley sorprendió a Moussa en una conversación íntima con su esposa y entró en un ataque de ira. Tomó del cuello a Moussa, le propinó una dolorosa paliza con cincuenta latigazos y lo lanzó a patadas a la calle.

Nos contaba mi abuela, hija de Moussa, que su camisa blanca estaba roja por la sangre que brotaba de sus heridas en la espalda.
No podía levantarse ni dar paso. Se sentía desvalido, muy golpeado y perdió el conocimiento.

Moussa despertó en un consultorio de un doctor blanco, quien por misericordia, lo recogió moribundo porque atendió el llamado urgente que le hicieron para que fuera a la plantación, a curar a Mrs. Doris, quien no volvía en sí. De regreso lo llevó en su carruaje. Mi bisabuelo nunca supo si ella intervino para que este médico blanco, de nobles sentimientos, lo cuidara. Gracias a sus curaciones y buen trato se repuso y pronto estaba sano y dispuesto a servir.

Mi bisabuelo nunca olvidó a este bondadoso doctor. El único hombre blanco que lo había tratado como si fuera un ser humano de su mismo color ¡Hombre de buen corazón y el corazón de todos tiene el mismo color! Este insigne médico compró a mi

bisabuelo a su antiguo amo y luego lo liberó ¡Moussa no podía creerlo! ¡Era su sueño hecho realidad! Sintió que volvía a respirar porque "cuando se es esclavo, el aire que se respira nunca llega a los pulmones".

Moussa estaba acostumbrado a trabajar muy fuerte. No sentía temor alguno de comenzar una vida nueva en donde fuera. No entendía cómo obtuvo de nuevo la libertad porque nunca la había vendido ni regalado a nadie. Se la arrebataron a él y a su madre, sin su consentimiento. Nació libre, fue esclavo y volvía a ser libre. Como decían sus amos, ¡era un milagro!

El doctor lo ayudó para que dejara Estados Unidos y tomara un barco con rumbo a unas tierras tropicales, parecidas a los lugares donde había nacido, porque un colega, amigo suyo, el doctor William Walker, promovía esa oportunidad.

El doctor Walker conoció la situación del nuevo esclavo liberto y a regañadientes aceptó que lo acompañara, pero, dejó bien claro a su amigo, que sería su empleado para que le preparara la comida, lavara sus ropas y limpiara sus botines, en otras palabras "su esclavo personal".

Moussa conoció al doctor Walker unos días antes de emprender el viaje. Este, con una indiferencia insultante, le describió como era la tierra tropical a la que viajarían: una faja estrecha de tierra con húmedos y cálidos parajes, selváticos, exóticos y bañados por los océanos Atlántico y Pacífico. Tierras de volcanes, valles, lagos y llanuras, poblada con gente salvaje, carente de civilización. De esta manera describió Centroamérica y le aclaró que llegarían a un país llamado Nicaragua, en donde había una guerra civil y él había sido llamado como pacificador.

De paso, Mr. Walker le dijo que a quienes lo siguieran en su misión "salvadora de estas salvajes tierras tropicales", les iba a pagar y a donar una propiedad para cultivarla y que podían quedarse a vivir como colonos.

Por supuesto que Moussa se ilusionó porque creyó que ayudaría en esta "noble misión" pero a Walker nunca le pasó por su cabeza que Moussa podría beneficiarse con su proyecto. Para él mi bisabuelo seguiría siendo su esclavo.

Con apenas 20 años Moussa abordó el barco "Vesta", rumbo al puerto El Realejo, en Nicaragua. Ve-

nía con 57 aventureros, vagabundos y mercenarios, al mando de William Walker. El los llamó Los Inmortales, pero pasaron a la historia como ¡Filibusteros!

En los primeros meses de su estadía en León y Masaya, Moussa se sorprendió al ver que estaba involucrado en un plan macabro que iba en contra de sus principios. Tuvo que empuñar el fusil y combatir. Nadie le dijo que iba a ser soldado y que libraría batallas para establecer la dominación extranjera en un territorio poblado por gente humilde y pobre. Esta guerra no la iba a librar mi bisabuelo.

Poco a poco Moussa se fue alejando de la presencia del doctor Walker porque le escuchó decir a sus soldados que no le quedaba otro camino que establecer la esclavitud en estos territorios y que tendría que combatir con el vecino país del sur llamado Costa Rica, porque sus ríos aportaban gran parte del caudal que necesitaba el canal interoceánico que se construiría por el río San Juan por parte de su poderoso país natal, los Estados Unidos.

El enojo y la decepción de Moussa fueron incontenibles cuando Walker llamó “grasientos, incivilizados y salvajes” a los pobladores de estas tierras. La ingratitud, la violencia, la desolación, la desesperanza, la humillación y los castigos recibidos en la finca algodonera de Alabama volvieron a golpear el cerebro de mi bisabuelo. No lo soportó y se declaró enemigo de la falange filibustera. Perdió el apetito, se entristeció, entró en depresión y desertó.

Mi bisabuelo realizó grandes esfuerzos para escaparse del líder filibustero y logró comprar un tiquete de barco para regresar a Nueva York. En San Juan del Norte esperó ansioso la llegada de este y fue sorprendido por un grupo de soldados del ejército costarricense. Estos de manera amable, le mostraron una invitación para que desertara y le dijeron que podría abandonar Nicaragua sin recibir castigo alguno. Esta nota la firmaba el presidente de Costa Rica Juan R. Mora Porras.

Moussa experimentó una profunda simpatía con los soldados y les preguntó sobre Costa Rica. Le gustó tanto lo que escuchó sobre este país que, en vez de irse para el norte, tomó un bote hacia el sur y navegando por el río Sarapiquí llegó a un poblado que se llama Puerto Viejo. Ahí vivió varios años dedicado a la siembra de cacao.

Nunca olvidó mi bisabuelo las exóticas riberas del río Sarapiquí y su gente hospitalaria y amable. Ahí desarrolló una campaña antifilibustera. A sus amigos y vecinos les rogaba, de forma vehemente que no dejaran de luchar contra estos invasores porque no "existía para el ser humano un mayor flagelo que perder sus libertades y que su patria nunca debería ser dominada por una potencia extranjera".

Ante el accionar agresivo de los filibusteros, Moussa revivió el maltrato que le dieron sus amos en Alabama y se ofreció a pelear con el ejército costarricense, en la batalla del río Sardinal. Los filibusteros fueron derrotados y Moussa celebró, con los soldados costarricenses, esta significativa victoria. Sintió que había vengado una pequeña parte de las desgracias y los castigos que le aplicaban los blancos a su gente, en esas plantaciones sureñas.

Después de sangrientos combates, los ejércitos centroamericanos lograron expulsar las huestes filibusteras invasoras y Walker se vio obligado a presentar su rendición. La ansiada paz retornó a esos pueblos y Moussa vivió feliz en Costa Rica. Años después, muy a su pesar, tuvo que abandonar las plantaciones de cacao porque las atacó una plaga y se vio obligado a buscar vida en Nueva York.

Aquí mi bisabuelo formó un lindo hogar y procreó cuatro hijas. Tampoco en esta próspera ciudad Moussa pudo progresar porque su color y escasa educación le cerraba las oportunidades para desempeñar buenos trabajos. Laboró en fábricas, limpiando calles, recogiendo basuras y apenas ganó lo necesario para mantener a su familia.

En aquellos años los estados del norte de la Unión Americana (Estados Unidos), no aceptaban el sistema esclavista de los estados del sur y los ánimos se estaban caldeando. Mi bisabuelo dijo a su esposa: "Salí del fuego para caer en el infierno".

La inestabilidad política aumentó y estalló la guerra de Secesión de los estados del norte contra los del sur y Moussa peleó con los estados de la Unión, o sea, se unió a los estados del norte que defendían la abolición de la esclavitud y este bando obtuvo la victoria.

Mi abuela nos comentaba, con profunda tristeza, que Moussa murió años después y que en aquellos años el haberles concedido la libertad a los cuatro millones de escla-

vos negros, poco o casi nada cambió para ellos porque no sabían leer ni escribir, no tenían estudios y nadie los contrataba. Así es que la pobreza, la exclusión, la segregación racial y la xenofobia los persiguieron por años. No obstante, ya no eran esclavos y aunque tenían muchas limitaciones y había asientos, teléfonos, buses, barrios y escuelas para negros, ellos vivían con más libertad.

El asiático escuchaba con mucha atención la triste historia de los antepasados de Martin, y mejor no le contaba las penurias de los suyos, quienes fueron traídos de la China a California para trabajar como mano de obra barata en las minas de oro y luego en la construcción de los ferrocarriles del oeste.

Martin tomó aliento, sonrío con una profunda tristeza en su mirada y un gesto de enfado y desesperanza. De pronto miró al horizonte y sintió deseos de llamar a Dorothy, su anciana tía abuela, la única que estaba con vida, quien residía en Boston y siempre lo consolaba cuando la angustia y los crueles recuerdos lo asechaban. Al contestar la llamada, su tía, con mucho sobresalto y tono lloroso le dijo a Martin que ¡Pusiera la televisión para que se enterara de la forma tan cruel en la que un policía había dado muerte a su primo George Floyd, en Minneapolis!

Martin enmudeció. Colgó el auricular preso de impotencia y cargado de pesimismo. Una daga atravesó su viejo corazón. Sabía que tenía unos familiares que vivían en Minneapolis, pero, nunca imaginó que George Floyd fuera su pariente.

Sin ánimo ni de respirar, levantó su mirada al cielo y pensó que aún faltaba mucho camino por transitar, para lograr el respeto y un trato igualitario para su etnia negra ¡Ese seguiría siendo su sueño!

Hombre

Soy hombre, he nacido,
tengo piel y esperanza.
Yo exijo, por lo tanto,
que me dejen usarlas.
No soy dios: soy un hombre
(como decir un alga).
Pero exijo calor en mis raíces,
almuerzo en mis entrañas.
No pido eternidades
llenas de estrellas blancas.
Pido ternura, cena,
silencio, pan, casa...
Soy hombre, es decir,
animal con palabras.
Y exijo, por lo tanto,
que me dejen usarlas.

Jorge Debravo. Poeta turrialbeño.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Busque información de la evolución del tráfico y tenencia de esclavos en muchos territorios y en diferentes épocas de la historia humana. Comparta su opinión sobre este flagelo humano con su familia o con sus compañeros de aula.
2. Investigue las secuelas del asesinato de George Floyd en Minneapolis. Comente con su familia o con sus compañeros acerca de las reacciones generadas por este asesinato en los Estados Unidos y en otros países.
3. Escriba un poema o un pensamiento del mensaje que le dejó la vida de Moussa y lo coloca en algún lugar de su casa o de su aula.
4. Investigue en Internet la vida y el legado del líder Martin Luther King. Conozca su famosa frase: “Tengo un sueño...”.
5. Luego de leer el poema “Hombre”, del Jorge Debravo, seleccione los derechos que encuentre en este y compárelos con los afanes y anhelos que expresan Moussa y Martin, en este cuento.
6. Investigue en Internet la procedencia de los afrodescendientes de nuestro país. Discuta en un foro, con su grupo de estudio o con su familia, sobre la esclavitud en Costa Rica durante la época colonial y sí persiste la xenofobia y el racismo en nuestros días.
7. Conozca algunas celebraciones importantes de etnia afrodescendientes en Costa Rica como el Día Mundial de la Cultura Africana y Afrodescendiente y el Día de la persona negra y afrodescendiente.
8. Investigue las expresiones culturales que caracterizan a la etnia afrodescendiente de Costa Rica: comidas, costumbres y la música religiosa cristiana llamada Góspel. Cante una canción de góspel o un calipso limonense con un grupo de amigos/as, familiares o compañeros de clase.
9. Conozca el legado cultural de destacados miembros de la etnia afrodescendiente en Costa Rica como Walter Ferguson, cantautor de calipsos, Eulalia Bernard, poeta, el escritor Quince Duncan y otros más.

CUENTO #18

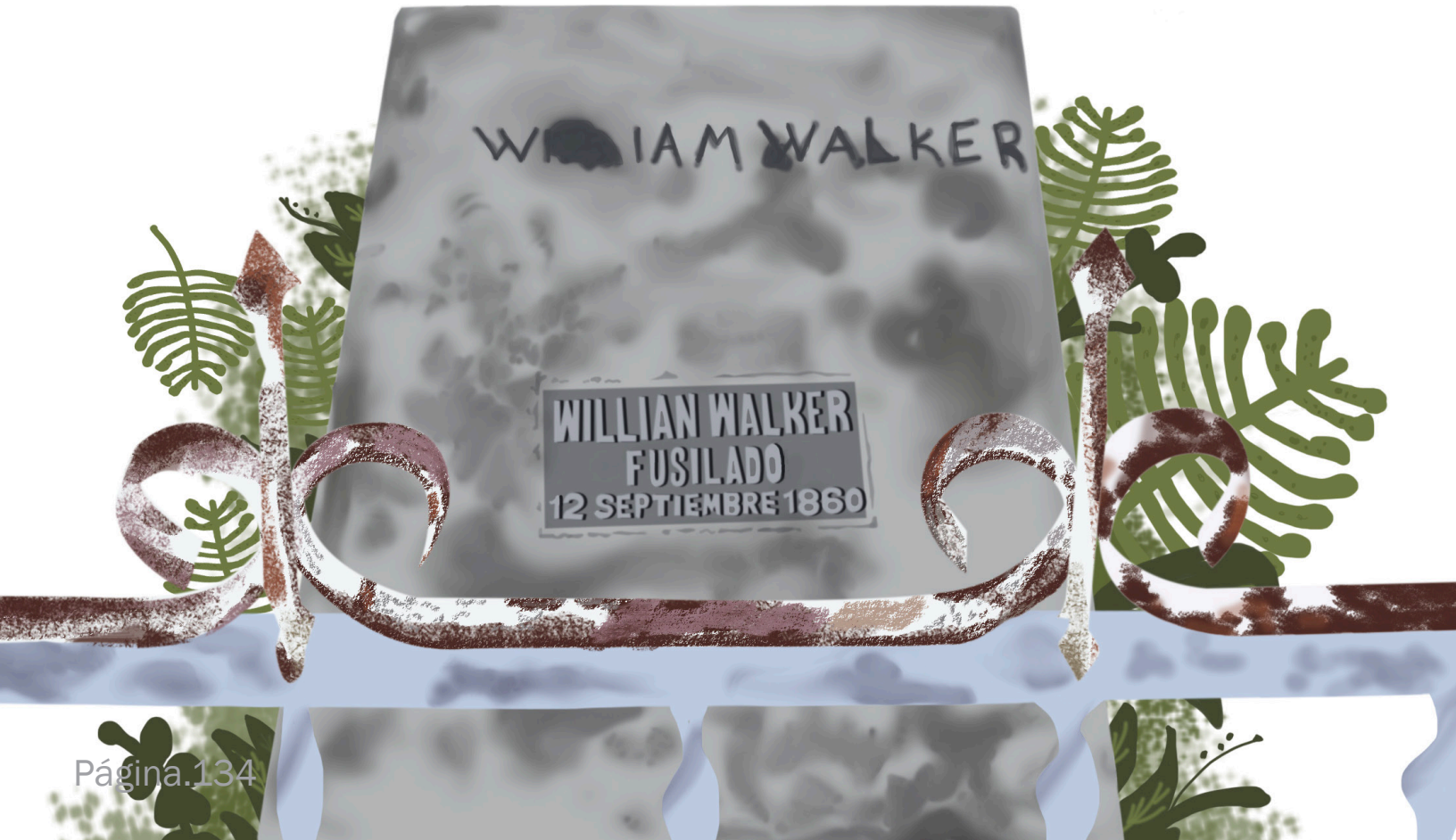
# El prepotente de los ojos grises

**Presentación:**

***William Walker médico, abogado, periodista, abanderado del Destino Manifiesto, de la esclavitud y de la expansión territorial de los Estados Unidos, aprovechó una crisis política en Nicaragua para generar uno de los capítulos más sangrientos de la historia costarricense y centroamericana, en 1856-57. Sus sueños resultaron ser un fracaso y fue expulsado de estas tierras tropicales. En este relato nos acercamos a los días finales de su existencia, antes de su fusilamiento en Trujillo, Honduras.***

En la goleta St Mary's, William Walker, líder de los filibusteros, iba de pie en la proa y tenía abarrotada la cabeza de pensamientos y el alma llena de angustia, aunque no lo demostraba. Su melancolía tenía tintes de cólera y de mucha ansiedad. El viento le pegaba latigazos en su rostro y le secaba las lágrimas de rabia, que caían lentamente de sus ojos grises.

Se vio obligado a rendirse



pero jamás lo hizo frente a los insignificantes ejércitos centroamericanos, sino ante Mr. Charles H. Davis, almirante proveniente de la Unión Americana (hoy Estados Unidos) su patria, la poderosa nación del norte.

Por la formación religiosa y austera recibida en el seno de su familia, estaba plenamente convencido de que sus ideales eran convenientes y necesarios para lograr que el istmo centroamericano fuera anexado a su país, el cual se encontraba expandiendo sus fronteras hacia el sur.

El Destino Manifiesto, ideología que él propagaba, le daba el fundamento para justificar sus acciones en Nicaragua. Esta doctrina consideraba que la Unión Americana (Antiguo nombre de los Estados Unidos), estaba "Ungida por la Divina Providencia" para expandir sus creencias y estilo de vida en América. Además, era un abanderado de la Doctrina Monroe, que promocionaba la presencia de la Unión Americana en el continente, evitando toda intervención inglesa o francesa en estas latitudes.

En su proyecto expansionista-militar, William Walker contó con el apoyo solapado del gobierno de Washington y el de los ricos terratenientes de los estados sureños; sin embargo, fue un rotundo fracaso su plan de establecer la esclavitud y el modelo de vida sureño en estas tierras tropicales. ¿Por qué no pudo vencer las milicias de estos pueblos que para él carecían de civilización, orden y disciplina?

Era un profesional educado, periodista, abogado y médico; ¿qué le faltó para consagrarse como el escogido para traer a Centroamérica las normas de la cultura y los fundamentos de una sociedad próspera anglosajona, bajo los requerimientos de un régimen esclavista?

Estaba predestinado a traer las bondades de la cultura inglesa a estas tierras ¿Cómo no lo valoraron? Su origen étnico era garantía de la superioridad de los bienes culturales de la poderosa Unión Americana ¿Por qué los despreciaron si los requerían para salir de su evidente atraso?

Deberían de agradecer que pusiera interés en educar a estas poblaciones indígenas, sin inteligencia, a una etnia mestiza inferior, la cual, gracias a su presencia, podría alcanzar niveles de desarrollo semejantes a los logrados por los países con población blanca.

Todo lo tenía a su favor. Los es-

tados sureños alimentaban su sueño de establecer aquí la esclavitud de manera que, si necesitaban extender su modelo económico, basado en la agricultura realizada por esclavos negros, estos territorios calificaban para implantar dicho estilo de producción.

Creía que sus ambiciones políticas eran correctas. No obstante, estos pueblos rechazaron el beneficio de aprender un idioma, una religión y unas costumbres anglosajonas. Estas superaban en todo a las mestizas, indioespañolas. ¿Por qué no valoraron la oportunidad del cambio para mejorar?

El logro de sus ideales en Centroamérica terminaría con los problemas que se venían gestando entre los Estados industriales del norte y los del sur en la Unión Americana. Pocos años después, estas diferencias generaron la sangrienta Guerra de Secesión. Pudo haber evitado esa trágica guerra civil, si hubiera coronado con éxito su dominio en el istmo, pero nada le salió como pensaba.

"*Five or None*" era su bandera. Cuando desembarcó en el puerto de El Realejo, en Nicaragua, los filibusteros que lo acompañaban militares, vagabundos y aventureros formaron un grupo de soldados denominado Los Inmortales. Al tiempo llegaron más soldados atraídos por la promesa de una paga y que venían a colonizar estas tierras salvajes. ¿Por qué no lograron apoderarse de estas cinco repúblicas jóvenes, que apenas iniciaban su camino soberano e independiente y que se debatían entre guerras fratricidas, golpes de estado y se encontraban sumidas en una inestable crisis política y denigrante pobreza?

Estaba muy molesto. No podía entender el juego político de los líderes nicaragüenses de esos años. Algunos liberales de la ciudad de León lo llamaron para que pacificara el país de una interminable guerra civil contra los legitimistas de Granada, y cuando logró elegirse presidente de Nicaragua y estableció la esclavitud, le declararon la guerra. ¡Increíble! ¡Sartal de insensatos!

Ofreció un trato amistoso a Juan R. Mora Porras, presidente de Costa Rica, un país que gestaba un destacado desarrollo debido al cultivo y exportación del café, pero le respondió con desplantes y agravios. Venía de un país que había logrado arrebatarle el 52 % del territorio a México ¿Con qué agallas este hombre de pequeña estatura, pero con una enorme capacidad de mando y visión de estadista,

lideró la oposición militar a su proyecto? ¿De dónde había salido este mestizo desafiante que no sintió temor alguno de enfrentarlo? ¡Era un igualado!

Mr. Davis, capitán de balandra, cortó esa cadena de sentimientos en pugna y dudas aglomeradas en la atormentada mente de Walker y se acercó para decirle en tono amistoso:

—Mr. Walker, terminó su aventura en estas tierras tropicales. Aproveche que salió con vida y comience una nueva en California, Nueva Orleans o en Nashville, donde nació. Tal vez allá lo esté esperando una buena mujer que desee formar un hogar con usted.

Walker lo miró con sus profundos ojos grises cargados de furia, pero luego inclinó su cabeza y con tristeza le confesó que su novia había muerto y que nadie esperaba por él en la Unión Americana. De repente con mucha soberbia le dio la espalda y sentenció que "su presencia en Centroamérica apenas iniciaba, y volvería a retomar el proyecto de la esclavitud y de la expansión territorial. Auspiciado por su país, traería más refuerzos y mejores armas para alcanzar su sueño: la dominación de las repúblicas centroamericanas y su lema "*Five or None*" sería una realidad."

Mr. Davis comprendió que estaba frente a un hombre terco, enfermo por la ambición, víctima de una gran soledad y aislamiento social, cuyas pretensiones lo llevarían a la ruina.

Con una espigada y pequeña figura, paranoico, depresivo, desconfiado, con complejos de superioridad racial, cultural y religiosa, Walker quiso ser un héroe, un general cinco estrellas, el predestinado para imponer a la fuerza la civilización anglosajona y la esclavitud en estas tierras tropicales y no pasó de ser un pirata invasor, que irrumpió, de manera violenta, en los hogares nicaragüenses y trajo dolor, zozobra y muerte a los países centroamericanos'.

Después de regresar en varias ocasiones a Centroamérica, Walker fue tomado preso por los ingleses y entregado a las autoridades de Honduras, responsables de fusilarlo en Trujillo, en 1860.

La gesta militar llamada Guerra Patria Centroamericana, librada en 1856-57 por los ejércitos centroamericanos en contra de la invasión liderada por William Walker, es

fehaciente demostración del poder invencible generado por el amor patrio de las poblaciones campesinas del istmo, frente a la presencia militar pagada de un grupo de advenedizos, guiados por este presuntuoso racista, altanero, arrogante y prepotente aventurero norteamericano de los ojos grises.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Investigue en Internet más información sobre las razones que justifican la presencia de William Walker en Centroamérica y compártalas con su familia o compañeros de aula.

2. Busque información en Internet acerca de la Doctrina Monroe y la del Destino Manifiesto que inspiraron la aventura de William Walker en Centroamérica. Exponga lo investigado antes sus compañeros de clase.

3. Redacte un pensamiento que contenga sus opiniones relacionadas con la gesta heroica del pueblo costarricense frente a la invasión filibustera y lo expone ante su familia o su grupo de compañeros.

4. Investigue las biografías de Juan R. Mora Porras y de William Walker. Elabore imágenes de cada cual, y coloque al lado de estas, las cualidades y debilidades propias de cada líder y compárelas frente su grupo.

5. Participe en un foro en donde se enfrenten las ideas de los filibusteros en contraposición con las que inspiraron las luchas de los pueblos centroamericanos. ¿Cuál grupo tenía razones más poderosas para luchar, sin tregua y obtener la victoria?

6. Elabore un cuadro comparativo que demuestre los beneficios de vivir en un país soberano e independiente en donde se respeten los derechos humanos con otro que tenga un gobierno dictatorial que los violente. Explique su cuadro a su familia o al grupo.

7. Comente la opinión que le deja la lectura de estos pensamientos de un líder militar esclavista, prepotente y frustrado.

**CUENTO # 19**

## El mayor pesar, entre todos los pesares

**Presentación:**

***Don Juan Rafael Mora Porras fue el estadista costarricense que visualizó el peligro que se cernía sobre Centroamérica con la presencia en Nicaragua de la falange filibustera liderada por William Walker, en 1856. A pesar de todos sus esfuerzos y sacrificios, fue víctima de un complot contra su vida y después de lograr la victoria contra los enemigos norteamericanos, murió fusilado. Esta es una reflexión de don Juanito Mora en los momentos previos a este llamado "asesinato de Estado".***

---

Don Juan Rafael Mora Porras estaba absorto en sus angustias existenciales. Miles de preguntas azotaban su mente y no tenía respuesta alguna. Había sido un hombre inteligente, trabajador, habilidoso para los negocios, buen hijo, hermano, esposo y padre responsable; con sentimientos y actitudes cristianas y de trato amable hacia los demás, ¿a quién hizo tanto daño para convertirse en la víctima de un odio y una venganza tan cruel?, ¿cómo había llegado hasta ese momento en donde le faltaban pocas horas para ser fusilado?; ¿qué había hecho tan mal en su corta vida para merecer ese triste final?, ¿qué haría su familia sin él? ¿Qué pasaría con sus propiedades, negocios y cuentas por cobrar? ¿A dónde irían a parar sus proyectos como gobernante? ¿Qué pensarían las generaciones futuras de su legado como presidente de este país, por el cual se preocupó tanto?

Cuestionamientos se sucedían uno tras de otro y no lograba atinar con las respuestas. Un sudor frío lo sofocaba. La ropa mojada y pegada sobre su tembloroso cuerpo le anunciaba que pronto no respiraría más, no escribiría

notas, no haría discursos, no abrazaría a su familia, no lograría conocer a su última hija, no podría conducir los destinos de su amada patria.

Cerraba sus ojos y veía pasar en su mente los recuerdos alegres, tristes e inciertos de su vida: ¿Cuándo dio motivos para crear tanto resentimiento hacia él de parte de sus familiares, de soldados que lucharon a su lado y le manifestaron obediencia y aprecio; de socios comerciales con quienes compartió inquietudes y riquezas?

Y continuaba martirizando su mente buscando las respuestas a tantos engaños, mentiras y traiciones. ¿Cómo fue tan ingenuo para suponer que recibiría apoyo de sus seguidores a su retorno a Costa Rica? ¿Por qué entró a la política cuando sabía muy bien que es un laberinto engañoso y por qué no se salió pronto de este? ¿Por qué no atendió el prudente consejo de doña Inés Aguilar, su esposa, quien encinta de su noveno embarazo, le rogó permanecer un tiempo más en El Salvador, con su familia, mientras nacía el nuevo miembro de los Mora Aguilar?

Don Juanito estaba tan aturdido que no tomó la mejor decisión de su vida. Al contrario, tomó la peor, la definitiva y regresó a Costa Rica. ¿Por qué no la escuchó? ¡No la escuchó! Este fue su triste final, su mayor dolor, su más cruel y terrible pesar, entre los demás pesares.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Investigue acerca de la vida y la obra de gobierno del presidente Juan R. Mora Porras y emita su criterio respecto a su fusilamiento. ¿Comparte el criterio de que este constituye un abominable hecho que enluta la historia patria?
2. Investigue en Internet sobre el legado de don Juan R. Mora Porras. ¿Cuáles de sus obras se han postergado hasta hoy? Coméntelo con su grupo o con su familia.
3. Al visitar San José o el centro de Puntarenas, busque los nombres de avenidas, parques y monumentos en honor a Juan R. Mora Porras. Investigue si hay otros sitios en el país que tengan un recuerdo visible de este insigne presidente de la República, Benemérito de la Patria, Héroe y Libertador Nacional.
4. Después de conocer la obra de gobierno y la vida del presidente Mora, reflexione sobre su mayor legado a la construcción del Estado costarricense y lo comenta con sus compañeros y con su familia.
5. Complete el siguiente cuadro que ilustra los posibles errores de

Juan R. Mora Porras

(1814-1860)

| | | | |
|---|---|---|---|
| Regresar del exilio en 1860 y y no estar seguro de quiénes lo apoyarían en su retorno al país. | No retirarse de la vida política en 1959.<br><br>La creación de un banco estatal.<br><br>Deudas de la guerra. | Subestimar a sus enemigos políticos y económicos.<br>Creer que su familia jamás lo traicionaría.<br>Aumento del malestar del pueblo hacia él. | Otro (s)... |

6. Visitar el Monumento Nacional, ubicado en el Parque Nacional. Previo a esta visita leer en Internet el significado de este monumento dedicado a la Campaña Nacional o Guerra Patria Centroamericana 1856-57

CUENTO #20

## Los presagios del fusilamiento de un héroe

**Presentación:**

***Desde su niñez don Juan Rafael Mora presintió su triste final, pero el destino no está escrito, ¿o sí? En este cuento se conocerán momentos de convivencia familiar y social muy significativos en la infancia de don Juanito Mora. La ficción y la realidad se unen al frecuentar las estancias familiares que compartió nuestro ilustre presidente Juan R. Mora Porras. Acompáñenos en este viaje al pasado de don Juanito Mora.***

---

Doña Benita, madre de Juanito Mora Porras, lo ayudaba a vestirse para disfrutar de un paseo al campo, junto con sus hermanos. Era domingo y levantó a toda la familia muy temprano para poder estar listos a las 8.

—¿A dónde iremos mami? —pregunta Juanito.

—A una finca de la familia Montealegre por la Sabana que tiene cafetales, potreros y un hermoso río—contestó doña Benita.

—¡Y nos bañaremos en el río! —exclamó Juanito muy emocionado.

—Depende de si hace buen sol o si está nublado. —contestó su madre sonriendo.

—Entonces Juanito con su habitual estilo para cuestionar todo, le lanzó una retahíla de preguntas a su madre:

—¿Tenemos que llevar otra mudada para cambiarnos, o solo el paño, y me puedo bañar con la camiseta y un pantalón corto viejo y cuánto tiempo vamos a estar en el río y...?

—¡Por favor, Juanito, calmate que me atarantás con tantas preguntas! No te preocupés. Terminá de vestirte que yo resolveré lo demás. Le dio un cariñoso beso en la frente y se fue a terminar de arreglar al resto de la prole.

Desde las 4 de la mañana se levantaron ese día las señoras del servicio doméstico para cocinar los alimentos que llevarían al paseo. Prepararon deliciosas viandas y las envolvieron en hojas de plátano y remataron el envoltorio con limpiones de fina manta blanca bordados a mano. Cocinaron huevos duros, frijoles fritos triturados a mano y palmearon tortillas que nunca faltaban en los paseos para hacer gallitos de carne sudada, arroz con pollo, bizcocho, refresco de naranja agria con azúcar, melcochas de dulce de tapa de color dorado que se colocaban sobre hojitas limpias del árbol de limón y suspiros.

Juanito se puso las medias y se amarró los cordones de sus botines. Estaba feliz. Se subió de primero en la carreta y se acomodó bien sentado porque el trayecto era para disfrutarlo. Sus padres iban a caballo.

A Juanito le encantaba visitar el campo. Admiraba las frescas y verdes veredas de los ríos con sus aguas claras que permitían ver el fondo colmado de piedras de todos los colores y tamaños. Observaba uno que otro pececito inquieto al que le resultaba imposible coger con sus manos como las olominas, pero, sobre todo, disfrutaba de los juegos con sus hermanas y hermanos, dentro del río.

Con palos y piedras construían presas y con la ayuda de sus padres elaboraban barquitos de papel. Cada uno tenía su propio barco y ellos eran los marineros. Los lanzaban río abajo y el barquito que mejor lograba esquivar las piedras y los troncos era el ganador.

Inventaban competencias de quién podía correr con mayor velocidad y sin caerse por el lecho del río, además, de quién lograba sostener la respiración más tiempo dentro del agua y cuántos minutos lograban flotar sin hundirse. Cuando llegaban los hijos de los peones de las fincas, se les acercaban con respeto, pero al poco tiempo se les unían disque para cuidarlos, pero, en realidad era para

compartir y con ellos; aprendían a nadar, a consumir y a jugar entre todos, en un disfrute pleno de libertad, inocencia y sana diversión.

Don Camilo y doña Benita, sus padres, los observaban atentos y no se perdían ni un solo movimiento de los pequeños dentro del agua. Compartían con la familia anfitriona de los Montealegre, el gusto por cuidar a sus familias y brindarles momentos de feliz esparcimiento. Ellos también tenían hijos de las mismas edades y la convivencia en estos paseos campestres unía a las familias de abolengo de la sociedad costarricense de aquellos años. Muchos de estos niños terminaban casándose entre ellos, cuando adquirían la mayoría de edad.

A las 7 de la noche regresaron exhaustos a San José. Juanito preguntó a su madre que cuándo volverían. Don Camilo y doña Benita se volvieron a ver agotados, sonrieron y pensaron ¡De verdad que los niños son incansables! Le acariciaron la cabeza a Juanito y dijeron a sus hijos que se tomaran un chocolate caliente con galletas y se fueran a descansar.

Juanito en su cama oró primero, y luego repasaba lo que había hecho durante el día con su hermano Joaquín, el más allegado a él. Al recordar sonreían por lo bien que lo habían pasado. Apagaron la candela y se quedaron profundamente dormidos.

En la quietud de la noche solamente se escuchaba el sereno, quien cada hora hacía una ronda por algunas cuadras del centro de la capital y pasaba al frente de la casa de la familia Mora Porras.

Como a las tres de la mañana doña Benita se despertó al escuchar los llantos de Juanito, quien estaba al lado de su cama y le decía que tenía mucho miedo.

Los padres lo abrazaron cariñosos y lo metieron entre las cobijas. Juanito sintió que ahí estaba seguro y se quedó profundamente dormido.

Al día siguiente doña Benita preguntó a Juanito la causa de su miedo. Este no recordaba bien, pero le dijo que soñó con mucha agua, que lo rodeaba y lo ahogaba. A su alrededor había gente que lo señalaba, y el sentía mucha angustia y temor, porque su ropa estaba con sangre. Sus padres comentaron que, de seguro, el permanecer tanto tiempo en el río, lo había "aireado". Que esa noche le frotarían la espalda con enjundia de gallina y "alcanfor" para que no tuvie-

ra pesadillas.

¡Santo remedio! No se volvió a desvelar nadie por las pesadillas de Juanito.

Pasó el tiempo y en enero, en medio de las cogidas de café, la familia de don Camilo se preparó para atender la invitación al Rosario del Niño que les hiciera "ña" (doña) Remedios Chacón, prima lejana de don Camilo, quien tenía de camino a Desamparados tenía una casa de adobe grande y fresca en medio de una finca sembrada de café, caña de azúcar, un potrero con ganado, cabras, gallinas, carracos (patos) y chompipes. Invitó también a miembros de las familias más prominentes de la capital que también eran familiares y amistades suyas como los Castro, Montealegre, Ramírez, Escalante, Aguilar, etc.

Para que les rindiera el paseo, salieron el sábado bien tempranito y llevaban colchonetas, esteras de paja, almohadas, cobijas y maletas con ropa porque dormirían en los amplios corredores de la casa.

Los chicos Mora Porras presagiaban que esa sería una aventura inolvidable, y felices se subieron a las carretas que los llevarían a la finca de Ña Remedios Chacón.

Cuando llegaron se juntaron con la "güilada" de las otras familias y sumaban entre todos como veinte imparables pequeñines. Apenas llegaron, se fueron para el potrero y de dieron gusto persiguiendo y tratando de agarrar los pollitos y las gallinas.

Con cuidado se subieron en los postes de las cercas para mirar el ganado, pero no se metieron a los corrales porque les advirtieron que había unas vacas recién paridas que eran muy celosas de sus crías. Esos chicos de ciudad se enternecieron, observando los terneritos tan frágiles y hermosos. Un cuidador les acercó algunos y se turnaron para acariciarlos y disfrutar de sus saltos locos e improvisados.

Luego se fueron a "apear" frutas y se deleitaron con las frescas guayabas rosadas, racimos de nísperos, cases y moras muy rojas y dulces de un moral que estaba cercano a un riachuelo. En este descubrieron unos bichos raros, negros con una enorme cabezota y pececitos muy pequeños, sapos y ranas de colores.

Juanito estaba descubriendo el exótico paisaje rural del agro costarricense. Estaba maravillado de

ver tanta variedad de frutas, todas de diferentes texturas,sabores y colores pero lo impresionó conocer la gran cantidad y variedad de animalitos que había en las pozas y en los "suampos".

Los llamaron para almorzar y cuando entraron a la casona de adobe, los papás casi se desmayaron al verlos hechos un terrón: los chicos traían los pantalones y las camisas rotas, las faldas afuera y los botines llenos de barro. Las niñas ya no tenían las trenzas y no recordaban donde habían perdido los vistosos lazos que las sujetaban, los vestidos estaban descocidos y más de una llegó descalza porque habían hundido sus zapatos dentro del lodo y no los pudieron recuperar.

Sus padres no los regañaron, porque nunca habían visto sus rostros tan alegres y las palabras les salían a borbollones porque no paraban de contar los descubrimientos hechos en sus andanzas por la finca.

Los llevaron a bañarse y ya mudaditos de nuevo, se sentaron a almorzar. Sus padres se retiraron a hacer la siesta en las hamacas y en las mecedoras, y ellos aprovecharon para escabullirse y seguir en las andadas. Con más atrevimiento durante la tarde siguieron en sus correrías porque ya conocían mejor la finca y le habían perdido el miedo a los animales, entonces trataron de montar unas cabras, pescar unos cabezones y tiraron piedras a unos grandes nidos de avispas que los persiguieron hasta que Juanito los guio y exhaustos se guarecieron en una gran troja.

Ahí comenzaron a observar los instrumentos de labranza que guardaban y había también muchos sacos con frijoles, arroz, sal, maíz, azúcar y harina. Un chico muy simpático llamado Mariano Montealegre le dijo a Ana María Porras, hermana de Juanito, que hicieran una guerra con frijoles. Todos apoyaron su idea, pero Juanito le dijo que no le parecía y que mejor jugaran a escondidas.

Mariano insistió que era más divertida la guerra con frijoles, pero Juanito le dijo que no porque algún frijol le podría golpear un ojo a alguien y sus padres se pondrían furiosos, en cambio, jugar escondidas no era peligroso.

Mariano dijo entonces: "Vénganse conmigo los que quieren jugar guerra de frijoles"— y solamente Ana María se puso a su lado. El resto se unió a Juanito y entonces este organizó el juego: cuántos buscarían

y quiénes se esconderían. Y así comenzaron unos a escabullirse y otros a buscarse. El juego concluyó casi al anochecer. Entonces comenzaron a llamar a los chicos para que vinieran a comer y todos llegaron menos Ana María y Juanito.

Don Camilo y doña Benita comenzaron a buscarlos con candelas en todos los rincones de la casa, en los establos, las galeras, el trapiche y nada.

Pasó un buen rato y la angustia aumentaba. De pronto vieron a lo lejos a Juanito que traía abrazada a su hermana Ana María y esta venía cojeando. Se había torcido un tobillo tratando de zafar su pie que se le metió en una rendija en el piso de madera de la galera donde tenían los aperos para montar los caballos. La sonrisa y la tranquilidad volvió a reinar en las familias y don Camilo feliz alzó a su niña adorada y la llevó a la cama para curarla. Doña Benita abrazó a Juanito y le dijo que era un excelente hermano y le brindó un dulce beso en su frente.

Después del rezo todos juntos saborearon un delicioso chocolate y un montón de panes dulces y golosinas que hicieron las delicias de los comensales. El rezo estuvo muy alegre y hubo música y baile también.

A las nueve de la noche, las familias prepararon sus camas y se retiraron a descansar. Hizo mucho frío, pero habían llevado muy buenas cobijas y los abrazó la noche con un cielo lleno de estrellas. Los más pequeños repasaban las inolvidables aventuras vividas ese día y ansiosos esperaron que amaneciera para concluir con las aventuras pendientes.

De nuevo en la madrugada Juanito despertó a sus padres, muy sobresaltado. Entre sollozos recordó su pesadilla y les contó que unos hombres lo perseguían con sus rifles, pero las balas eran frijoles, y él sentía que no respiraba más porque tenía agujereado su cuerpo. Su hermano José Joaquín trataba de salvarlo, pero no pudo y él se murió, asesinado por las balas de frijoles. De nuevo sus padres pensaron que los cambios de ambientes afectaban la mente y el ánimo de Juanito. Acomodaron a Juanito en medio de ellos y los sorprendió la mañana con el olor a café recién chorreado.

No había salido el sol cuando la “güilada”, a escondidas de sus padres, se juntó, para presenciar el ordeño de las vacas. Antes disfrutaron expulsando humo de sus bocas por

el frío que hacía. Durante el ordeño hicieron gala de madurez y responsabilidad porque ayudaron a los baquianos a ordeñar, aunque no lograron hacerlo nada bien y a sacar los terneritos del corral para llevarlos a otro potrero. Sintieron una gran ternura por los más pequeñitos pero lo más excitante e inolvidable fue cuando presenciaron el milagro de la vida al ver nacer una hermosa ternerita, tan enclenque que no podía ni ponerse de pie y menos mantener el equilibrio. Esta experiencia los "fulminó" Se quedaron anonadados. Y es que en el campo todo se ve con más naturalidad que en la ciudad.

De regreso a San José los hermanos Mora Porras venían muy felices recordando las inolvidables experiencias vividas en la finca de "ña Remedios".

— ¡Qué bonito estuvo el paseo a esta finca! —, comentó Juanito a Joaquín su querido hermano y compañero de juegos y aventuras.

— ¡Qué gozada cuando nos persiguió el chompipe y no se detenía, me dio mucho miedo—, dijo Joaquín asustado!
— ¡Y qué dulces y calientes estaban las espumas que nos dieron en guacal, cuando estaban moliendo la caña en el trapiche—, agregó Guadalupe, su hermana.
—¡Mmmm qué ricas estaban las guayabas que apeamos en el potrero!, ¡y qué carrera nos pegamos cuando la cabra nos persiguió y tuve que subirme corriendo en el palo de jocote! —, contó muerto de risa Miguel, otro de sus hermanos.

—Pero lo más bonito fue ver cómo nacen los terneritos—, comentó Juanito muy emocionado.

El bueyero les recordó que no era un paseo, sino un rosario del Niño Dios. Los chiquillos en la carreta ni lo escucharon porque se quedaron profundamente dormidos. "Acharita". El paseo se había terminado pero la vida de los chicos Mora Porras apenas iniciaba.

Durante la adolescencia Juanito enfrentó situaciones económicas difíciles porque su padre no administraba bien la céntrica tienda de abarrotes que les daba de comer. Por eso a los 18 años Juanito fue emancipado para que le ayudara a su padre a mantener esta numerosa familia. Y es así como este joven se abrió camino en el mundo de los negocios, en la compra y venta de bienes raíces y en la siembra y exportación del café.

En uno de sus viajes a Valparaíso, puerto chileno en donde Juanito vendía el café y compraba artículos para su tienda, se indigestó comiendo unos "locos", especie de mariscos muy populares en la costa pacífica de Chile. Tuvo altas temperaturas y de nuevo aparecieron las pesadillas. Una tras otra se suscitaba en medio de visiones borrosas y delirios incontrolables. Veía armas, sangre, movimiento de soldados, generales y capitanes con sus uniformes y rostros enfurecidos junto a personas bondadosas, muy bien vestidas y con porte diplomático. De pronto, en medio de la playa, bajo una arboleda, cayó gravemente herido por un regimiento que disparó en su contra y ahí no supo más de él. Vio su cuerpo inerte y sin vida divagar, sin rumbo, de un lado para otro, envuelto en la bandera de Francia.

Estas pesadillas lo atormentaron mientras duró la fiebre, y cuando se estaba recuperando, soñó que estaba dentro de un féretro oscuro y silencioso y que tiempo después, el calor de la tierra lo abrazaba. Por fin encontró el reposo eterno que tanto ansiaba su cuerpo. Se despertó sudando frío y muy atormentado por esta cruel pesadilla.

Cuando logró reponerse regresó a Costa Rica, y contó a José Joaquín, su hermano y confidente, las pesadillas que tuvo en Valparaíso a raíz de su gravedad. José Joaquín a quien Juanito llamaba "Quincho" de cariño, se le acercó, lo abrazó y le dijo: "Hermanito, desde que eras pequeño tenés pesadillas y sueños que no te auguran larga vida. Por favor cuídate. No sucumbas antes los cantos de sirena de quienes te incitan a participar en la vida política de este revoltoso país. Sigue con tus negocios. Busca una buena mujer, y construye a su lado un lindo y pacífico hogar. No se te ocurra asomar tu nariz ni siquiera para oler las mieles del poder que endulzan las más crueles y siniestras tentaciones".

Juanito le contestó que eso nunca le sucedería, pero solamente los ríos no se devuelven y años después don Juanito estaba asumiendo la Presidencia de Costa Rica.

Resulta increíble y asombroso. Don Camilo y doña Benita nunca entendieron las pesadillas de su hijo. Sí estas fueron presagios de un futuro incierto y doloroso para Juanito no lo supieron nunca porque partieron de este mundo muchos años antes de que su amado hijo fuera injustamente fusilado en Puntarenas, el 30 de setiembre de 1860, a sus 46 años de

vida, en un asesinato político planeado por familiares, soldados y socios muy cercanos a él. Su cuerpo encontró el reposo y la paz eterna 25 años después de su muerte y no fue hasta el año 2010 que se le declaró Héroe y Libertador Nacional al reconocerle su gran visión de estadista y el valiente liderazgo que ejerció en la Guerra Patria Centroamericana de 1856-57.

Las atroces pesadillas fueron un funesto presagio del infame fusilamiento de este gran héroe de la patria.

# ESTRATEGIAS DIDÁCTICAS

1. Investigue en Internet las causas del fusilamiento de don Juanito Mora Porras, y escriba su opinión al respeto ¿Tiene algo de verdad las pesadillas que tuvo don Juanito Mora con lo acontecido al finalizar su vida? Comparta sus investigaciones con sus compañeros de clase y con su familia.

2. Elabore una línea de tiempo comprendida entre la fecha del nacimiento de don Juan Rafael Mora Porras y el año de su muerte. Complétela con los acontecimientos más significativos en la vida de este estadista. Comparta tu línea de tiempo con su familia y con sus compañeros de aula.

1814_____/_____/_____/_____/_____/_____1860

3. Redacte un ensayo, poesía o pensamiento que resuma la forma en que se trató el cuerpo de don Juanito Mora posterior a su fusilamiento, y compare si lo sucedido en la vida real se asemeja a los crueles delirios que experimentó don Juan Rafael Mora en su estadía en Valparaíso. Comparta con su familia y con tu grupo.

4. Si ha visitado una finca en donde vivió experiencias inolvidables, como las que experimentaron los protagonistas de este cuento, escríbalas y las comparte con su grupo.

5. En un foro grupal dialoguen acerca de si el asesinato del presidente Juan Rafael Mora Porras fue un asesinato de estado.

6. En caso de dudas consulte en el Diccionario de Costarriqueñismos o en el glosario.

# GLOSARIO

Adobe: masa de barro y paja, moldeada en forma de ladrillo y secada al sol, utilizada en la construcción.

Acallao: de forma sigilosa, silenciosa, secreta.

Acharita: que da pesar.

Agarra: asir, coger, tomar, y supone fuerza en la acción que representa.

Agazapados: decimos que una persona es agazapada cuando permanece oculta o escondida con la intención de sorprender a alguien.

Agua dulce. Bebida que se elabora con azúcar de la caña y agua caliente.

Alcanfor: es un compuesto natural que se agrega a cremas y ungüentos para aliviar la congestión nasal y la tos, y a las pomadas analgésicas, para los dolores musculares.

Alpargatas: Calzado de lona, con suela de cáñamo o goma, que se sujeta al pie por presión o con unas cintas que se atan al tobillo.

Apear: bajar algo

Arracache: tubérculo del cual se prepara un picadillo.

Balandra: Embarcación pequeña y alargada, con cubierta, un solo palo y dos velas triangulares.

Bacenilla o bacenica: vasija pequeña de metal, plástico o loza que sirve para depositar las evacuaciones del vientre o de la vejiga.

Bolincha: bolita de vidrio

Bombetas: tipo de pólvora que se utiliza para alegrar las fiestas en los pueblos. También se le dice “bombeta” a una persona presumida.

Bulto: mochila para guardar los útiles escolares

Cachiflines: tipo de pólvora empleada para alegrar  las fiestas en los pueblos.

Cáñamo: es un manila o mecate.

Cerco: terreno sembrado cercano a la casa

Chacalines: niños pequeños.

Chancho: cerdo

Chambón: torpe.

Chayote: calabacita espinosa. Es una hortaliza carnosa, jugosa, con sabor tenue. Es generalmente de color verde.

Chicasquil: hoja que se utiliza para darle sabor a algunas comidas típicas costarricenses.

Chicha: La chicha de maíz nacido o chicha, es una bebida casera fermentada que es tradicional en Costa Rica. Se realiza a base de maíz y tapa dulce, su elaboración es artesanal y se disfruta generalmente en fiestas tradicionales.

Chinear: consentir

Chiverre: vegetal producido por una especie de planta enredadera o trepadora. Su fruto es carnoso, redondo y alargado como un tipo de calabaza. Es familia del zapallo, aunque su sabor es muy diferente.

Chunche: artefacto o cosa

Cogidas de café. Recoger el grano produjo por la mata de café.

Cólera morbus: enfermedad infecciosa aguda, provocada por la bacteria 'Vibrio Cholerae'. Se caracteriza por desarrollar de forma muy brusca una diarrea muy importante y vómitos ocasionales.

Comal. Utensilio de cocina.

Cosmopolita: persona que ha viajado mucho y conoce muchas culturas.

Cromos: imágenes decoradas de ángeles o personajes de las fábulas como enanos, duendes, príncipes, princesas, otros.

Deferencia: diferencia.

Diario: grupo de alimentos básicos que se compran por semana. Periódico.

Dosel: parte más alta del bosque. Copas y regiones superiores de los árboles de un bosque.

Emancipado: liberarse de una autoridad o una tutela.

Escoger frijoles

Estera: pieza de tejido grueso y áspero (palma, junco u otro material parecido), que generalmente se utiliza para cubrir parte del suelo de un lugar.

Falange: es una organización táctica para hacer la guerra. William Walker tomó este nombre de la cultura griega para denominar a sus soldados.

Fine or none: frase de William Walker que resume sus planes en Centroamérica. El venía a esclavizar las cinco repúblicas o ninguna: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

Filibusteros: piratas que por el siglo XVII formaron parte de los grupos que infestaron el mar de las Antillas. En el siglo XIX fueron grupos pagados de mercenarios que atacaban territorios sin el apoyo del gobierno del estado de donde procedían.

Fogón: sitio en las cocinas donde se hacia el fuego para cocinar

Fusil de chispa: tipo de arma empelada en la guerra. La llave de chispa fue un mecanismo de disparo empleado en mosquetes y fusiles en los siglos XVII, XVIII y XIX.

Galera: cobertizo.

Gallitos: pociones de comida que se colocan sobre una tortilla de maíz.

Garrobo: Reptil de 1,6 m de longitud, con una cresta que le va desde el cuello hasta la cola; es parecido a la iguana, pero de color oscuro, con líneas negras que van desde el lomo hacia el abdomen y que se funden en un único color oscuro en la cola.

Gesta: Hecho o conjunto de hechos dignos de ser recordados, especialmente los que destacan por su heroicidad o trascendencia.

Gotas amargas: Esta planta medicinal de sabor muy amargo, tiene propiedades desinfectantes, emolientes, estimulantes y se le atribuyen muchos beneficios para la salud.

Guápil: aparecen dos cerezas pegadas en un solo fruto de café.

Guarumos: es un árbol que se encuentra en la Amazonia y en los demás bosques tropicales americanos.

Güelvan: vuelvan

Güilitas: niños o niñas

Jalar: halar.

Jornalero: Persona que trabaja a jornal, especialmente en el campo.

Juglar: persona que en la Edad Media iba de pueblo en pueblo divirtiendo a la gente con sus canciones, bailes o juegos a cambio de dinero o dádivas.

Limbo: lugar al que van las almas de los justos sin bautizar.

Maleku: son una etnia amerindia. Se ubican en las llanuras del norte del país, específicamente en los cantones de Guatuso y San Carlos, provincia de Alajuela.

Matrona: Mujer de aspecto maduro y, generalmente, de cierta corpulencia.

Mesmo: mismo

Mesón: casa donde se servían alimentos. Fonda.

Mi tata jala p la guerra: mi padre se va para la guerra

Moledero: tabla o mesa donde se muele una cosa.

Naide: nadie

Natilla: crema agria de la leche.

Niña: mujer joven y a las docentes se les suele llamar “Niñas” en Costa Rica.

Ña: doña

Ñor: señor

Pa. para´

Patas p arriba; desorden.

Pegao: contagiado

Picadillo: comida elaborada con pequeños trozos de verduras aliñadas con especies y carnes

Picos: instrumento de labranza.

Pior: peor

Pollito: banqueta de un parque.

Pos: pues

Pos hombre que bonito es el guapor: Pues hombre que bonito es el vapor.

Pulpería: negocio familiar pequeño.

Sachos: instrumento de labranza.

Saínos: mamífero. Animal parecido a un cerdo que tiene 50 cm de altura, colmillos salientes, pelo de cerdas grises rojizas y una zona clara alrededor del cuello; vive en América.

Sirope: bebida hecha de cola con gaseosa. Especie de jarabe que se emplea para endulzar bebidas o aderezar postres.

Sopa achiotada: sopa que se le adiciona un colorante naranja natural llamado achiote que es la fruta del árbol del mismo nombre cuya pulpa es comestible y se usa para dar un color rojo a algunas comidas; crece en América Central y México.

Spanglish: vocabulario conformado por palabras provenientes del inglés y del español.

Tamal asado: es una comida que hace con maíz aliñado con quesos y natilla y luego se hornea.

Tata: papá

Teja: pieza de barro cocido, generalmente de forma acanalada, que, encajada con otras, forma parte de la cubierta de un tejado y sirve para que el agua de la lluvia pueda resbalar por ella.

Torre de Babel: en el Génesis del Antiguo Testamento, Dios castigó a la humanidad por su arrogancia y hostilidad exponiendo al hombre a gran variedad de lenguas lo que originó una gran confusión en la comunicación humana.

Tortillas: es un alimento de forma plana y circular elaborado con maíz que se muele, se hace masa, y se cuece en un comal.

Totoposte: bizcocho de maíz. Alimento usual de las tropas costarricenses en la Guerra contra los filibusteros de 1856-57.

Trapiche: molino para extraer el jugo de algunos productos agrícolas como la caña de azúcar.

Triquitraques: tipo de pólvora empleada en las fiestas. Producen un ruido continuo y desordenado.

Troja: bodega para guardar granos y otros productos o herramientas de trabajo, entre otros usos.

Trompo: juguete de madera que se hace girar cuando se le enrolla una manila.

Tuiticos: todos

Vapor: barco de vapor, es un buque propulsado por máquinas de vapor, actualmente en desuso. Consta elementalmente de una caldera de vapor, de una turbina de vapor o máquina de vapor y de un condensador refrigerado por agua.

Yackses: juego que se hace al lanzar al piso pequeñas figuras de hierro o cobre en forma de estrellas y se retoman con una bola.

Zarandeada: acción de mover con mucha fuerza un objeto o una persona.